

PECADO SIN BELLEZA

NOVELA

Por JOSÉ ANTONIO SALDIAS

PECADO SIN BELLEZA



Podrá Vd. adquirirlo el 1.er y 3.er Miércoles de cada mes

EN SUS PAGINAS LEERA Vd. LOS ROMANCES MAS BELLOS, LOS CUENTOS MAS INTERESANTES, (dramáticos, policiales, amorosos, sentimentales). OBRAS MAESTRAS DE LA LITERATURA ARGENTINA Y EXTRANJERA, PROFUSAMENTE ILUSTRADAS. NOTAS CON FOTOGRAFIAS DE ASUNTOS DE UN GRAN INTERES POR LO RARAS Y UNICAS EN SU GENERO.

Sus 150.000 lectores dan fe del interés de su contenido

AL PUBLICO:

	República Argentina		Rep. O. del Uruguay	
	Bs. AIRES	INTERIOR	MONTEVIDEO	INTERIOR
Número de la quincena	$ 0.20 m/n	$ 0.20 m/n	$ 0.10 o/u	$ — o/u
» atrasado	» 0.40 »	» 0.40 »	» 0.20 »	» — »
Suscrición trimestral (6 números)..	» 1.20 »	» 1.50 »	» 0.60 »	» — »
» semestral (12 » ..	» 2.30 »	» 2.80 »	» 1.20 »	» 1.30 »
» anual (24 » ..	» 4.30 »	» 5.50 »	» 2.40 »	» 2.50 »

En Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador y Santo Domingo, (suscrición anual)........................ $ 2.70 o/s

Demás países del exterior (suscrición anual) .... $ 4.00 o/s

LAS DOS REVISTAS

.... $ 9.00 m/n
.... $ 10.00 m/n
.... $ 4.75 o/u
.... $ 5.25 o/u
Ecuador, España, EE. UU. de Norte
jico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San
.... $ 5.00 o/s
.... $ 7.50 o/s

"EL SUPLEMENTO" en breve aparecerá semanalmente con 164 páginas, y su interesantísimo contenido actual se acrecentará con el agregado de páginas conteniendo notas gráficas de modas femeninas y masculinas, decoraciones, notas mundiales de sports, bellezas femeninas, arte, teatro, cinematográficas, etc.

CHACABUCO N.º 357 · BUENOS AIRES

AL LECTOR:

ADVERTENCIA IMPORTANTE

El gran tiraje que hacemos de las obras que compondrán la BIBLIOTECA **"P. A. M."** es lo que nos permite ofrecerlas al precio verdaderamente ínfimo de UN PESO, por lo tanto esos libros no podrán reeditarse.

Como a pesar del enorme tiraje hecho del primer volumen «LOS PULPOS», éste se agotó inmediatamente de ponerse en venta, obligándonos a dejar sin atender innumerables pedidos, recomendamos a los interesados en adquirir los libros que editemos en lo sucesivo, a fin de evitar de quedarse sin ellos, soliciten con tiempo a los vendedores le reserven su ejemplar o se dirijan directamente a la Administración de esta Empresa, Chacabuco 357, Buenos Aires, enviando su importe con anticipación a la salida de cada libro o para mayor conveniencia de precio, comodidad y seguridad de obtenerlo, subscribiéndose a los doce volúmenes que se publicarán en un año y que serán de los escritores de más prestigio en el país.

A LOS AGENTES Y VENDEDORES

Recomendamos a todos nuestros Agentes y vendedores hagan con 10 días de anticipación a la salida de cada libro el pedido correspondiente de ejemplares, pues estando supeditado el tiraje a los pedidos que recibamos, llegando éste con retardo, nos veríamos obligados a no poder servirlo.

LOS INTERESADOS EN PEDIDOS AL POR MAYOR PUEDEN SOLICITAR INFORMES A LA ADMINISTRACION DE ESTA EMPRESA, CHACABUCO 357, BUENOS AIRES.

OBRAS DE JOSE ANTONIO SALDIAS

TEATRO

El Distinguido Ciudadano	—	Comedia	— 3	actos
El Gaucho Robles	—	»	3	»
El Caballo de Bastos	—	»	3	»
La Casa de las fieras	—	»	3	»
Blasones de Plata	—	»	3	»
El Pecado de Amar	—	»	3	»
La Montonera	—	Poema	3	»
Delirio de Grandezas	—	Comedia	3	»
La leona de Castilla	—	»	3	»
El Compañero de Pieza	—	»	1	»
La Señora Ministra	—	»	3	»
Los Angelitos	—	»	2	»
La Cagnote	—	»	2	»

NOVELAS CORTAS

Si fueras como Octavio	—	«La	Novela	Semanal»
El Remanso	—	«El Suplemento»		
El primer «ator»	—	«La	Novela	Semanal»
Juan Moreira Le Bargy	—	»	»	»
Madame Gaby	—	»	»	»
La patria nueva	—	»	»	»
El hombre feliz	—	»	»	»
Porca América	—	»	»	»

EN PRENSA

El señor gobernador	—	Comedia	— 3	actos
La vida comienza mañana	—	»	3	»
Muñeca	—	Novelas		
El Abismo	—	Novelas		

JOSE ANTONIO SALDIAS

PECADO SIN BELLEZA

(NOVELA)



BIBLIOTECA PAM

Volumen N.º 2

EDICIONES DE LA EMPRESA
"LA NOVELA SEMANAL" Y "EL SUPLEMENTO"
CHACABUCO 357 BUENOS AIRES

1924

INDICE

El tercer volumen de la

BIBLIOTECA PAM

se pondrá en venta el

2 de Octubre próximo

conteniendo una novela de

PEDRO SONDERÉGUER

titulada:

"CATEDRA DE SEDUCCIÓN"

Con el vigor de estilo y la hondura de conceptos que caracterizan toda su producción, Sonderéguer pinta en esta obra una pasión intensa y culpable que llega hasta el crimen. Nunca en la literatura americana se había descrito un asunto de tanta violencia ni se había penetrado tan profundamente en la psicología humana. La vida de Mauricio Celso es una vida dolorosa y trágica. En todo su desarrollo se siente la influencia poderosa y siniestra de la fatalidad. En medio de esta tragedia desgarradora se destaca con caracteres enérgicos la figura de Rodrigo Celso, padre del protagonista, al cual se le plantea un problema formidable entre su amor y su conciencia. El autor resuelve ese problema en una forma inesperada y hondamente humana.

LOS PROTAGONISTAS

El peregrino que vuelve

¡Qué grande, qué nueva e intensa emoción la experimentada por Jorge Videla al avistar después de seis años de ausencia, su ciudad natal, su Buenos Aires.

—¡Mi Buenos Aires!...

Envuelta en su manto mañanero de nieble gris, la cosmópolis se divisaba imprecisa, escalonadas las chimeneas, las cúpulas, los frontis cuadrados de algunos modernos rascacielos.

Allá, sobre el río, avanzando como una provocación, la lonja de terreno del Puerto Nuevo.

Y en toda su área, como una potente revelación de su despertar, columnas compactas de humo negruzco, retorcían sus espirales caprichosas y formaban obscuras nubes que ponían una mancha sobre el cielo color pizarra...

Por asociación de ideas, recordó la tarde de su partida. Luminosa y alegre aquella tarde tibia, él había sentido una gran impaciencia por alejarse de los muelles.

Estaba harto de Buenos Aires, de su chatez ambiente, de su petulancia espiritual, de la ignorancia de las gentes, del arrivismo.

Cuando el barco empezó a moverse y en el muelle

los pañuelos se agitaban como bandadas de recuerdos, él murmuró.

—Psh! ¡Buenos Aires! — y se entró a su camarote a consultar sus "Baedeker", formulándose "in mente" la promesa de no volver por lo menos durante mucho tiempo a su tierra...

Ahora, acodado sobre la borda, mientras el viento cortante, húmedo y frío, le pegaba de firme en el rostro, hizo una revisión mental de su existencia de estos seis años de vagabundaje.

Había andado como uno de esos peregrinos que lo mismo se detienen admirados ante un bello paisaje natural, que frente a tres aldeanas bretonas o a un gitano que hace bailar un oso.

Hambriento de belleza, de serenidad y de sol, ambuló por las viejas ciudades castellanas, admirando los tesoros de sus catedrales seculares y los muros almenados de sus viejos castillos, testigos mudos de tanta hazaña e idilio de leyenda.

Bebió el apoyo en las clásicas escudillas campesinas, el caldo malagueño de los lagares en los vasos de barro; probó la acústica de la sala de los secretos en la Alhambre famosa y asistió a las serenatas sevillanas, en las ventanas floridas de las hembras de rango por cuyos favores justaban a navajazos dos enamorados.

Se embriagó en las noches fantásticas de Montmartre, con pobres muchachas que hacían su "prise" de cocaína para olvidar. Rió enloquecido las horas inolvidables de los grandes bailes de "l'Opera" y se concentró lleno de unción en la tumba del grande de Austerlitz, bajo la cúpula cien veces sagrada.

Afiebrado, loco, amontonó las fichas en su única noche de Montecarlo, mientras la blanca bolilla saltaba alocada en la "rula" fantástica. Y en las batallas de flores de Niza. En las noches perfumadas y evocadoras

de las villas de Florencia, en la Pedigrotta o en las excavaciones pompeyanas, sintió que el espíritu convencional, pequeño, conservador y petulante, característico de su porteñismo, iba aventándose y en su lugar se formaba, poco a poco, un criterio más amplio, una capacidad de apreciación menos ridícula y limitada.

La renovación constante de horizontes, la apreciación inmediata de los ambientes diversos, la absoluta libertad para frecuentarlos y estudiarlos, el desprejuicio y la observancia casi instintiva de las leyes que fijaban las costumbres de cada lugar, hicieron su lógica revisión de hábitos y características en la personalidad de Jorge Videla.

Se sintió inferior, pequeño, poco civilizado y en un ansia natural de transformación, asimiló todo aquello que dentro de su temperamento pudiera beneficiar su espíritu.

En sus frecuentes intentonas comparativas, comprobó que si bien los ambientes que iba conociendo, tenían características esenciales que revelaban a los pueblos de añejas civilizaciones, ello se debía a que las leyes no sólo tenían mayor fuerza impositiva, sino también a que las gentes tenían una disciplina colectiva mayor, así como una mayor autoridad popular.

Pero las gentes en general, por separado, eran desagradables. Una campesina daba un vaso de leche si veía brillar una moneda. En un colmado le llamaban "señorito", si hacía sonar un duro pidiendo una botella de Sanlúcar o La Pastora. El "simón" insultaba al pasajero que al final de la carrera no daba un "pourboire". En caso de litigio el gendarme llevaba al extranjero al "bureau de police"; y en todas partes el interés, el deseo del oro, hacía centellar de codicia las miradas.

Bien era cierto que Jorge no había frecuentado la gran sociedad. Pero el ambiente de esas grandes ciudades, no lo hacía la gran sociedad, sino el pueblo femenino, y los extranjeros; todos, regidos por las férreas leyes del territorio.

Mentiría él, si dijera que en algún sitio había encontrado ese espíritu hospitalario característico de nuestras ciudades del interior y de las gentes campesinas de la sierra o del llano, no pudiendo negar sin embargo que por tierras de España, una que otra vez comprobara su existencia. Pero era mejor en su sentir, que así fuera. Esa manera, esa característica, impedía encariñarse con esos ambientes y traía naturalmente a su tierra, a todos los que como él salieron entusiastas a correr las rutas del mundo.

Los devolvía con otro espíritu, con un concepto distinto de los hombres, de las cosas y de las leyes. Con un caudal de enseñanza y de experiencia adquirido sin esfuerzo. Con una serenidad forjada en la belleza, en la majestad, en el diario contacto con la grandeza y con la libertad colectiva.

—Hay que estar lejos de Buenos Aires para quererlo! — decía entre sí Jorge Videla, mientras el corazón ensanchándose dentro del pecho, trasmitíale el violento ritmo de su diástole como un repique jubiloso de reconocimiento.

Jorge Videla quedó huérfano a los quince años. Sus padres, porteños de pura cepa, unitarios, descendientes de emigrados, habíanle dado una educación esmerada. Cuando partió para Europa, tenía veinticuatro años y ya se había destacado en el ambiente espiritual de Buenos Aires, por los arrestos de su pluma bien cortada, por las excelencias de un estilo fijo y brillante y por algunos éxitos literarios, renovados después en sus

correspondencias periódicas a revistas y grandes diarios metropolitanos.

Su magnífica cabeza morena de ensortijados cabellos prematuramente encanecidos sobre las sienes, con sus rasgados ojos verdes y la voluntad que acusaba el mentón avanzado y los finos labios plegados en una sonrisa "titeadora", coronaba dignamente aquel cuerpo fino y atlético al mismo tiempo, de bien aplomada estatura, elástico andar y efectivo desplazamiento...

Allá en la proa, maniobraba un pequeño vaporcito. Jorge lo miró con atención y simpatía. Era para él como un pedazo de tierra argentina que se aproximara a saludar. Como una voluntad que se aprestara a amarrar al suelo nativo a aquella gran casa flotante, sobre la que soñaban tantos conquistadores y añoraban tantos hijos pródigos devueltos al terruño, los días venturosos de su primera juventud...

Se pusieron en tensión los cables. En la cubierta del remolcador un tripulante de cara barbada y curtida, que parecía transportado recién de las barcas del golfo de Nápoles, tomaba mate y entablaba diálagos en su dialecto, con las pasajeros de tercera.

—¿Hué cumpá, cume va? Ehe?

—¡Bee cumpá!

Guardó en la pequeña valija de mano, los útiles de último momento. Tropezó con el retrato de la madrecita. Lo besó con unción y antes de cerrar, escribió en aquel grueso cuaderno negro que le servía de "Diario":

"7 de septiembre. Voy de nuevo a pisar mi tierra. Un instante después de besar el retrato de mi madre, media hora antes de desembarcar, quiero prometer que seré sincero conmigo mismo; que he de trabajar incesantemente; que he de amar, que he de vivir de amor, de recuerdo y de esperanza. Tengo treinta años. Ha llegado la hora de ser..."

Atracaba el gran vapor. Allá en el muelle lo divisó. El solo había llegado a traerle la bienvenida de su ciudad familiar. Le bastaba.

El amigo del alma

Ignacio Astor, también lo había visto y agitaba por sobre su cabeza, el sombrero oscuro. No había cambiado en los seis años de separación. Sí. Parecía un poco más delgado.

Era rubio, de un rubio áureo. De largo cuerpo encorvado y extensos brazos. Era también muy blanco, de cutis casi transparente. Sus ojos azules vivos y afiebrados se cubrían de vez en cuando con los mechones de la lacia cabellera, los cuales caíanle sobre la amplia frente cuando agitaba la cabeza bella, casi femenina, en un saludo o en una afirmación.

Una arraigada y juvenil amistad lo unía a Jorge. Fué en el colegio donde éste lo tomó bajo su protección como mayor y haciéndose cargo de la mala acogida que los chicos de su edad le habían dispensado viéndolo débil y medroso.

Desde aquel día no se habían separado más, hasta que la partida de Jorge puso ese largo paréntesis que esa mañana se cerraba difinitivamente.

Jorge Videla siguió ejerciendo a través de los años, una protección casi paternal sobre Ignacio, quien huérfano como Jorge, vivía con éste, compartiendo la bienandanza, las consideraciones, su mesa y la regalada vida de su amigo.

Un día expresó su inquietud. Quería ser escultor; sentía vocación por la plástica. Jorge le costeó los estudios elementales, lo llevó a la Academia de Bellas Artes. Ignacio progresaba. Entonces su amigo se instaló en una de sus casas y montó un "atelier", donde

invitaba con frecuencia a aventajados artistas para que Ignacio aprendiera de ellos.

Por aquel entonces decidió su viaje a Europa. Ignacio no quiso acompañarlo por no interrumpir sus estudios y porque tenía la esperanza de irse por su propio esfuerzo, con una beca.

Quedó solo en la casa de su amigo. Sin la voluntad que él le transmitía. Empezó a llenar el "atelier" de lindas modelos a quienes transformaba en seguida en amantes. Hizo de la casa de Jorge una "boite" elegante, adonde se reunían mujeres alegres, jóvenes mundanas y artistas haraganes, a perder el tiempo, en galantes escarceos o en orgías, que daban fama de epicúreo al narciso escultor.

Pero a pesar de haber sido aceptado en el Salón de Primavera y obtener algunos éxitos en uno que otro trabajo realizado en buenos momentos de contracción a su arte, la crítica había señalado su desorientación y él mismo ansiaba el regreso de aquel amigo, de aquel hermano del alma a quien consideraba su guía espiritual.

Su inconstancia, su volubilidad, el apasionamiento repentino y la rápida pérdida del primer entusiasmo, eran características acusadoras de una falta completa de preparación y capacidad para marchar solo por la vida.

Por momentos su temperamento artístico, su exquisitez, desaparecían o se subalternizaban y esos vuelcos y fracasos, reconocían por origen y causa, anomalías de carácter sexual, que le hacían perder su personalidad moral.

Frente a una mujer hermosa, su mirada era primero como un zarpazo que la desnudaba, luego como un tacto que la palpaba, después como unos labios besadores y por fin como un espasmo posesivo...

Una noche en un baile del Tigre, había besado el

descote de una señora, cuyo marido le promovió un escándalo y al que abofeteó acometido de una inusitada energía.

Al día siguiente se batieron. Ignacio hirió al marido ofendido. A la semana siguiente la dama le concedía el señalado favor de sus caricias...

Desde entonces en algunos salones, al verlo aparecer, muchas señoras, se miraban instintivamente los descotes. Pero él nunca repitió la hazaña. Quizá temiera encontrarse con una marido espadachín.

En los banquetes y comidas de amigos, su fama de escultor "a la miga de pan" era proverbial. Los comensales le mandaban el material, es decir las migas e Ignacio luego de apretujarlas entre sus dedos, las convertía en monigotes que representaban con acentuados rasgos caricaturescos, las facciones, actitudes y gestos del anfitrión y determinados asistentes en trance de "discursear".

Hasta que un día se eclipsaba Ignacio Astor. Sus amigos sonreían seguros del "collage". Felicidad para diez días. Al cabo de estos lo veían aparecer, compungido, asqueado casi, tironeándose los áureos cabellos, blasfemantes los gruesos labios sensuales, cansados los azules ojos, circuidos por violáceas ojeras de exceso.

—¡Jorge!

—¡Ignacio!

Fué un prolongado abrazo, un beso fraternal. Luego, tomados de las manos como dos amantes, se separaron un poco para observarse mutuamente.

—¡Estás más delgado! ¡Ah esas "farras"!

—Tú estás más viejo. Más "papá". Estoy resignado a tus sermones. ¡Tendrás razón! Te necesitaba tanto...

Y tomados del brazo salieron del desembarcadero, después de cien trámites. Jorge desechando los servicios de los "taxi" que los asediaban, se internó con su

amigo, ciudad adentro, sonriente, confiado, lleno de unción, como un hijo pródigo que siente la alegría de volver...

LA HEROÍNA

Mañanita templada. Sol brillador que anunciaba la primavera, después de los días tempestuosos de Santa Rosa de Lima. Los canarios parados en los cruceros de la jaula con la garganta hinchada de trinos, cantan alegremente. En el jardín abren sus corolas las fresias, se esconden las últimas violetas y empiezan a florecer unos rosales. El perro estirado ante la casa, dormita abriendo un ojo lloroso, apenas oye un ruido y el gato negro, se lava la cara, sentado señorilmente en el alfeizar de una ventana.

En el portón aparece el repartidor de diarios. El perro gruñe. El muchacho toca el timbre, arroja el diario doblado, sobre la vereda de limpias baldosas, que conduce de la acera a la casa, a través del jardín y desaparece, mientras, una visión primaveral, una de esas criollitas de ojos almendrados y negros, de andares ondulosos y de armoniosa estatua, sale precipitadamente. se enarca para recoger el periódico, lo ojea y a poco se oye la cascada cristalina de su voz, que se opaca apenas, al ser besada por sus labios granates.

—¡ Mamá ! ¡ Chicas ! ¡ Nena ! ¡ Queta !

Se reunen todos en el comedor. Isabel lee. Es un suelto encomiástico.

—¡ Pobre Jorgito ! — musita la madre casi inconscientemente y como si viniera al caso compadecer a Jorge porque lo alaban.

—¡ Qué bien ! ¡ Fijate ché ! ¡ Cualquiera lo saluda ahora ! — observa la Nena que tiene las tijeras de rizar arrolladas entre los cortos cabellos de las patillas.

—¿Cómo habrá llegado, ché? ¿Qué te parece que le habláramos por teléfono? — Propone Cueta que ha dejado de mordisquear un trozo de "pan criollo" con el que acompaña el mate.

Y mientras la Nena y Cueta, se ponen a discutir sobre las probabilidades de que Jorge se haga negar, Isabel, relee el suelto del diario, detenidamente, como si quisiera encontrar algo en las entrelíneas...

Luego se acerca a la caja del teléfono y llama. Una voz lejana pregunta.

—No me conoces...

—¡Ah sí! Eres Isabelita — dice Jorge allá lejos. Isabelita se ha puesto roja, acalorada. Sus hermanas la titean. Ella se indigna.

—Oye Jorge, mamita me encarga que te salude y las chicas también.

—Gracias y tú... ¿cómo estás? Debes ser una señorita... Como me gustaría verte... ¿Estás linda?

Isabelita apenas puede tenerse de pie. Para serenarse piensa que Jorge está muy lejos, a treinta minutos de tren. Pero no puede tranquilizarse. Parece que aquellas cosas se las dijera en secreto, para ella sola, allí, mientras su aliento le resbala por la nuca. Tiene un estremecimiento...

—Me he acordado mucho de ti... ¿Tienes siempre aquel muñeco de cuero que te regalé para que me recordaras?

—¡Oh sí! — exclama Isabelita con calor. Las otras ríen a todo trapo.

—En cuanto me instale y ordene mis cosas voy a ir a visitarte... a visitarlos... ¿sabes? He traído unas cuantas chucherías de allá...

Isabelita cuelga el tubo lentamente, pensando que ese "¿sabes?" ha sido una frase de inteligencia para que tuviera en cuenta la primitiva intención... Iré a visi-

tarte... — A ella, la iría a visitar. Aunque él les dijera lo contrario era a ella, a Isabelita a quien Jorge iba a visitar.

Y sale escapada para su cuarto a arreglar el nudo de la corbata y el casquete de aquel muñeco de cuero que Jorge le regalara hacía siete años cuando ella era una mocosa.

¡Ahora cuando la viera! Se mira al espejo y de verse tan linda, hace una mueca que el espejo reproduce.

Entonces estalla su alegría. La acomete una actividad inusitada. Empieza a sacudir y ordenar los muebles de la sala, del comedor, y deseando aturdirse canta, canta dulces tonadas impregnadas de ingenuidad y de amor, vidalas tiernas y lentas que contrastan con su nerviosidad y le llena los ojos de lágrimas...

Canta Isabelita, como los canarios, su alegría de vivir; como la cuita de las tonadas, la llegada del varón que habrá de besar sus labios con sus besos de embrujamiento...

LOS AMBIENTES

LOS BICHOS DE LUZ

El aspecto exterior de la Compópolis no había variado gran cosa, según pudo comprobar Jorge en las excursiones de los primeros días. Estas excursiones se intensificaron apenas pudo conseguir que le armaran el automóvil que trajera de Europa.

Eso sí, descubría en los desfiles mañaneros de Florida, en los atardeceres de la Avenida de los Lagos, en las horas de compra por las calles centrales, una desenvoltura un poco europea y un poco yankee en la mujer.

Ya no se trataba de la porteñita recatada que avanzaba temiendo el piropo o la insolencia; hoy era la mujer que por simpatía transformaba en piropo la insolencia; que por descaro enmudecía al patán y pasaba sorda cuando a pesar de sus recursos la guarangada surgía.

Las mujeres mamarrachos no se veían casi por las calles centrales y las mismas casas de modas se dedicaban a vulgarizar las prendas costosas de los atavíos aristocráticos, por doble conveniencia.

Primero porque una vez vulgarizada la prenda de moda, las mujeres de la "élite" la abandonaban reemplazándola con otra a fin de no andar iguales a las

"chusmitas del medio pelo" y segundo: porque la repetición de la experiencia aseguraba el movimiento de la mercadería y permitía la costosa instalación de esas "maisons" de "Robes et Monteaux", aparte de la compra de propiedades y los viajes a Europa, a buscar "nouveautes", de sus dueñas.

Y este recrudecimiento del esmero y la elegancia en el atavío no era en realidad originado por el afán de llegar por esos detalles de bien entendida coquetería a un buen casamiento. No. El porcentaje de matrimonios disminuía año tras año y a medida que las mujeres se ponían más lindas y atrayentes.

Pero en cambio el festejo o "flirt", se difundía en todos los círculos de la vida porteña. A los catorce años, una chica, apreciaba de una ojeada a un jovenzuelo y comprobaba si era "su tipo"; y si lo era, ya tenía ella recursos infalibles para provocar su aproximación.

Los trajes de calle, ceñidos al cuerpo, que libre de opresiones, acusaban las turgencias y las curvas; las finas medias de colores destacados que oprimían las piernas incitantes; el andar un poco perezozo y sensual; eran elementos principalísimos para provocar la atención de los hombres.

Si estaban sentadas, las piernas al cruzarse se descubrían; si permanecían de pie, las líneas de los senos y las caderas se acusaban firmes y destacadas; si pasaban por las calles, la estela de perfumes que dejaban y el brillo de sus miradas, ponían una inquietud enardecedora y un estremecimiento sensual.

Los viejos palacios de la aristocracia porteña, apenas abrían sus salones. Los thés danzantes y los bailes casi diarios, realizados en las salas de hoteles y clubs, quitaban a las clásicas fiestas el encanto de los preparativos y de la crónica.

Y de tal manera hallábase difundido el placer de

buscar lejos del hogar, la diversión y el culto del "flirt" que las casadas jóvenes y las solteras, formaban grupos, lo que entre los muchachos se llama "patotas", y tomaban para su esparcimiento, casitas o pisos, dentro de los cuales actuaban con toda libertad.

No tenían empacho asimismo, en concurrir a las casas y departamentos de jóvenes amigos, donde se tomaba el thé y se bailaba con victrola, y era corriente entre las señoras jóvenes, cuyos maridos jugadores o clubmen las abandonaban, tener un "chico" agradable, que sin complicaciones, les proporcionara el placer de amar...

Jorge entró de lleno a actuar en ese ambiente. La noticia de su regreso prontamente difundida, los detalles que de su noche de Monte Carlo, dieran algunos amigos argentinos que presenciaron la hazaña, la aceptación y difusión de sus correspondencias del extranjero y el prestigio de su fortuna y de su cabeza "tordilla", reunió en torno suyo a un crecido núcleo de admiradoras.

Los grupos de "muchachas" se lo disputaban. Las "Macachinas", como se llamaban las que tenían por "jefe" a Macacha Pacheco, le ofrecieron un thé con bailes clásicos y "tranvías en todas direcciones", según rezaba la tarjeta. Las "Perezozas", presididas por la Beba Colombres lo sentaron en la cabecera de la mesa donde se sirvió un festín pagano. Cleopatra y Mesalina, estaban a uno y otro lado de Jorge; Aspasia le prometió en un vibrante discurso, desencadenar otro Peloponeso, si no se hacía socio protegido de su grupo y al final de la comida, tuvo que beber en todas las copas para saber todos sus secretos.

"Las Compañeras del Silencio", revoltosas criaturas, en su decir, maximalistas, presididas por la Muda Flores Millán, una máquina de decir palabras, lo recibie-

ron en un "vermouth tangó". Parecía una pequeña "boite" aquel comedor con mesitas, muñecos, banderitas y un museo galante en las paredes. Los bigotes de Chinchin Balcarce, tres cerdas arrancadas de la panza de un sillón viejo; un rulo del Vate Espinosa, once largas cerdas rígidas; los calzoncillos del figurín Urquijo, unos de bombasi amarillo con un corazón bordadado en la pretina; el chambergyito de Cabeza Requena, un enorme sombrero de cowboy; un escarpín de Pata Moncada, un enorme botín de alástico número cuarenta y cuatro y los argumentos del Pato Parés, un sable atravesando una "dama de coeur", eran algunas de las piezas más importantes del museo.

En las mesitas, las "compañeras" fumaban turcos en largas boquillas y tomaban cocktails, acompañadas, algunas de ellas, por jóvenes efebos.

Al entrar Jorge, se le hizo una gran manifestación. Vió varias caras conocidas; saludó al azar. Se sentó rodeado de "compañeras". Y empezó el programa. La Chula González Eglis, cantó con una gracia que Jorge no hubiera sospechado jamás, varios "couplés" madrileños y una romanza "montmartroise". Octavio Portelo que la acompañaba en el piano, la observaba extasiado. Luego la Muda Flores Millán dió una conferencia, de mucho "humoir", sobre "La importancia de llamarse Juan Pérez". Se la festejó largamente entre carcajadas y titeos, mientras Vidalita Ahumada y Chinonga Goitia, templaban las guitarras.

A pesar del sitio de jarana en que se hallaba, no pudo Jorge reprimir un estremecimiento de emoción. Desde su llegada no había oído tocar la guitarra; y en Europa, fuera de los conciertos que él mismo, sin tiempo para aprender nada nuevo, se daba con las mismas piezas, sólo en España oyera vibrar el noble instrumento.

Empezó el dúo. Armonioso, cálido. La Chinonga Goitía lo miraba con interés, con afecto, acariciándolo, con una caricia de terciopelo, de terciopelo o de seda, como su mirada. El también la miraba encendido de entusiasmo.

Poco a poco recordó dónde la había conocido. En un "garden party" en Temperley, en casa del Coronel Alberto de Rosas. Recordaba que él la acompañó en la guitarra, mientras ella cantaba. Tuvo la visión patente de aquella tarde y la miró ya como a una amiga de arraigo. Ella que parecía haber seguido todo el proceso imaginativo de Jorge, le correspondió con una sonrisa.

En medio de los aplausos, hubieron de cantar más. Luego la Chinonga Goitía le alcanzó la guitarra y le rogó que tocara él. No pudo rehusarse.

Tocó con maestría música española, música de rejas, de amores y de alegría. Las "compañeras" lo ovacionaban. Se produjo un tumulto por abrazarlo. Medio mareado, sudoroso, sin saber cómo y mientras la música de una orquesta invisible, sonaba la gangosa y sensual pereza de un tango, se encontró sentado al lado de la Chinonga, con las manos juntas, los ojos en los ojos, los labios llenos de impaciencias, estremecidos los dos, mudos...

Y cuando dos horas después salió a su lado embriagado de amor y de alcohol, corrió a su casa radiante después de haber obtenido la promesa de su visita.

El thé tangó

En aquel "thé danzante" del Plaza, las volvió a ver a todas. A la Beba Colombres muy seriecita y ruboriza-

da bailando con un flamante cirujano ya coronado por el éxito; a Macacha Pacheco y la Muda Flores Millán rivalizando en la hermosura de los chicos que las acompañaban; a Vidalita Ahumada con un diputado nacional de tierra adentro y a la Chula González Eglis riendo las probables procacidades de Ignacio Astor. La Gota García Ruiz y Meneca Peralta Sierra, la descubridora de la teoría del "aproche", lo asaltaron.

Sabían que los otros grupos le habían ofrecido una recepción y no querían ser menos. Además, ellas iban a ofrecerle una recepción originalísima y esperaban que él no se fuera a negar. Le dejaron la dirección de la sede de "Las Palomitas de la Puñalada" y se volvieron a comunicar a las "hermanas" la aceptación, mientras desde allá, la Chinonga lo reclamaba con la mirada.

Jorge se acercó a la mesa donde la Chinonga tomaba el thé en compañía de su mamá.

Fué presentado a la señora, quien abundó en elogios, repitiendo los que su hija le había hecho del joven.

La orquesta americana había dejado su sitio a la típica. Sonó un tango.

—Usted no baila, Videla? — insinuó graciosamente la señora de Goitía.

—Muy mal señora.

—¿Por qué no le enseñas, nena? — indicó la mamá creyendo que su pobre hija era una tonta, apocada, que necesitaba de su auxilio.

La Chinonga sonrió mirando a Jorge. Este dudaba. Estaba acostumbrado a bailar el tango en los cabarets de Buenos Aires y luego de París; no hubiera sabido usar del recato que era necesario en un salón donde todo exhalaba buen gusto y distinción.

Observando que bailaba muy mal, salió mientras a su

lado pasaban las parejas enlazadas, "como en un cabaret".

Rodeó con su brazo parte de la cintura de la Chinonga. Ella se incrustó en él. Sintió la dureza de los senos sobre el pecho, la turgencia del vientre, la opresión de su brazo en el cuello, el perfume de su cabecita, el aliento entrecordado junto a la oreja. Miró como bailaban las demás parejas y vió que hacían todas las figuras "como en un cabaret". Se aventuró a todo; ella lo seguía cada vez más incrustada, apretándole más la mano, más entrecortada la respiración, más cerca la ardiente piel de su carita inocente.

—¡Jorge! No se le vaya a escapar delante de mamá el sobrenombre de Chinonga. Llámeme Nena no más.

—¡Sí! — alcanzó a musitar él con un temblor que revelaba su emoción.

—Pero si había sido un eximio bailarín — decía entusiasmada la señora de Goitía, que hablaba con un señor blanco en canas, todo afeitado, pulcramente vestido.

—Gracias señora.

—Acompáñeme, Jorge, voy a ponerme un poco de blanquete....

Salió tomada de su brazo, esperando la frase que él no se animaba a pronunciar. Pero en eso sonó otro tango. Ella quiso dejar el arreglo para después.

Se enlazaron de nuevo, temblorosos, ardientes, lascivos. El tuvo en un momento la sensación de que lo observaban. Miró; nadie se preocupaba de ellos. Entönces presintiendo el final de la pieza, murmuró al oído de ella.

—¿La espero mañana a las cinco?

Ella como en un suspiro dijo que sí.

—Esta noche vamos al "Splendid". ¿Por qué no va? — siguió ella, haciendo como una transición.

—Es día de moda...

—Bueno, iré.

Entró a arreglarse en el "toilette". Salió un poco menos agitada, gracias a una capa de polvos yodados. Luego haciendo una alusión picaresca a la sofocación y nerviosidad que experimentaba bailando con él, lo invitó a que se sentaran.

—Observe, Jorge, Vd. que cuando se fué a Europa, nos dejó hechas unas guarangas que nos asombrábamos de todo y todo nos parecía mal. Vea qué monas están las chicas y cómo hasta ellos se han afinado.

En medio de un ruido semejante al de cacerolas que se entrechocan, gárgaras de oboe y gangoseo de banjo, unos yankées títeres habían empezado el shimmy. Salían las parejas a bailarlo. Ellos y ellas muy rígidos, se ponían frente a frente, se tomaban de los costillares, las otras manos displicentemente unidas debajo de la cintura y empezaban a avanzar de costado o de frente, a pequeños saltitos de cocktailera mientras con los pies realizaban cruces inverosímiles o temblequeaban sus cuerpos, como los de esos muñecos a los que se les termina la cuerda. Todas las parejas se entregaban con insistencia a las mismas figuras. Era un espectáculo un poco ridículo, ver cincuenta "muchachos" elegantes, de cabellera engominada y cincuenta chicas morenas, armoniosas, bellas, entregadas al temblequeo con música.

Pero era la moda. Lo último que llegaba de "allá".

—¡Usted no baila el shimmy?

—No me gusta. En estas cosas soy muy criolla —repuso la Chinonga.

Jorge observó el deleite con que ellas movían los hombros y los senos, apenas acusados bajo la seda del traje, en ese movimiento típico de la rumba cubana,

que las bailarinas realizaban en los "Musichalls", de "espaldas (!) al público".

Los grandes focos del salón, alumbraban con su luz lechosa a toda aquella concurrencia distinguida y mundana y él, viéndolas, hermosas criollas de la nueva raza que empezaban a vivir recién, pensó que todas eran como esos bichos de luz, que corren atraídos por el resplandor hacia el foco y se atropellan, vuelan y revuelan un rato, describen en el espacio hermosas trayectorias y por fin mareados, ansiosos de beber más claridad, de llenarse de luz, en un vuelo decisivo se internan en la llama que quema sus alas y los hace caer desde lo alto al abismo de la sombra...

Allí, en el baile aquél, la pléyade distinguida; en Florida, Esmeralda o Corrientes, las caravanas de pequeñas burguesitas, que golpeaban con sus alas, los cristales de las grandes vidrieras tentadoras, focos luminosos que despertaban en sus almitas la ambición del "chic"; en los cabarets, simples casas de tolerancia con intermediario y "macró", adonde llegaban de barrios lejanos las milonguitas que soñaban, con los brillantes, la seda, el departamento lujoso y el "Cadillac"; todas, todas, bichitos de luz, que batiendo las alas, como si fueran de mariposa, llegaban al foco a quemarlas, en vez de pintarlas con el polen de las flores, para vivir coquetas y admirables, bajo la tibia caricia del sol.

Sí. Como los bichos de luz, iban al foco por deslumbramiento, no por amor a la luz y a la belleza, como la mariposa que revoloteaba entre las corolas, se vestía de sus galas y libaba en la fuente de las abejas.

Por amor a la belleza y a la vida se justifica todo. Un instante de amor, un momento de belleza, un soplo de vida, dignifican nuestra existencia. Un segun-

do de deslumbramiento, frente a la llama de la ambición nos pierde para siempre...

Jorge miró de pronto a la Chinonga que lo escuchaba. Recién tuvo la sensación de que todo aquello lo había pensado en alta voz; el espejo que los reflejaba, le mostró la severa continencia de su rostro y la atención de la encantadora carita de la Chinonga encuadrada en el marco de su melenita, de sus grandes ojos absortos.

La miró de frente sonriendo, como disculpándose.

—¿Qué dirá Vd., Chinonga? ¡Filosofía barata! El hambre de la frase...

—No, Jorge, no. Usted tiene razón. Yo muchas veces he pensado eso que Vd. pensaba ahora, pero ¿cómo ir contra la corriente, contra la mayoría? Acostumbradas desde los colegios a entendernos y obrar en grupo, ¡guay! de la que pretenda independizarse. Se siente aislada rápidamente, necesita recurrir a ambientes nuevos, en los que no se siente cómoda por las mismas desconfianzas que provoca.

Esta asimilación pronta y efectiva de los snobismos mundanos y elegantes, tiene su origen en la inquietud que nos domina. Tendemos a renovarnos totalmente. Las mujeres que por lo general no hemos adquirido grandes conocimientos de la vida, cuando nos encontramos frente a ella, los adquirimos viviendo. La enseñanza de algunos años nos ha demostrado que el empaque y el recato excesivo no valen para nada ante los hombres. Que los aburre. Porque no crea Vd. que nosotras somos así porque sí. No. Nuestro carácter, depende del carácter de los hombres. Y el carácter de los hombres se ha tornado de contemplativo, sentimental y delicado, en nervioso, práctico y de una brusquedad simpáticamente guaranga.

Antes, cuando nuestras muchachas, desfallecían de amor y se ponían anémicas, es decir, cuando leíamos

mucho y nos llenábamos la mente de paparruchas, cada día, tenían las mamás que llevarse a las hijas a Europa para que olvidaran y en cambio el hombre se llenaba de prestigio y echaba humos de irresistible.

Hoy un muchacho, no anda derechito, tropieza al entrar al salón, haciéndole hacer un papelón a una, pues a otra cosa; esa misma noche, se inicia otro "flirt" y aprovechando el egoísmo de los hombres se los elige y se los planta con la misma facilidad. Y a ellos les gusta esa manera de ser. Si una distingue demasiado a Fulano, sus amigos la asedian, a pedirle amabilidad, para hacerlo sufrir, para que rabie. Si una al bailar, se separa y no los sigue en todas las figuras, ellos no encuentran atractivos en nuestros bailes y prefieren los de los cabarets donde bailan, como bailan. Pero no crea que nosotras los necesitamos para algo más que para bailar. Para bailar, y para hacer el ambiente, dar el pretexto para las entrevistas de las casadas jóvenes con "sus chicos" y ayudarnos a buscar entre la rueda de curiosos, de los que vienen de afuera, la cabeza interesante, la mirada inteligente, el varón que nos comunique una vibración...

—¿Y hay muchas que piensan como usted?

—¿Muchas? Casi todas. El hombre no nos interesa, sino cuando es algo excepcional. Y para ello hemos de conocerlo. No nos arredra pensar que podemos llegar a los treinta, sin tener marido. Felizmente existen y existirán los hijos de gringos, enriquecidos, muchos de ellos doctores, que no pudiendo entrar en nuestro círculo, se casan con nosotras para prestar quilates al apellido.

Así, por fortuna, vamos dejando de depender de los caprichos de los hombres. Vamos viviendo de otra manera, más frívola en apariencia, pero más intensa. Preferimos el cansancio de muchos hombres inteli-

gentes a la ansiedad de muchos mocosos que nos canjean luego por cualquier amante. Ya no llegamos ignorantes al matrimonio. Nuestros hermanos, nos sirven de enseñanza y de ejemplo. Sabemos de muchas cosas, nos hemos dejado besar a veces, conocemos la fiebre de los hombres a nuestro contacto y cuando alguna quema las alas, no cae al abismo, no. A veces se libera.

—¡Oh! Eso es una atrocidad!

—No, Jorge. Es una verdad. Una lógica aspiración a prevenirnos, a ponernos en guardia, nos hace impermeables a las fiebres que ponen en peligro nuestra carne y nos hace provocativas, sabiendo que no hay nada que debilite más a los hombres ante los ojos de una mujer, que las caricias sin resultado.

¡Ah! Pero nos hemos internado ya en los campos obscuros de una teoría recién fundada, sin arraigo...

—Siga, siga, Chinonga...

—Frecuente usted a ellos también. A esos chicos muy estirados y correctitos, entre los que están mis hermanos. Véalos actuar. Parecen muy hombrecitos porque pelean y su "punch" es vigoroso. Actúan en el ring, aquí y en el cabaret. Sus mujeres, los llaman a su casa por teléfono y a veces, nos ordenan que los llamemos, como si fuésemos sus sirvientas. Nos descompletan el importe de un vestido, para pagarle uno a ellas y nos cruzamos en la calle o nos sentamos frente a sus palcos en el biógrafo, con la tranquilidad que nos ha enseñado a tener esa experiencia adquirida en unos años de práctica. Ya ve Vd., amigo Jorge, cómo no estamos tan vacías, las muñequitas, los bichitos de luz...

Y fué ella entonces la que sonrió, oprimiendo una mano de Jorge, como para hacerse perdonar.

—¿Vamos a bailar este tango?... ¡Es el último!...

¡El tango es lo único capaz de hacerme olvidar las teorías — murmuró ella, mientras se enlazaba a él.

Bailaron silenciosos. Graves. Temblorosos. Sensibilizados. En un momento, se estrecharon aún más, con igual presión, se tocaron las mejillas y los labios afiebrados murmuraron.

—¡Chinonga!

—¡Jorge!

Llegaron junto a la señora de Goitía. Jorge se ofreció para llevarlas a su casa en el automóvil.

Salieron entre un vaho de perfumes y un rumor de risas y comentarios.

Jorge las condujo hasta la hermosa residencia de los Goitía. Se despidió de la señora. La Chinonga se quedó un poco atrás.

—Hasta luego, Jorge.

—Sí, hasta luego.

Y se volvió ondulante, coqueta, como una provocación en marcha...

La noche de moda

Era magnífica la gran sala del cine de moda. Un Colón, destinado a la exhibición de películas. En granate y oro la decoración general. Las rojas butacas de felpa, las colgaduras, cortinados y el tapiz del antepecho de los palcos, entonaban el severo conjunto. En el gran plafond, un magnífico fresco armonizado en tonalidades claras, coronaba dignamente la suntuosidad decorativa de la sala que rebosaba de concurrencia, cuando Jorge llegó.

En los palcos alcanzó a ver a varios diplomáticos, a dos ministros nacionales, a diputados, senadores, jueces, médicos famosos y catedráticos de la Universidad, con sus familias.

Las señoras y las niñas exhibían sendas toilettes, en tanto que iniciado el intervalo, se observaban de los palcos con los gemelos o el impertinente y los "muchachos" se congregaban bajo el amplio arco de acceso, en la "vidriera", como pintorescamente llamaban las "chicas" a aquel sitio.

Volvió Jorge a hallar las mismas caras que a la tarde estaban en el Plaza, comprobando por lo que le había ocurrido a él, que apenas habían tenido tiempo de comer, para cambiar de traje y estar en aquel sitio, dos horas después del baile vespertino.

Y sin embargo estaban todas frescas, sin señales de fatiga, sonrientes, animadas en el comentario, rumorosas.

La Chinonga lo vió al mismo tiempo que él la descubría. Estaba en un palco balcón. Lo invitó a subir con un movimiento imperceptible de cabeza.

Subió después de sacar del gabán la caja de bombones que le traía.

—¡Ché Macacha! — decía la Perla Zuñiga — miramelá a Chinonga Goitía como se lo ha acaparado a Jorge Videla.

—Es cierto — contestó la interpelada, observando con los impertinentes que usaba por coquetería y como si recién lo advirtiera. — Esta es una derrota para las Macachinas. Nos tendremos que sortear a ver quién lo pesca, che... — Rieron picarescas pensando cada una de ellas, que podían ser las favorecidas por el sorteo.

—Che, che, Beba, el tal Videla, nos ha traicionado, — comentó en otro palco la Negra Velazco, que fué la vibrante Aspasia de la recepción de "Las Perezosas", dirigiéndose a Graciela Colombres, su "jefa".

—Ya lo había visto.

—Tendremos no más que desencadenar otro Pelo-

poneso. Lástima que "Las Compañeras del Silencio", se nos van a venir encima. La Chinonga Goitía es de la congregación...

—Y cualquiera resiste la lengua de la Muda Flores Millán.

—Lo mejor es que nosotras también le tiremos la "puñalada". ¿Qué te parece que la encargáramos a la Preciosa Echegoyen?

—Andá a avisarle. Allá entró. ¡Qué lástima! Le toca un palco debajo. Andá a invitarla a éste.

Salió la Negra en la misión confidencial.

—¡Muchachas! — murmuraba la Muda Flores Millán — ¡Attenti! La Chinonga se lo ha pescado al tordillo Videla. Hay que pelear "compañeras". Las "Macachinas" y las" Perezosas", van a disputárselo. Ahí de nuestra táctica. Chula, corre; interrumpímelas a la Negra Velazco y a la Peciosa Echegoyen para que no puedan ponerse de acuerdo.

Salió escapada la Chula González Eglis, mientras la Muda seguía su plan.

—Y vos Vidalita cuando termine este entreacto, te vas al palco de la señora de Goitía y desde el pasillo, las entretenés de manera que Jorge no pueda mirar la sala. No vamos a dejarle ni una triste mirada...

Así mientras Jorge ponía las luces de sus ojos verdes, un poco adormilados en las profundas pupilas de la Chinonga, a su alrededor, la frivolidad y el amor propio tejían una tela tan débil como las de esas pobres arañas, inofensivas de los rincones.

Desapareció la visión multicolor y brillante de la sala; empezó a proyectarse la película y a sonar la música, mientras en la sombra las manos se buscaban afanosas de transmitirse las impaciencias de ese extraño sentimiento que los hacía dichosos con la proxi-

midad, felices con el contacto y afiebradas sus imaginaciones pregustándose...

Era una película de amor. En un pueblo de cinematógrafo con las casas limpitas de huertas cuidadas y floridas. Eliot Dexter, joven abogado del pueblo, vivía una vida plácida un poco evangélica como son las vidas de los héroes del film.

Su esposa, Lila Lee, era una simple muchacha del pueblo, que lo cuidaba, le surcía las medias y le tenía a la hora de las comidas, el guiso pronto.

Pero un día... Pasaba un automóvil a toda velocidad. Los perros, los tranquilos perros pueblerinos, escapaban y los gansos con sus alas muy abiertas ponían el grito en el cielo, como las comadres, que reunidas en la acera, contemplaban con acritud el espectáculo.

El escape libre y marcha del auto, se detenían frente a la casita del abogado y de entre la nube de polvo emergía la maravillosa estampa de Gloria Swanson, que venía a ser la heredera de la más rica casa del pueblo, uno de esos chalets de cinematógrafo, también perteneciente a un rico salchichero, recientemente fallecido.

La heredera, bajaba del auto, dejando de guardián a un feísimo perro bull-dog ataviado con un collar de crin, y entraba al despacho del abogado.

Allí antes de decir "agua va" se despojaba de su perramus, de su gorra de chauffeur y de su anteojera con barba y aparecía magnífica en traje tailleur, peinada como en un cromo. Se sentaba en un sillón sobre sus hermosas piernas cruzadas, un poco descubiertas, prendía un cigarrillo que sacaba de su pitillera, echaba una gran bocanada de humo, observaba a Lila Lée, que miraba escandalizada a la señorona e indicaba al abogado que hiciera "salir a aquella mucama", mientras la confundida salía haciendo pucheros.

En seguida decía ella, según lo anunciaba el letrero. "Yo soy Doroty Astor". El, se asombraba, se incorporaba, acercándose luego a besarle la mano, mientras ella lo observaba complacida y a Lila Lee, que entraba en ese momento, con un servicio de thé, y un delantal, fingiendo ser la sirvienta, se le caía la bandeja de entre las manos al contemplar el cuadro.

Luego, el abogado sacaba un rollo de papeles, se lo entregaba a Gloria Swanson y ésta le pedía que le indicara el lugar donde se levantaba el palacio. Se incorporaban. Ella le daba la colilla para que él la tirase. Luego se hacía poner el perramus. En seguida se inclinaban los dos a tomar la gorra y sus cabezas chocaban. El se disculpaba, ella se reía poniendo una "trompita" de dolor. Salían. Lila Lee que miraba por la cerradura, era sorprendida. Gloria decía que debía echar a aquella mucama y en el momento en que Lila le iba a contestar, Eliot le ordenaba que trajera su sombrero. Después subían al auto y se alejaban los dos, mientras Lila lloraba tomada del marco de la puerta.

Cesó la proyección; en la sala se hacía una claridad tenue y se interrumpía el ruido de la corredera, que nos impide a veces emocionarnos.

Quedó en silencio el público como si en ese minuto fuera necesario meditar sobre el problema que se le planteaba a Eliot Dexter.

En algunos palcos se murmuraba.

—¡Qué lástima! Eliot debía estar casado con Gloria.

—Tan mona la Swanson.

—Yo prefiero a Doroty Dalton.

—La Lila Lee es muy mona.

—Es parecida a la Chimonga Goitía.

E instintivamente todos miraron hacia el palco.

Volvió a apagarse la luz. En ese minuto habían lle-

gado a la residencia. La visitaban. Ella encendía otro turco. Pasaban por las magníficas habitaciones regiamente amuebladas. Ella corría de un lado a otro, contemplando pequeños detalles. Un retrato suyo de pequeña. Una muñeca tirada debajo de una cama. De pronto ella le preguntaba si habían jugado juntos alguna vez cuando niños. El le decía que sí. Se esfumaba el cuadro mientras él hablaba y aparecían un hombrecito y una mujercita jugando cerca de un lago, de pronto ella pisaba en falso y se caía al agua. El sin vacilar se quitaba la chaqueta y se arojaba a salvarla. Desapareció la visión y se vieron nuevmente a Eliot y a Gloria. Ella escuchaba horrorizada de haberse caido al agua hacía tantos años; al terminar él su relato, ella vencida por la emoción se desvanecía y él la tenia en sus brazos, observando glotonamente su hermosa garganta. Volvía en sí, Gloria, abría los ojos enormemente y recordando de pronto el peligro se abrazaba a él, que no era manco. Vencido por el encanto se besaban los dos en los labios.

En ese momento, se oyó en la sala un murmullo; algunos muchachos produjeron besos sonoros que provocaron risas contenidas.

Gloria entonces, se preguntaba: ¿qué hemos hecho? Se alejaba un poco y seguían visitando la casa, mientras "un nuevo amor se encendía", al decir del fabricante de leyendas.

En un instante pasaban los días y la veíamos a la pobre Lila Lee, llorosa y abandonada por su marido, quien se la pasaba todo el día metiendo las narices en los asuntos de Gloria. El miserable había tenido hasta la desfachatez de traerse un retrato de ella, un retrato en que aparecía, casi desnuda de cintura arriba, con una gran cola y un ave de paraíso en la cabeza.

En ese instante llegaba una amiga de Lila, Wanda

Hawlley y le sugería la idea salvadora. Debía vestirse como ella. Lila, tomaba de una cajita sus economías, Wanda con un centímetro le tomaba las medidas y las anotaba en un papelito; buscaban en una guía la dirección de un modisto y como si Wanda hubiera llegado nada más que para eso, se despedía después de darle algunos consejos.

Por lo pronto ese día Lila, no hacía la comida, dejándola encargada a la cocinera. Venía Eliot a comer y notaba que a la sopa le faltaba sal. Lila le alcanzaba el salero. Luego el beefteack estaba frío. Ella le ordenaba a la sirvienta que lo pusiera al fuego, observando que debían tomar otra cocinera. El indignado se iba de la mesa, se vestía y se marchaba a lo de Gloria. Pero Gloria no había comido en su casa y él tenía que volver aburrido.

A los pocos días llegaba el traje. Lila Lée se lo probaba y casi daba de narices en una mesa enredándose con la cola.

La escena de la mesa se repetía. Era un pretexto de Eliot para irse, pues estaba vestido de smoking, invitado a una cena íntima en lo de Gloria.

Lila lo dejaba ir y corría a vestirse para realizar su plan.

Eliot llegaba al palacio, entraba a un salón donde varias señoras jóvenes y varios caballeros, bebían y bailaban al compás de la música de una "victrola".

Allí empezaba a padecer porque aquellos señores manoseaban a Gloria y ella les correspondía.

Viendo que se ponía celoso, aquellos señores proponían una broma. Gloria los reunía, tomaba una larga copa de cocktail y anunciaba su casamiento con un gomoso ridículo de aquellos.

Entonces Eliot aprovechando las ruidosas felicita-

ciones de los otros se iba, "a través de la noche y de los campos".

Llegaba a su casa. Lila Lée que atisbaba, salía por una puerta de escape. El entraba, la llamaba. ¡Nadie! Pasaba por su cara un visaje de extrañeza. De pronto él oía que movían el llavín en la puerta de calle. Apagaba la luz. Se la veía entrar a Lila Lée cautelosamente, envuelta en un abrigo. El aguardaba. Luego prendía la luz de pronto y ella al fingirse descubierta dejaba caer el abrigo quedando con su hermoso traje. El deslumbrado, celoso, le preguntaba de donde venía. Ella le decía que de tomar el fresco y pretendía caminar; como no tenía costumbre de hacerlo se enredaba con la cola y Eliot sonriente la sostenía. Después la llevaba frente al retrato de Gloria, señalando el traje. En seguida rompía el retrato lentamente y se quedaba triste. Lila se acercaba, le ponía una mano sobre el hombro, lo forzaba a volverse, lo miraba intensamente y se unían en un beso...

—¡Qué pavada! — comentaban las que creían que Eliot iba a escaparse con Gloria Swanson.

Para descalificar la película, Macacha Pacheco argumentó que ya no se usaba la cola en los vestidos de "soiree".

Jorge pensó que aquellas películas en apariencia morales, influían poderosamente, aunque algunos escritores dijeran lo contrario, en la transformación espiritual de las nuevas mujeres de la Cosmópolis.

Influían indudablemente porque la personalidad espiritual y moral no estaba formada; porque la complicación psicológica que se les atribuía como resultado de una observación superficial, era una coquetería, una simulación, con la que lograban muchas de ellas pasar por originales e interesantes.

Obligadas a mantener esa complicación, quebraban

prontamente la línea del personaje y denunciaban la ficción, como esas actrices que en el segundo acto del drama, no se sienten con "garra" para sostener la fuerza de la protagonista y recurren al sollozo, que perturba las almas sencillas de los espectadores cursis.

Para vivir hondos problemas psicológicos, para alentar complicaciones de ese orden y sentir desdoblamientos de la personalidad, es ante todo necesario poseer una personalidad definida, tener vida interior; y mal podía llamarse vida interior a la inquietud juvenil que despierta la emulación y a la adopción de tácticas para las relaciones sociales, inspiradas en el conocimiento práctico y en la intuición de la vida.

La inconstancia y el capricho, que pudieran tomarse como el resultado de un proceso psicológico, eran simples movimientos histéricos que aparecían periódicamente, provocados por un comentario, por un disgusto o por una influencia externa, del ambiente.

Es cierto que en el alma de la mujer, existen en latencia los elementos más complejos de una psicología llena de vericuetos y contradicciones; pero no lo es menos, que esos elementos recién concurren a formar esa psicología cuando un sacudimiento grande, un amor, una desgracia, una caída, o un abandono, aislan de la frivolidad la mente y haciéndola pasar por la prueba de fuego la lleva por las sombras y por la claridad, por la ilusión y por la desesperanza...

Suponer un proceso interior en la mujer que ama o que sufre, es sino regla general, aceptable en ciertos casos.

Pero atribuir a nuestras pequeñas mujeres, a nuestras "chicas", de sumaria educación, elemental cultura y escasa inquietud espiritual taras y características psicológicas de las que están bien lejos, es un preciosismo literario, de escritor enamorado con la pasta mo-

ral de sus personajes, en su afán por desentrañar los misterios del alma, para alejarse de la novela naturalista.

Por eso suponía Jorge que influía en el espíritu poco cultivado de las chicas, la visión de esas películas ñoñas y superficiales.

Aseguraban esos señores, que creen en la estadística como en el Evangelio, que en Buenos Aires se habían multiplicado por quince, los lectores, en el transcurso de los últimos cinco años.

Pero se olvidaban decir que los lectores de folletos, novelas cortas, cuentos semanales o publicaciones baratas. La modistilla, el empleado y los obreros leían en abundancia esas publicaciones cuyo precio no pasaba de veinte centavos, pero en el libro de costo superior a un peso y medio o dos, fuera de Hugo Wast, Gálvez, Lugones y excepcionalmente algunos ahijados de los grandes diarios, nadie pasaba de los mil ejemplares, y eso contando con largueza.

Para una ciudad de cerca de dos millones de habitantes, donde podía calcularse un número superior a cincuenta mil jóvenes, de familias pudientes, era realmente paupérrima la cifra de las lectoras de libros.

Sin embargo, las ediciones del picaresco Willy se agotaban fácilmente; "Ba-ta-clan" con su misérrimo espectáculo "pour les indiennes" agotaba las localidades de la Opera; las obras con cabaret del vapuleado e inferior teatro nacional, congregaban numerosas familias de la "élite", en las secciones vermouth; las letras de los tangos "milongueros" se aprendían en seguida y se festejaban, agotándose las ediciones de discos; y todo, en suma, acusaba una vida espiritual mediocre, en la mujer nuestra, a la que se le querían atribuir complicaciones psicológicas.

Estas desordenadas reflexiones con las que Jorge

contestaba mentalmente a las apreciaciones de un escritor de éxito, en su último libro, tomaban cuerpo, dejándolas en suspenso, para darles forma de artículo y no silenciar lo que para él era un yerro ya que le constaba que la lectora sumaria, superficial, se acomoda por lo general a ser la heroína del libro que lee y lleva su exceso hasta asimilarse el espíritu artificioso, cuando no literario de la protagonista.

Terminaba la visión. La función como en general se la denominaba. Salía él al lado de la Chinonga que reclamaba sus miradas con el brillo acariciante de sus mágicos ojos negros.

En la puerta, avanzaban los coches particulares.

—Allá está el nuestro, mamá.

—¿Vamos? Hasta cuando guste Videla. Ya sabe la casa — dijo la señora de Goitía.

—Gracias, señora. Encantado.

—¿Ha oído Jorge? — dijo en alta voz la Chinonga y por lo bajo — Mañana a las cinco.

—Buena noche — musitó él, oprimiendo delicadamente la mano que se deslizó lentamente de la suya, como con pena.

Al volverse, advirtió a Ignacio, que lo observaba con una expresión de picardía en el semblante.

—¿Papa p'al loro?

—Callate Nacho, no seas bárbaro!

—¡Puede ganar! — siguió Ignacio, usando sus ya difundidos modismos porteño-turfistas. — Te aseguro que es una "trovata", una adquisición para el "stud". En la primera prueba en que tome parte sale de "perdedora".

Optó por reírse Jorge. Estaba parlero su amigo. Debajo de la nariz, le brillaba el labio superior. Lo alejó del foco de concurrencia, hacia la obscuridad.

—¿Por qué has tomado cocaína? — le interrogó a boca de jarro.

Ignacio pareció reflexionar un segundo. Luego decidido respondió:

—Mirá, hermano. Mañana tengo que llevar quinientos setenta hombres al Banco de la Nación. Por no pensar en que no tengo ni cincuenta, resolví "doparme". Aquí, tenés el aviso.

Jorge sonreía pensando en la extraña clasificación de "hombres" que Nacho daba a los pesos. Luego replicó seriamente:

—¿Y yo para qué estoy?

—Es que ya estoy resultando un furgón demasiado pesado para tu tren.

—No seas tonto, Nacho. Mañana llevarás los quinientos setenta "hombres". Dame la cocaína.

De un bolsillo del chaleco sacó Ignacio Astor un pequeño botecito de vidrio obscuro. Jorge lo arrojó por una boca de tormenta de la esquina.

—¡He ahí tres gramos de droga que cuestan un ejército! — murmuró Nacho.

—Vamos a un cabaret. — Propuso Jorge.

—Vamos a la casa donde se reunen las niñas bien de las casas mal, con los niños mal de las casas bien, como dice ese talentoso y guarango escritor hispano, que vino como una tonadillera a llenarse la bolsa y perseguir mancebos.

Montaron a un taxímetro que arrancó entre un ruido de hierros viejos, llevándolos por Callao, hasta Sarmiento y siguiendo hacia Esmeralda para enfrentar en Corrientes con el hall abovedado del Pigall's.

EL CHAMPAGNE TANGÓ

Una larga fila de "placeros", "particulares" y "taxis", se alineaba al borde de la acera, dejando un pe-

queño espacio libre para arrimar los vehículos de los parroquianos que se sucedían en una procesión interminable.

Ancianos libidinosos y respetables padres de familia, jovenzuelos afiligranados, "muchachada" barullera, caravanas de internacionales desde la opulenta francesa, abrillantada, "cocotte" profesional, hasta la simple "peona caminera", en trance de cabaretear.

Bandadas ruidosas de criollitas vulgares y comadritas, parejas atortoladas y extranjeros serios, enfundados dentro de sus smokings pasados de moda, eran tragados por aquel ascensor, semejante al de una mina, aún en su invertida función, pues al elevarlos, los enterraba en el reino de lo inverosimil y al devolverlos a la superficie, salían tambaleantes y vacíos como después de varias horas de aspirar "grisú".

Arriba una orquesta americana golpeaba teclas, timbales, caños, hierros, platillos y cajas de madera, acompañada por las rascadas del banjo y las gárgaras salvajes del óboe. Servía esa baraúnda para hacer ejecutar sobre la roja alfombra, inverosímiles piruetas a varias parejas que o saltaban como muñecos de cuerda, giraban vertiginosamente como enloquecidas, patinaban a punto de volcar, marchaban a saltos o simulaban una caída cuando el óboe sonaba una gárgara que daba la sensación de un tirabuzón.

Las mesas colocadas en sendas hileras, dejando al centro el cuadrado rojo de la alfómbra para esparcimiento de danzantes, estaban ocupadas en su totalidad.

En una línea de palcos altos, con rojos cortinados, se exhibían las privilegiadas de la galantería y sus no menos privilegiados poseedores momentáneos.

Todo era vanidad en aquellos reservados. La sonrisa de las pintadas bocas, que a veces descubrían áureos remiendos en la dentadura y los estremecimientos de

los enjoyados descotes. El aleteo de las empedradas manos y las carcajadas que sonaban a oro. Vanidad en los gestos de los viejos verdes, destacando sus caras rojizas y canallescas y los belfos caídos, sobre la gala de las blancas pecheras y en las miradas importantes de los "niños" que fumaban en sus largas boquillas, el tabaco egipcio del Brasil, mientras entrecerraban los ojos simulando hastío y elegante despreocupación.

En algunas mesas del patio, bandadas de tiernos "mocozuelos", alborotadores y bellos, con sus cabelleras engomadas y los pantalones arriba del tobillo, descubriendo medias de colores chillones, se "posaban" frente a los baldes de champagne, fabricado con gaseosa y que el "honrado comerciante", dueño del establecimiento, expendía a fabuloso precio, en razón de la alta patente con que la comuna pretendía quebrar su comercio.

Vigilantes en sus puestos, los segundos, "capataces", del "honrado comerciante", cuidaban que el despacho de bebida aumentara y la clientela se declarara satisfecha, llegando en sus atenciones a dar informes sobre determinada mujer, u ordenarle la instalación en la mesa del caprichoso cliente.

En uno de los palcos, el "honrado comerciante" con su esposa, ex-pupila de casas "non sanctas", departía en carácter de espectador con un cofrade, habilitado y gerente de otros negocios, instalados como sucursales, en el interior de la República.

Desde su puesto de espectador, el honrado comerciante, comprobaba la consumación de los "buenos clientes" a quienes a medida que ingerían más botellas de su "champagne", aprendía a estimar mejor.

Las mujeres, pintarrajeadas, contratadas para bailar y otras etcéteras, sonreían en sus mesas destocadas y envueltas en llamativas toilettes que ceñían las carnes

abundantes y flojas o descubrían extensos descotes e inflados brazos con muestrarios de pellizcos e inyecciones.

Tenían obligación de acceder a todos los pedidos o requerimientos para danzar. Debían concurrir a las mesas donde su presencia fuera solicitada y explotar la natural generosidad de los parroquianos. Todo en beneficio del negocio del "honrado comerciante", el cual les tiraba alguna migaja como compensación.

—Ché, María Luisa, el inglés quiere que vayas.

—Dejame de jorobar. No puedo más. He tomado mucho.

—No seas "pava", volcamos o devolvemos el "copetín"; están tan pasados que no se dan cuenta. Yo he fichado once, así.

—Marí Luise. El señog la llam, vay ¡Allez! — ordenó uno de los capataces. Y allá fué María Luisa, tambaleante a fichar las copas por las que obtenía un suplemento de cincuenta centavos, de los dos pesos que cobraba el "honrado comerciante".

Alfred. Sirv granadín a la Mari Luise, sino no podrá trabacag — ordenó el celoso capataz, velando por la integridad del personal.

Horas más tarde, el generoso extranjero pagaba. ciento veinte pesos de "adición" por las "gaseosas" y las granadinas con soda...

En algunas mesas las bandadas de adolescentes, ponían los ojos en blanco en trance de rendimiento y solicitud para ocupar el puesto de "amant de coeur", a la vera de aquellas privilegiadas de la galantería, que sonreían agradadas, correspondiendo a los guiños de los "nenes", mientras conformaban a los ancianos Otellos, con risas artificiosas y blandos abrazos de abandono.

La orquesta barullera del bombo y los platillos,

abandonó el palco, dejando su sitio a los representantes de la música "autóctona", como se llamaban aquellos compadritos que encabezados por un pálido pianista de andares femeninos y castaño "bisoñé", ocupaban sus asientos, extendiendo sobre las rodillas un trozo de terciopelo bordado para que jugara el " bandoneón", colocando la almohadilla en el cuello para afirmar el violín u ordenando las matracas, bocinas y ruidosos "instrumentos", estrafalarios, que servían para acompañar los tangos con el beneplácito de la extraña concurrencia.

Las francesas y criollas contratadas para bailar, llenas de colorete, con la mirada vaga de alcoholistas y las tics y ausencias de las cocainómanas, se aprestaron a salir, seguras de que al primer compás del tango, no quedaría una sola en su sitio, reclamadas por la "muchachada".

Y efectivamente, uno de los músicos emitió un silbido parecido a la llamada de los pilletes en el suburbio, arrancó luego el bandoneón en un rezongo largo y perezoso, respondiendo los violines con una rascada de papel de lija y después de una pausa, un golpe de bombo, dos gritos y el sonido estridente de las bocinas, platillos y matracas, denunciaron que el tango había empezado.

En la orquesta un hombrecillo de frente angosta y deprimida, orejas inmensas, ojillos picarescos e inconmensurable boca, proponía con fingida voz femenina y mientras tocaba el mandoneón, jugar al "gran bonete".

Era el tango de moda. Un gordo cachaciento que tocaba el clarinete aceptaba y el músico de la flauta y el "bochinche" se entrometía.

Y mientras la música remedaba las frases: "Al gran bonete se le ha perdido un pajarito"... "Yo, señor"... "Sí, señor"... sobre la alfombra roja, las parejas dibu-

jaban arabescos, ondulaban las ceñidas caderas de las mujeres, se juntaban afiebradas las mejillas, y en las miradas de los hombres había un destello de la fiereza de Moreira, bailando en algún rancho, un momento antes de que un "mamao", bajase de un talerazo el candil, para que pudiese "juir" la pareja de esa noche...

Ahí entraban varios jóvenes calaveras, con sus fracs de moda y una greña provocativa cruzada en la frente como una señal de caballería. Acababan de dejar a sus familias a quienes habían acompañado al Colón o al Cervantes. Casi todos brillaban por sus padres; eran los hijos del Dr. Z, del estanciero A, o del industrial C.

De otra mesa los saludaron antiguos camaradas, muchachos fornidos, de tez quemada por el sol y manos encallecidas, que corrían una parranda, justificada por el trabajo de ocho meses en la "estancia del viejo".

Rodeados de mujeres jóvenes y viejas, gozando de la tranquilidad que les proporcionaba su carácter de "habitués", fumaban y bebían varios personajes. Un abogado, un martillero, dos consignatarios, un joven propietario, un rentista, un estanciero, un médico y un "afamado" fotógrafo.

Aquella mesa era la más alegre de la sala, si exceptuamos las de aquellos extranjeros tripulantes de un barco escandinavo o la de aquellos yankees, delegados comerciales del Tío Sam.

Por sobre las demás, pesaba un velo de tristeza, las risas eran rictus, las frases ofrecimientos, demandas o tratas de negocios del placer.

Excepto los extranjeros, todos se preocupaban del "qué dirán", siendo así que las sonrisas se contenían, las miradas eran impertinentes y se cruzaban como provocaciones inusitadas.

En una mesa del rincón, dos francesas peleaban por la posesión de un bote de cocaína mientras la "decana"

de la casa, entraba por segunda vez al "toilette" a empuñar la jeringuilla de Pravaz.

Cerca de la orquesta, en una pequeña mesa donde apenas cabía el balde del "Brut Metropol" y los dos vasos, Jorge escuchaba las informaciones de Nacho.

—Ves aquella? Tú la recordarás... Tulia Marga. Recuerdas? Eramos dos botijas cuando íbamos a oírla ladrar en el "Parisien".

—¿Será posible?

—Así es che. Tiene el secreto de la juventud. Imaginate, puede acusar "las cuarenta" y sin embargo, "pebeta", fresca, coqueta. Está por casarse. Con algún aburrido, seguramente.

Ves aquella rubia, portadora de un "nasso" respetable y de unos ojos que parecen dos bolitas "cachuzas"?

Reía Jorge la exactitud de los enrevesados símiles de Nacho.

—Bueno, pues. La mujer campeona de narigada o de "prisette". Ninguno de los personajes que se dedican a la droga, le ha pisado el palito.

Y así fueron desfilando exaltadas por el pintoresco lenguaje de Nacho los personajes de ese mundillo galante, en el cual nada tiene que ver la galantería y el amor. Enterratorio de las ilusiones de todos los calaveras. Foco inmenso del vicio que atraía poderosamente con los recursos más primitivos y venía a ser algo así como la solución que los tenebrosos negociantes de la carne, habían hallado para satisfacer la sensualidad del criollo y el deseo de esas caravanas de extranjeros que buscaban la mujer fácil y sin complicaciones.

Sacerdotisas de aquel antro, las extranjeras que por todos los medios trataban de amontonar dinero con la prodigalidad de sus carnes abundosas y de sus complicadas intimidades. Las criollitas de carnes morenas y grandes ojos, ingenuas en el fondo, viviendo hondas

tragedias de amor, enfermas de la voluntad, participando de todos los vicios de la exportación y soñando con ser cada una, la heroína del sencillo romance de "Milonguita", cantado con letra de tango y creado por un trivial, una noche en que al salir de una partida llegó a la conclusión de que debía ganar dinero con el estreno de una pieza a la que le faltaba el tango del éxito.

—Y sin embargo, los "macrós" que han levantado este cabaret, han cumplido sin quererlo con una misión social, civilizadora y digna — decía Nacho. — Ellos han morigerado los impulsos de las patotas y han dado a nuestros muchachos un concepto moderno de la sociabilidad con estas mujeres. El cabaret ha beneficiado al salón y éste es una prolongación de aquél. Los hombres y las mujeres mientras están en su juicio se comportan aquí como allá. No hay nada que reprocharles. Los muchachos han aprendido a respetar un poco más a las mujeres galantes y por ende a establecer una gran diferencia entre ese respeto y el que deban a las mujeres de su sociedad.

Al propio tiempo las consecuencias de los enamoramientos, los ha curado de la epidemia clásica. La tragedia del abandono. Hoy sus amores con estas mujeres terminan plácida y definitivamente. Entre sonrisas. Quedan "camaradas". No hay puñaladas. Son menos Moreiras. Además se va moderando la impulsividad de los jóvenes. Cuando recién se instalaron estas instituciones, los balazos y el tiro de otros proyectiles como sifones y botellas era casi un deporte. Habitualmente se registraban ocho o diez refriegas en cada casa.

Hoy se puede entrar tranquilo. De tan correcta que es la concurrencia, de tan galano que es el ambiente, es hasta aburridor.

En ese momento se abría un paréntesis al baile de

los contertulios, para dar lugar a unos números combinados por "la casa".

Se apagaron las luces de las bombitas incoloras y quedaron alumbrando tan solo, los globos rojos de las guirnaldas; sumiendo al salón en una penumbra que aún cuando se pretendiera ensoñadora, parecía la de un laboratorio fotográfico.

Apareció a los primeros compases de un bailable, una mujer casi desnuda. Y decimos casi porque el "casi", estaba representado por dos rodelas que sostenían sus senos y por un pequeño calzón tan escaso de tela como ceñido. El cabello corto, suelto, y un tul azulado entre los dedos, completaban la sumaria "toilette" de la bailarina que fué obligada a repetir la danza.

Luego una francesa anticuada y cubierta de colórete salió a cantar una picaresca canción de bulevard que ni sus mismas connacionales entendieron. Terminó entre los aplausos titeadores de la concurrencia.

Hicieron en seguida su entrada, diez "girls", desteñidas, con polleritas cortas, zapatos de colegiales. Marcharon de frente, en línea y realizaron luego un baile, cuya única característica era qúe todo lo hacían al mismo tiempo. Y después una española que bailó jotas y que al pasar cerca de las mesas, dejaba una rara mezcla de perfume y sudores.

Jorge observaba hacía algún tiempo, en dirección a las mesas de las "criollitas".

Los ojos hondos, de mirada un poco vaga, los ademanes que pretendían ser desenvueltos y revelaban la humildad de la procedencia y el resto de pudor que quedaba en ellas... Todo.

Imaginó el romance o la tragedia de esas pobres almitas deslumbradas. Llamó a una de ellas, que se acercó haciendo ondular a cada paso las amplias caderas, hechas al ritmo del tango. Le dió champagne,

Entretanto. reanudada la danza, dos francesas, bailaban enlazadas escandalosamente, en el prólogo del segundo pecado. Nacho obedeciendo a la señal de un amigo, se internaba en el toilette, a hacer su "narigada" de "coca". Dos borrachos trágicos pretendían hacer bochinche y un escritor que siempre se documentaba científica y seriamente, hacía apuntes de los personajes que habían de aparecer en un capítulo de su nueva novela, dedicado al cabaret.

Y viendo las joyas falsas de la criollita, observando como su carne joven se agitaba a su contacto, sintiendo el ritmo fatigoso de aquellas horas de vida artificial, triste, infecunda, Jorge Videla, invadido por la melancolía, pensó en esas pobres entes, tan felices en apariencia y creyó más que nunca en el fatal designio de aquel emjambre de bichos de luz, las primeras en quemar las alas, las primeras en sucumbir junto al foco tentador que tenía para sus pobres mentes, destellos astrales, enceguecedores y recordó las palabras del mago Tagore:

"Si de noche lloras por el sol, no verás las estrellas".

Entonces arrastró a la criollita consigo y salió como un sonámbulo, a la calle, creyendo que había salvado un alma.

Canciones de amor

La criollita de los ojos obscuros y profundos, se llamaba Anita. Había proporcionado a Jorge dulces horas de relativo deleite. Primero, curiosamente, habíale inquirido noticias de su vida, de su corta vida de lupanar y de vicio. Y ella con un ansia explicable por apa-

recer a los ojos de aquel hombre interesante, como una almita atormentada que vivía horas de pena y de zozobre en el hampa, habíale hecho el relato, justificando sus desvíos y llorando sus desventuras para obtener el mimo de una caricia de consuelo. Insensiblemente acumulaba episodios de simple dramaticidad y aunque su historia era similar a todas las historias de perdición que se inician con una entrega y terminan con un abandono, la hora, el lugar, la intimidad, le prestaban novedosos contornos y situaciones de cierta intensidad melodramática.

Anita tenía sin saberlo, el secreto sentido de la progresión teatral. Cuando en los comienzos de su triste vida de cortesana, vendía caricias en una casa de campaña, durante las largas veladas de invierno, solía conmover a sus compañeras con el relato de aventuras sentimentales leídas o imaginadas. Ese sentido habíase perfeccionado y pulido en su vida de ciudad y "cabaret". La novela y hasta las letras de los tangos tristones que comentaban las penas de la "milonguita", habíale servido para documentarse y pasaba entre sus amigas por ser una chica muy interesante "hablando con ella".

Jorge la dejó despacharse a su gusto. Sirvió las contraescenas con maestría y prodigó sus consuelos, hasta que las leves caricias de sus manos sobre las carnes morenas de la muchacha, la presión blanda de sus brazos perfumados y la suave mordedura de sus dientecitos, lo llevaron insensible y deleitosamente al goce instintivo del placer de amar...

Fueron horas como minutos, que prologaron al sueño. Un sueño feliz, sin sobresaltos, ni fantasmagoría. Al día siguiente, al despertar, experimentó un verdadero asombro, al sentirse aferrado por un brazo moreno que se le enroscaba al cuello como una bufanda.

La miró y tuvo un acceso de odio hacia sí mismo. Hacía su carne débil a los latigazos del instinto. Hacía su mente contaminada por el deseo brutal. Corrió al baño. Se vistió luego y salió sin decir una palabra a Anita. A las cuatro poco más o menos recordó que la Chinonga iría a su casa a las cinco. Entró a un negocio a comprar bombones y masas y corrió luego a despachar a Anita con el fin de evitar encuentros enojosos.

Mientras el "auto" marchaba en un descabellado "record" de velocidad, él se iba diciendo a sí mismo, cuanto le agradaría que la Chinonga se arrepintiera de su decisión. Al llegar, su mucamo le entregó un sobre. Lo rasgó. Eran unas letras de Anita. Le llamaba la atención por su despedida "a la francesa" y le decía que cuando la quisiera encontrar ya sabía dónde podía buscarla. Se alegró por la cómoda solución de aquella aventurilla y corrió a arroparse en un batín de seda, horizontalizándose luego en una otomana de su "fumoir" a leer uno de sus autores predilectos... Eça de Queiroz.

Las letras, sin embargo, se le antojaban signos arbitrarios que no tenían valor alguno de expresión. Contaba los minutos que lo separaban de la hora fijada. Sentía una vaga comezón medular y su oído se afinaba esperando percibir la parada del vehículo que conducía a la mujercita de aquella nueva aventura.

Por el afán de entregarse a disquisiciones para llenar los momentos que debía transcurrir en la soledad, trató de establecer la diferencia entre Anita y la Chinonga. Habían de existir forzosamente. La educación, el ambiente, la familia... Pero, de pronto, se detuvo.

—Las dos, vienen a mi casa de soltero, sin embargo, con el mismo desprejuicio. Cuando bailábamos, las dos se adherían a mí, tenían las mismas presiones en las

manos sudorosas, me miraban de la misma manera y denunciaban el mismo deleite... ¿Cuál es la diferencia?... En que las caricias de la una, por fáciles, hube de idealizarlas para disfrutarlas y las de ésta por difíciles, he de lograrlas para sentirme feliz...

En la habitación próxima, se oyó un taconeo amortiguado por el espesor de las alfombras. Jorge se incorporó a tiempo que la delicada silueta de la Chinonga, envuelta en pieles, se destacaba en el vano de la puerta del "fumoir". Corrió a tomarle las manos.

—¡Chinonga!

—He sido puntual. ¿Eh? Imagino la tortura de los minutos de espera... ¿Estamos solos?

—Completamente solos...

—Oh, al fin solos, como dicen los novelistas cursis. Entonces voy a tomar posesión del lugar.

Y con ademán desenvuelto, antes de que Jorge llegara a ayudarla, se quitó el gorrito y el abrigo, que tiró en una silla quedando con su melenita en bandós y su magnífico cuerpo de mujercita, envuelto en una túnica color fuego que se ajustaba a las caderas con una cinta de negro terciopelo.

—Que mi primera palabra, después de su toma de posesión de esta casa, sea admirativa. ¡Es usted una maravilla!...

—Deme el brazo y enséñeme su casa — contestóle ella aproximándose.

Y fuera que quedaron demasiado próximos, que el movimiento inicial de la marcha no se efectuó prontamente o que ambos no tenían apremio por iniciar la visita, lo cierto es que quedaron frente a frente, mirándose a los ojos, reflejándose en las pupilas sus amorosos rostros, observándose los labios, conteniendo las respiraciones. Luego ella adelantó una mano cuyos dedos juguetearon brevemente con un botón superior

del chaleco; él extático, tomó entre las suyas, los flancos de la cara angelical y lentamente, disfrutando segundo a segundo, milímetro a milímetro la deliciosa proximidad de aquel minuto de caricia, se besaron sin ruido, sin crispación, con una fiebre que los dovoraba interiormente...

Se hizo en cierto modo embarazosa la pausa sucedánea. Ella comprendió que de aquel minuto dependía el giro que habían de tomar los acontecimientos y deseando que no fueran apresuradamente hacia lo que por desearse, conviene retardar, valientemente adoptó un tono trivial y alegre.

—Es usted sabio besando, Jorge. Nunca había besado a un escritor...

—Y a quién no lo era?

—Es demasiado pronto para revelarle ciertos secretos.

—No tanto para mi curiosidad.

—Necesita Vd. que lo torture con mis confesiones...

—Lo cree Vd. posible.

—Usted es escritor, pero es hombre. Vale decir que es dos veces hombre...

—Interesante definición. ¿Cómo así?

—Sí, vive su vida y la de sus héroes...

Se habían tomado del brazo y empezaron a marchar a través de las habitaciones iluminadas.

—A ver? Primero quiero ver su despacho — insinuó ella.

—Entramos en él.

Era una amplia habitación, rodeada de librerías repletas y pedestales con cabezas y bustos en yeso y bronce. Sobre una estufa, armas indígenas y antiguos fusiles de chispa o trabucos naranjeros. Pendientes de las paredes, telas de los más variados motivos y tamaños. Impresiones premiosamente realizadas. Algunas

cosas de mérito. Los cortinados desiguales, consistían en mantas y ponchos tejidos en los telares serranos por las industriosas calchaquíes, pendientes por sus flecos de la caña de una lanza montonera colocada horizontalmente sobre el dintel de las puertas.

Sobre la mesa atiborrada de papeles, apenas emergían, la negra boca del tintero, la cabeza y el busto de un bronce que representaba el Dante y el retrato de una belleza del año 80. Su madre.

La Chinonga, recorrió ansiosamente el salón, leyendo la dedicatoria de muchos retratos de artistas, las firmas de los cuadros y bustos que alcanzaba a leer. Fué hasta la mesa, revolvió los papeles como si quisiera en un minuto connaturalizarse con el espíritu de aquel dueño de casa un poco misterioso y complicado.

Jorge, recostado en un alto sillón de respaldo tallado, la observaba. La luz central de los "plafoniers" no llegaba hasta él y hubiera quedado en un plano penumbroso, si la luz tamizada de un brazo del testero no se proyectara casi perpendicularmente sobre su cabeza.

La Chinonga se volvió a consultarlo y al verle quedó como maravillada ante una revelación. Notando que él intentaba moverse le rogó.

—No se mueva, por favor. Si usted pudiera verse...

En efecto, habiendo recostado Jorge la cabeza en el respaldo del sillón, la luz iluminaba con reflejos la frente abombada como un vientre fecundo de mujer. Luego la sombra se enseñoreaba de las cuencas de los ojos y matizaba los rasgos faciales destacando los pómulos y los labios. En el fondo de aquellas cuencas, sobre el blanco de la niña, las verdes pupilas tenían claros destellos misteriosos, con atractivos y magnetizaciones extrañas.

Ella se acercaba describiéndolo. El, sintiendo la atracción de su proximidad y por un sentimiento nuevo,

reciente, de superchería, intensificó su mirada como sirviéndose de esa fuerza y rígido, sin notarlo se separó un punto del respaldo. El efecto de la luz en los planos faciales, no se alteró casi. Pero en cambio al iluminar las salientes de las molduras, violentamente, puso una especie de resplandor sugestivo...

La Chinonga se trepó medrosa a sus faldas abrazándose a su cuello. El se sintió invadido por una gran ternura. No temblaron siquiera sus carnes...

—Pareces un brujo — murmuró ella familiarmente, como si hiciera muchos años que lo conociera. El sin extrañeza contestó.

—¿A ver? Ponte tú.

Se incorporó. Ella sentándose trató de adoptar la misma actitud. Logró casi obtener el mismo efecto de luz. El la observaba. Lo que seguramente en él era violento y áspero en ella era sereno y mórbido. El negro de los cabellos se azulaba irizándose de reflejos acerados, la frente, la nariz y el labio superior cobraban cerúleos matices cálidos y palpitantes y la sombra de los ojos lo sumía en un ensueño.

También Jorge se acercaba, bajo el influjo de aquella atracción. Pero ella viéndole, permaneció inmóvil, y sólo sus labios se entreabrieron como un capullo para recibir el beso de la ofrenda.

Olvidados de todo marcharon enlazados, entonces. El con su voz cálida explicaba.

—Estas, adorable Chinonga, son expresiones de una inquietud ambiente que no halla rumbos para orientarse. Aquí, en estas telas y en estos bustos, están volcadas las impresiones del estado espiritual de una juventud laboriosa que mañana puede ser la gloria artística de nuestra raza. Cada una de estas obras, fragmentarias, abocetadas, truncas, es un documento que servirá

mañana para hacer historia ¿sabes? Hay que pensar con el poeta:

"Si eres rica en los dones que acumuló el esfuerzo
"de tus hijos; no les quites la gloria
"de olvidar una cifra para rimar un verso.
"¿No sabes que en un verso pueden crear tu historia?

Entraron en un saloncillo tenuamente iluminado por una luz azulosa. La única nota clara de aquel ambiente era el unido teclado de un armónium abierto. Cerca del instrumento, como para escuchar o adormecerse con la música, una otomana ofrecía la muelle superficie llena de almohadones diseminados al azar.

Corrió ella al armónium. Al rato sus dedos oprimían las teclas arrancando las dulces notas de una "canzonetta" de nostalgias. El la había oído muchas veces en hermosas noches sin luna, el cielo cuajado de estrellas, mecido en una barca mientras en la proa el cancionero la ejecutaba en el acordeón.

Canzoneta hecha para amarse, mientras se desgranaba, llenaba su alma de un extraño erotismo. Se acercó a la Chinonga que al presentirlo imprimió una rara inseguridad a los sonidos y besó su nuca venusta, su cuello y sus labios, mientras inmovilizada la mano en una tecla y acelerado irregularmente el movimiento de los pedales, por la impresión, sonaba aquella nota temblorosa como el gemido de un adiós o como el canto de fiebre de un deseo. De pronto calló el asmático jadeo de aquel sonido. En la penumbra se confundieron los seres, rodaron sobre la otomana enlazados; las palabras se hicieron murmullos y la grave campana de un reloj sonó persistente como marcando impasible en la historia de aquellas vidas una hora de amor...

Y cuando la Chinonga salía aquella noche de su casa, después de dejar en su beso la dulzura de una

promesa, Jorge se sintió feliz, invadido por una suave fruición de añoranza.

Era aquello el amor? El exceso de desgaste nervioso habíalo dejado un poco extenuado. Marchó hacia su despacho y sin saber por qué, volvió a sentarse bajo la luz aquella, en el sillón...

Allí lo encontró Nacho, semiadormecido, sintiendo aun en los centros nerviosos el reflejo de placeres recién experimentados.

—Hola, ¿qué dices exquisito? Con que... ¿eh?

—Qué tal, Nacho?

—Hombre, venía a buscarte para una de esas tremolinas de órdago. Un ágape romano con barcas de flores y vino de Chipre en ánforas. Cosas de Enrique Jordán ¿sabes? En su quinta del Tigre. Me he comprometido a llevarte...

—Francamente no...

—Jamás consentiré que me abandones. ¿Por qué? ¿A ver? ¿Has estado de aventura? ¿Qué hay con eso? Levantarás el espíritu y pasarás una noche artificial maravillosa. Música, gran banquete, hermosas mujeres, lechos de flores, vinos, vamos, el despiporren...

Jorge sonriente comenzó a vestirse. Bebieron una copa de confortante vino de Madera. Encendieron un cigarrillo egipcio y media hora después el auto de Jorge, corría veloz por la carretera del bajo, hacia el Tigre.

El aire del río les pegaba en la cara con fuerza. Allí junto a su amigo tuvo Jorge la necesidad de la confidencia.

—Tú, Nacho que conoces mi ciudad mejor que yo, que sabes de sus gentes, más que yo, explícame esto: ¿quieres? — Y brevemente anotó las dos rápidas impresiones de aquellas canciones de amor que sonaron brevemente en sus oídos...

—¡Oh! Eso es más sencillo de lo que te figuras.

Las dos han sido solicitadas por un mismo movimiento de simpatía. Las dos pusieron en corresponder las caricias que tú les prodigabas, el mismo empeño y la misma fe. Y a estas horas, ambas están en distintos sitios de la ciudad y ambas piensan en ti con cariño y en las horas que pasaron en tus brazos con deleite. Solo que una, la "milonguita" que tú arrancaste del burdel, culmina en el burdel, donde vive horas artificiales de una vida de esplendor y de boato que ella entrevió en los sueños de su pobre cabecita de muchacha destinada a caer. No tiene nada que perder. Si llega a quererte, tarde o temprano sufrirá una nueva herida; nada más. Mientras que la otra... ¡Guay de ti, Jorge, en sus manos! No sé si abunda en Europa ese tipo de mujer y de jovencita. Lo que es aquí... Parece que hubieran adquirido la educación para revestir de bellas apariencias y de "politesse" su condición. Representan por lo general apellidos de cierta calidad social, cuyo prestigio se hacen un deber en sostener. Para ello, recurrirán a todo. El amante adinerado que visita la casa en calidad de amigo íntimo de la señora, sostendrá el boato de la familia, los caprichos de la "nena" y solventará los quebrantos económicos del apellido.

Sin saber por arte de qué encantamiento vivirán siempre bien, gastarán sin tasa, alternarán cuanto les venga en gana y dispondrán de esas horas un poco misteriosas en que muchas mujeres desaparecen para cumplir con los ritos santos del amor. En nuestro Buenos Aires hay muchas hermosas casas sostenidas así. Existen miles de dulces princesitas morenas y rubias que se envuelven voluptuosamente en sedas y pieles sosteniendo ellas solas, pobrecitas, el boato de una familia entera. Y sin embargo, tú no las podrías señalar. No tienen características que las distingan de sus amigas. Son tan bordadosas y recatadas como ellas. Se

sonrojan ante la expresión hampona. Se indignan ante la chabacanería. Son dulces cristianas y pasean sus siluetas de vírgenes, envueltas en la "crépe georgette" de sus túnicas, con los mismos anadeos mimosos y lánguidos y el mismo paso de camello del "shimmy" con que desfilan sugestivas por las calles afiebradas de la ciudad.

—Tú crees entonces que la Chinonga...

—Yo no creo nada. Te anoto detalles. La conociste en un "garden party" en lo de Alberto de Rosas, la encontraste a tu regreso en una casita. La de "Las Compañeras del Silencio". Bailaste con ella en el Plaza, fuiste al Gran Splendid y al día siguiente... ¿Eh? No notas algo de precipitación en todo esto... De precipitación y de hipocresía ¿sabes? Yo conozco mucho ese paño. Sé de donde tengo que cortar. Durante mucho tiempo he andado entre ellas. Conozco algunas que me esperaban enloquecidas para que les diera una "prisse" ¿sabes? Pues prefiero a las buenas y despampanantes ciudadanas de "¡Viva la Pepa!" Menos líos, menos complicación y menos vida social... La Chinonga... ¿A ver? Vive en las calles del norte. Naturalmente. Tiene auto, veranea en Mar del Plata y va al Bristol. Abono a conciertos. La vieja y el hermanito... En fin, con cuatro mil pesos mensuales y un extraordinario para el veraneo, estás listo, querido Jorge.

Sin quererlo esbozó un gesto de repugnancia ante la conclusión de Nacho, quien terminó riendo...

—¿Canciones de amor?, decías... ¡Ja! ¡Ja! ¡Canciones de oro!... Saben que tú lo tienes en abundancia, adorable extranjero... ¿Cuánto quieres apostar a que antes de una semana, las dos te han pedido un tapado de pieles?

Llegaban ya. El auto entró por un portón de hierro y recorrió haciendo crujir levemente bajo los neumá-

ticos, la arenilla de los caminos del jardín, cuyos árboles se hallaban profusamente iluminados como los de una "boite" parisina.

Al pie de la escalinata de acceso un negro ciclópeo, de turbante y túnica hindú, abrió la portezuela, haciendo una zurda reverencia que acusaba su calidad gorilesca de senegalense.

Nacho entró el primero. De todas partes del gran "hall" lo saludaron. Parejas sobre divanes, sobre pieles, sobre muebles. Ellas y ellos vestían dalmáticas de alegres colores y ceñían coronas recién hechas con frescas ramas de seibo. Cuatro o cinco hermosas muchachas alegres y bullangueras se posesionaron de ellos y entre las risas y los dicharachos de los contertulios los adentraron en las habitaciones interiores de la casa.

Jorge al pronto sintió disgusto por haber aceptado aquel extraño convite, pero ya en el guardaropa, mientras aquellas romanas de mentirijillas los despojaban de sus hábitos de hombres modernos, algunos antiguos amigos se hicieron presentes y rió de buena gana la ocurrencia. En el "hall" entretanto se preparaban a una pomposa y fantástica recepción en chirigota.

Al salir de la habitación transformado en un conciudadano de Nerón, Augusto y Marco Aurelio, sonaron los timpales y chirimbolos de una batería de orquesta norteamericana; lamentable error histórico imposible de corregir. Esa fué la señal; los gongs, las campanillas y todo utensilio que como ser jofainas, bandejas de plata, cencerros, fuentes de metal, etc., sonaran al ser golpeados por otro objeto, se echaron a vuelo. La orquesta invisible inició una especie de marcha triunfal que tenía un poco de "Aída" y otro de marcha del "Piave" para terminar luego en "shimmy". Y mientras flores, hojas, pequeños trozos de hielo y galletitas, hendían el aire, las cuarenta o cin-

cuenta parejas que hacían la recepción, se entregaban a la tarea de temblequear los hombros y el tórax en un endemoniado afán de seguir los giros raros de la música.

Jorge era el huésped de honor de aquella noche. De cuantos calaveras habíanse reunido, él era, por su calidad de intelectual y de mundano, el más calificado. Y parecerá extraño. En aquel ambiente de locura y de fandango, se consideraba honrada la tertulia con su concurso y su pronta adaptación al medio. Enrique Jordán, maravilloso en su apostura atlética de antiguo romano, ordenó que se cerraran las puertas y se escanciaran los refinados "cocktails" que un "barman" especialista confeccionaba en el entretanto. La orquesta runruneaba un tango dormilón de caricia y de pena. Las parejas de romanos se entregaban a la dulce languidez de la danza y Gonzalito, un mozalbete de nariz ganchuda y ojos inquietos y pícaros, con una barba roja de crepé y una corona de pámpanos en la cabeza personificaba un bufón cuyas ocurrencias a veces espirituales, otras obscenas, eran largamente festejadas.

Nacho conocía mucho a su amigo, de modo que se aplicó a ponerlo rápidamente en ambiente. Hizo declarar sus esclavas a tres bellas romanas y lo dejó en tales manos, seguro del resultado. Jorge por su parte, pasado el primer instante, se hizo la firme intención de olvidar todo lo que no fuera aquella bacanal y cuando las copas por segunda o tercera vez se volvieron vacías, ya anidaba en su pecho un cálido optimismo alcohólico y sonriente que provocaba su elocuencia y prestaba extraña brillantez a su voz y a su palabra.

—¡Oh hermanos de la grande Roma de Augusto! — clamó de pronto. — Perdonadme que evocando al divino Omar-Al-Khayyam, nuestro noble amigo de la musa persiana repita con él "Ya estamos en la esta-

ción de las rosas, del vino y de los compañeros alegres; sé feliz un instante... ese instante es tu vida".

Una hermosa rubia de ojos claros como aguas marinas, con el cuello hecho de espumas y los labios de tentación gritó desde el otro extremo del salón con una melodiosa voz de contralto:

—Bellas romanas, admiradoras de Mesalina. Protestemos contra el poeta persiano que nos olvida sin gentil hombría por decir bellezas que repiten los labios del romano.

—No seas injusta gentil romana, el poeta persa habla de las rosas...

Una salva de aplausos saludó la oportuna réplica. De todas partes arrojaban flores y galletitas a los interlocutores. Jorge, risueñamente trazó en el aire con su brazo musculoso una parábola de reconocimiento. Luego, con la voz empostada, plantado en gallarda actitud, como convenía a un ciudadano de la ciudad eterna, continuó:

—Oye romana, derrochadora de encantos, deja que vuelva a hablarte la dulce poesía persa de mi noble Omar, "...levántate, dame vino. ¿Es este acaso el momento de las palabras vanas? Esta noche, tu pequeña boca ha llenado todos mis deseos. Dame vino color de rosa como tus mejillas... Toda la raza humana está comprometida al cielo o al infierno, pero ¿quién fué jamás al cielo? ¿quién jamás vino del infierno?".

La rubia bajaba ya las gradas de la escalinata con una rosa encarnada en los labios y una copa de "baccarat" que se irisaba de dorados reflejos en la mano. Andaba con languideces exageradas de hetaira. Jorge le ahorró la mitad del camino marchando hacia ella con afectada y cómica majestad. Al llegar junto a ella hizo el saludo romano tal cual lo había visto hacer recientemente a los fascistas mogigatos y luego toman-

do entre sus dedos la copa le hizo besar los bordes y beber la mitad para apurar él el resto. Durante todo este ceremonial, la orquesta ejecutó un motivo popular que la concurrencia coreaba con una improvisada letrilla compuesta por Gonzalito:

"Dale vino, dale vino a la romana
que el romano tiene ganas de soñar
Es el momento de las palabras vanas
Viva el persa don Omar-Al-Khayyan
Dale vino..."

Y mientras la copa de fino cristal quebrando las luces en sus tallas, parecía una brasa describiendo una parábola al ser arrojada a la taza de una fuente central, la rubia y Jorge se besaron los labios poniendo un cómico hociquito y retirando mucho sus cuerpos como escapando de la tentación. Luego, ella, ante el aplauso general dió una leve patadita con el tacón de uno de sus zapatitos y se tomó del brazo del galán para retornar a su sitio.

Al llegar junto al diván desde donde contestara la romana, un viejo de cara rugosa como una nuez la recibió con una sonrisa. Luego, dirigiéndose a Jorge le dijo a guisa de saludo:

—Te felicito joven romano. Eres una lumbrera. Y a fe mía que están bien recordadas las frases del persiano. Luego, eres tú muy sutil. Te han conmovido además los ojos nostálgicos de mi amada. Bebistéis ambos en la misma copa que ella rompió, para que nadie pudiera beber más en ella... Pero eres joven y por ende audaz. ¡Ea! Consiento en que os hagáis el amor... Pero recuerda que nuestro amigo Omar, dijo también: "Vi a un alfarero que en su bazar amasaba violentamente la húmeda arcilla, y ésta en su místico

lenguaje le dijo: Trátame blandamente, que yo como tú también he tenido vida". ¡Ea! Joven alfarero, disfruta a la bella romana que me miente amor... Yo humedezco la arcilla.

Y diciendo y haciendo bebió de un sorbo su "cocktail" y se horizontalizó en el diván, entonando una alegre canción:

"Perdonné moi, ma belle enfante..."

Jorge observó curiosamente a la rubia que sonreía adorablemente despreocupada, la cual después de un instante preguntó:

—¿No lo conoces?... Es Raúl Samaniego... El novelista del gran mundo... Un verdadero maestro del cinismo... Se hizo famoso firmando con un pseudónimo: Diógenes.

—¡Ah sí! Algo he leído.

—¿Conoces "Señoritas"? ¡Oh! Es una obra maestra. Yo lo admiro, pero él comete el error de pretender que lo ame. No puede ser; huele demasiado al tabaco habano de sus cigarros... ¿Tú fumas habanos?

—¿Lo preguntas para no amarme?

—¡Contéstame!...

—Si me lo pides así vas a obligarme a que te diga que sí para que no creas que temo tu desvío.

—Te lo pido de buena manera entonces... ¿Quieres contestarme?

—Fumo habanos a la hora en que no molestan al amor. Esto es, durante la digestión. A otras horas fumo egipcios.

—Tú eres mi ideal entonces. ¡Te amo!

—Espera, no te apures a pronunciar palabras irreparables. Tú no me conoces...

—Te amo por eso. Porque amo lo desconocido.

—¿Y si te arrepientes?

—Me desdigo. Me vuelvo atrás.

—¿Podrás hacerlo?

—Las mujeres podemos cuanto nos proponemos. Y si no... Ya ves. Apenas entraste, me propuse ganarte... Y te gané.

—¿Estás segura?

—¿Mienten tus ojos?

—A veces.

—No es esta una de esas veces.

—¿Cómo lo sabes? Pareces muy sabia leyendo en los ojos, las almas.

—Pero te haces el poco favor de creer que si no lo fuera tú hubieras reparado en mí.

—Sí. Eres sabia. Pronto has conocido mis debilidades. Me gusta que me halaguen las mujeres hermosas.

—Di las mujeres, simplemente. Las feas no lo son...

—Tienes razón...

—Tú eres escritor también ¿eh? Se te conoce en lo petulante. No pudiste guardar para tí la supremacía y en seguida te lanzaste a pensar con las palabras de otro. Y cuando aplaudíamos te olvidabas que para el buen Omar eran los aplausos.

—Pero ¿tú eres mujer? ¿Cómo el milagro del equilibrio, del buen sentido, de la lógica, alentando dentro de esa fuente veteada de azul y palpitando bajo ese pecho de espuma?

—Milagros, amado mío. ¡Cómo te exaltas de mentirijillas! ¡Cómo me buscas polémica; cómo retuerces el diálogo para estamparlo en tu memoria y reproducirlo luego... Es lo único que te falta para aquel capítulo de la fiesta en tu nueva novela. Anda. Cuéntame el plan. Me interesa porque me interesas tú. Si me lo cuentas te invitaré a que tomes té persa en mi saloncillo...

—Y si no te lo cuento...

—Decaerá nuestro diálogo... Dentro de una hora te hallaré un poco pesado y quizá no te invite mañana.

—Pero si te lo cuento hoy ¿de qué hablaremos mañana?

—Cuanto menos tengamos que hablar mañana, mejor...

—Eres insensatamente adorable.

—Ven, echémonos en esta otomana y cuéntame. Yo te sabré animar ofreciéndote mis labios o mis manos para que beses. No puedes quejarte de mi prodigalidad.

En el gran "hall", sonaban sus angustias las notas tristes de un tango de dolor. Ella detuvo el relato poniendo la punta de sus dedos en los labios de él y luego con las manos cruzadas por detrás de su cabeza rubia: horizontal; alzados como dos minaretes los maravillosos senos; vibrátiles las aletas de su naricilla; contraídos, como una guinda mordida, sus labios; cerrados los ojos, suavemente inflados los párpados por las lágrimas, empezaron éstas a correr por los parietales quedando suspendidas en los rubios cabellos como diamantes en un engarce áureo...

—Este tango, amado, me subyuga. Me hace doler, ¿sabes? No quiero saber cómo se llama, para no inventar la tortura de sufrir, oyéndolo por sádico deseo. Por eso cuando suena, detengo toda la vida de mi alrededor para entregarme a él. ¡Y pensar que quien lo compuso pudo no sentir lo que yo siento cuando lo oigo ejecutar! ¿No sientes dolor oyéndolo?

—No, porque te veo!

—Tienes razón. Por eso yo cierro los ojos. Ven a bailar lo que resta. Tómame... Tómame como necesito que me tomes para bailar este tango... ¡Así!... Pon tu mejilla de fiebre para que la bese...

Sonaban los timbales llamando a la mesa. En el silencio sucedáneo a aquel estrépito, Gonzalito desde la escalinata enronqueciendo la voz y con acento de racionista de la compañía de doña María Guerrero, anunció:

—¡Señor marqués!... ¡La mesa está servida!

Se inició el éxodo del "hall" al comedor. Samaniego se consolaba haciendo conducir su esmirriado bautismo, por tres romanas reidoras que lo llevaban en andas volandas.

—Oye, amado — murmuró la rubia acercándose mucho a Jorge — ¿Me permites una pequeña ridiculez?... Tengo celos de la entrada triunfal de Raúl Samaniego... En andas... Tú eres musculoso y fuerte... Quiero entrar en tus brazos.

—Eres demasiado liviana para que eso sea imposible... Además has de saber que yo saco la fuerza de mi corazón.

Ella subida a una banqueta de la que cayeron varias copas, lo besó en los labios. El la echó en un diván y alzándola la llevó rígida a través de los salones, acostada sobre sus brazos firmes. Al entrar al comedor, anunció:

—¡Traigo una náufraga!

—Mentira, ciudadano pretor... Yo soy "la bella durmiente" y éste fauno me halló y me trajo en sus brazos para besarme delante de ti... ¡Justicia, pretor!...

Habíase incorporado y seguía la farsa frente a un improvisado tribunal.

—Pregúntale, pretor, si ella quería — insinuó Gonzalito oficiando de bufón.

—¿Has oído la pregunta? — dijo el pretor, que era Enrique Jordán.

—Yo no sé si quería, pretor. Yo dormía — contestó ella.

—Si dormía, quería, — sentenció Gonzalito.

—Oye, pretor — interrumpió Jorge — olvidas que la bella durmiente dice que la hallé y la traje en mis brazos para besarla delante de ti... Y pedía justicia...

—Bella durmiente ¿cuál crees que es la justicia?

—La que tú administras.

—Si no lo condenas a que la bese serás un injusto — sentenció el bufón.

—Jamás echaré sobre mi conciencia tamaña tacha. Oye fauno o romano: ¡Bésala!

Y a tiempo que se besaban cien besos en el aire formaron uno sólo, resonante, antediluviano...

Estaba la fiesta en su apogeo. Terminada la cena a la una de la mañana, la concurrencia se desgranaba por los jardines de la mansión. En grupos y en parejas se dirigían al muelle en el cual estaba fondeada la barca de flores. Era esta una lancha engalanada con guirnaldas, arcos, columnas y canastas de flores naturales y artificiales. En la cabina de máquinas dos hombres silenciosos esperaban órdenes, fumando desganadamente y con la cabeza al raz de la cubierta. Casi sobre ellos, un recio muchachón en camiseta con una gorra almirante sin distintivo, empuñaba el timón, esperando la señal de partir. Junto al pequeño portalón, otro fornido muchacho, en camiseta, descalzo y descubierta la rizada cabellera, cuidaba la amarra ofreciendo a veces su antebrazo férreo a las romanas que entraban a la barca de flores.

Los excursionistas eran menos de la mitad de los comensales. Muchas parejas desaparecían entre la fron-

da. A través de las ventanas iluminadas del piso alto se las veían pasar buscando el refugio de los rincones.

A punto de desatracar, Jorge, con su rubia en brazos dió el salto que necesitaba para pisar la cubierta a través del metro que separaba la lancha del muelle. Hubo un grito de terror al que él contestó con su actitud firme sobre el barco. El había sentido como ella se encogió con el grito. Le agradó saberla femeninamente medrosa. La paró a su lado donde quedó ella lánguidamente tomada de su brazo, reconocida aún a su pericia.

Nacho, sentado al piano de cubierta, entonaba una suave canción "montmartroise":

Qu'est qui de got le fox trot
Et mêm'le shimmy
Le pas englisch, le shottish
Et tout c'qui s'ensuit
C'est la Yava la vieux mazurka
du vieux Sebastó
J'suis ta Menesse je suis gonzesse
Tu est mon Julot...

Los blanquísimos flancos del yatch marcaron sobre su superficie la sinuosa línea negruzca de las aguas del riacho al agitarse por el desplazamiento. La proa fina como una cuchilla cortaba rumorosamente la superficie terrosa, marcando dos bigotes de espuma que se prolongaban ondulantes hasta las cercanas orillas.

Una imperceptible vibración lo animaba todo a bordo, acelerando el ritmo de los movimientos circulatorios en los improvisados tripulantes.

Nacho con la mirada un poco vaga, los párpados muy abiertos, una clara sonrisa estereotipada, brillando bajo la nariz las partículas de cocaína, seguía tocando canciones y bailes de las "boites" parisienses.

En la cámara resonaba de rato en rato, el taponazo de una nueva botella que se abría entre risas y canciones. Enlazados amorosamente observando con la fijeza de una obsesión la línea de claridad que marcaba la espuma de las aguas al ser cortadas por la afilada proa, permanecían en una mudez de encantamiento Jorge y su compañera.

Ella sentía la voluptuosidad de sentirse tomada por el talle, reclinando su cabeza en el hombro de él y abandonándose lánguidamente en el presentimiento de un vago peligro.

De pronto una racha de aire fresco les cacheteó despiadadamente los rostros. Hubo una reacción súbita. Se endurecieron los músculos pasando por un estremecimiento. Apenas llegaban a sus oídos las notas desgranadas del piano y frases cortadas de la canción. Crecieron los rumores de la noche. Trepidaba acentuadamente la fina carena de la embarcación. Estaban en el amplio río por el cual se atropellaban las olas con el rumor de grandes hojas de papel que se desdoblan. A cincuenta metros se acentuaba en la obscuridad la línea sinuosa de la costa entre cuya arboleda se encendía la lucecita parpadeante de una vivienda isleña.

Y seguía avanzando, envuelto en luces y en flores, desgranando una canción exótica, conduciendo los comensales de una orgía, el barquichuelo fino y trepidante cortando con su fina quilla las aguas oscuras y rumorosas...

—Qué rara emoción me produce la cercanía de las aguas — murmuró ella acodándose sobre la borda — parece que desde su fondo las ninfas de la leyenda me llamaran. Me siento atraída...

—Y nunca has obedecido al llamado de las ninfas? — interrogó Jorge acodándose a su lado.

—Sí; recuerdo una vez en Mar del Plata. Era una tarde serena y varios amigos me habían invitado a un paseo en yatch a vela. El agua del mar tenía un raro color azul verdoso. Yo sentía la sugestión del fondo. Se lo dije a uno de mis acompañantes... Rió con una magnífica carcajada de trivialidad; entonces yo por mudarle la expresión corrí hasta la borda y me lancé al agua.

El yatch evolucionó hacia el sitio en que yo nadaba perdiendo fuerzas paulatinamente. Me sacaron con una ridícula expresión medrosa en los semblantes todavía. Yo ni los miré más. No quise volver a verlos. Qué torpemente cobardes son los hombres de mundo en esta tierra. No tienen el heroísmo de las pequeñas y gentiles fanfarronadas.

Se miraron intensamente. Ella sosteniendo la provocación, él recogiéndola. De la cámara llegaba el rumor de las risas y el golpe seco de las botellas de champagne al descorcharse. En la popa Nacho entonaba ahora una suave canción de cuna de Ukrania.

Jorge se encendía pregustando ya la aventura extraordinaria con aquella rara mujer de rubias guedejas y ojos claros que parecían nictálopes.

—Conoces tú la leyenda de esas ninfas mitad mujer y mitad pescado que cantaban en las rocas para los viejos navegantes atrayéndolos hasta estrellarlos con sus navíos contra los acantilados?

—¿Las sirenas? — preguntó ella. — Pero las sirenas cantan en el mar tan sólo.

—Y en este Paraná rumoroso y estupendo al que podíamos aplicar la vieja cuarteta castellana:

"Sirenas escucha el Tajo
En su esfera de cristal,
Que con desprecios de río
Tiene ambiciones de mar".

Resbalaban las olas unas sobre otras en un vaivén cuyo ritmo alteraba momentáneamente el desplazamiento de la pequeña embarcación. Allá a lo lejos cantaba una canción hecha de murmullos, algún isleño, que navegaba en medio de la noche.

Ella en un impulso repentino corrió hacia popa sin preocuparse de Nacho que seguía cantando en un maravilloso estado de viajero por los paraísos artificiales. Las hélices al impulsar el barco en el vertiginoso volteo de sus revoluciones dejaban sobre el agua una blanquísima estela de espuma.

Tomándose de un candelero se paró sobre los vientos transversales que como un alambrado rodeaban al barco y sin mirar hacia atrás siquiera, se lanzó al espacio sumergiéndose en la espuma para aparecer después, flotantes las hebras doradas de su cabellera.

Nacho intentó incorporarse a tiempo que Jorge corría hacia la popa. No tuvo tiempo de pronunciar una palabra. Ya se había lanzado también él. Incorporóse y mientras seguía tocando de pie, por sobre el piano observó, hasta ver a Jorge tomar por la espalda a su compañera y empezar a nadar hacia la costa.

Entonces se sentó sonriendo y con más ímpetus aún golpeó las teclas, mientras cantaba:

c'est la Yava la vieux mazurká
du vieux Sebastó
J'suis ta Menesse je suis ta gonzesse
Tu est mon Julot...

Y Jorge, en medio del río llevando en sus brazos la preciosa carga divisó allá en la costa, entre la arboleda una lucecita titilante como una esperanza...

Había vencido en la lucha ruda contra la correntada. El agua fría del río los había entumecido. Quedaron un momento echados sobre las hierbas de la orilla. Abrazados, como si quisieran trasmitirse calor mutuamente.

Luego él se incorporó. Se quitó la dalmática y empezó a retorcerla. Cuando hubo terminado la operación le quitó la de ella y la cubrió con la suya.

Ella se desvanecía. La tomó en sus brazos y empezó a andar. A poco sintió que las fuerzas lo abandonaban. La depositó levemente sobre la fresca hierba para reponerse. Entre tanto le enjugó la cara, los brazos, el pecho, los cabellos, como si quisiera reanimarla más pronto le besó los labios fríos, murmurando quedamente:

—¡Sirena!... ¡Sirena!... Despierta... — Y mientras ella abría los ojos. — Ahora sí, eres la bella durmiente.

Ella en el reino del misterio aún removió los ojos, luego, recordándolo todo, con un estremecimiento de frío se abrazó a su cuello incorporándose apenas mientras susurraba.

—¡Te amo!

Por el ambiente se difundía un penetrante aroma de naranjo y mandarina. Se oía lejano el cloquear de los sapos en algún charco perdido entre el monte.

—¡Qué locos! — murmuraba ella.

El se alzó tomándola en brazos como a una pequeña. Cojeaba al andar por haber perdido una sandalia. De pronto aceleró el paso. Había hallado una estrecha senda serpenteante. A poco andar divisaron una luz. Llegados a la ventana iluminada, observaron hacia el interior. Se veía apenas la superficie blanca de un mantel puesto sobre la mesa en que estaba la lámpara.

Jorge golpeó con el revés del puño el tablero de la

puerta. Un instante después una voz casi femenina de adolescente preguntó del otro lado:

—¿Quién?

—Abre, muchacho. Hemos naufragado en mitad del río.

Una faja de luz se proyectó sobre la tierra mojada. Se fué haciendo más ancha. En el vano de la puerta apareció un muchacho como de quince años, bello como una doncella.

Se quedó interceptando la entrada, observando las raras vestiduras de los "náufragos". Jorge con su Sirena en brazos se coló comprendiendo que de su decisión dependía el albergue.

—Conoces a Enrique Jordán?

—¡Oh, sí, señor! Conozco a don Enrique. Esta caseta es de él. Mi padre es su mayordomo... Esta noche fué a la fiesta.

—¡Ah! Pues bien, nosotros venimos de la fiesta.

—Claro. Debí suponerlo; con esas vestiduras. Dígame usted, señor. Ya pasó la barca de flores?

—¿Por qué lo preguntas?

—Sabía que debía pasar por acá. Me quedé despierto esperando oír la música de su orquesta para correr a la orilla a ver el efecto que hacía.

Ella tuvo un temblor de frío. Castañetearon sus dientes. Jorge la sentó en un pequeño sofá.

—Oye ¿tienes algunas ropas de señora?

—Sí... Pasen ustedes... Ahí está el ropero del señor.

—Ve tú Sirena — aconsejó él.

Ella salió tras el muchacho, deteniéndose un instante en la puerta de comunicación para tirarle un beso, mientras él observaba golosamente sus carnes palpitantes bajo el abrazo de la ropa mojada.

La habitación en que se encontraba era un bonito

salón de reposo y merendero. Estaba decorado a la inglesa con altos zócalos forrados en cretona y muebles muelles y frescos, tapizados en cretona floreada también.

Sobre una pequeña mesilla con avíos para fumador, distinguió una caja de metal y en su interior una docena de cigarrillos aromáticos. Encendió uno y sorbió el humo con fruición, como si hiciera una eternidad que no fumaba.

El muchacho reapareció sonriente. Jorge lo observó de hito en hito.

—Yo conozco a esa señora. No es su mujer ¿verdad? — Jorge dijo que no con la cabeza. El muchacho continuó. — El verano pasado vino aquí con un señor viejo y cuatro o cinco amigos del señor Jordán. Comieròn y bebieron abundantemente. Mi padre los sirvió. Luego todos fueron para el río. El viejo aquel y esta señora volvieron al poco rato. Se encerraron. Yo espié. El le suplicaba, intentaba abrazarla, ella no quería. En un momento la arrinconó contra la chimenea. El avanzó. Entonces ella sacó un revolver y se lo puso contra la sien.

—Si das un paso más me mato — gritó ella. Aquel señor cayó de rodillas... Luego dormió en ese sofá...

Jorge observó el sofá como apreciando las condiciones de su probable lecho. Luego con una sonrisa forzada preguntó:

—¿No sabes cómo se llamaba aquel señor? ¿No recuerdas?

—Era algo así como Villadiego...

—¡Ah! ya sé quien es — murmuró Jorge pensando en Samaniego.

Luego confidencialmente prosiguió. — ¿Recuerdas cómo la llamaban los amigos?

—Sí. Usted la llama Sirena, pero ese no es su nom-

bre. Mi padre la llamaba "señorita Mercedes". Luego me dijo que era poetisa. Mercedes, Wilson...

Tuvo que hacer un esfuerzo Jorge, para no lanzar una exclamación. ¿De modo que su Sirena, era nada menos que Merceditas Wilson, la extravagante mujer, cuyas aventuras estaban en labios de todos?

Sintió una oleada de sangre que lo encendió con su calor de halago. Luego recordó lo que decían. Nacho la llamaba la "Incombustible". No se quemaba nunca, según él. Y si se quemaba nadie lo sabía. Era un misterio.

Pero ella habíale dicho al oído, entre temblores: — "¡Te amo!" — El la había besado en los labios reanimándola, llamándola — ¡Sirena!

Ella estaba ya en la puerta. Envuelta en una bata floreada con un cuello de piel. Recogidos sus cabellos dorados en un moño enhiesto.

—Ciudadano romano, pasado por agua. Ve y transformate en un "gentleman".

—Estás adorable, Sirena. Espérame. Quiero hacerte los honores...

Y salió mientras ella lo observaba riendo. Desde la puerta la envió un beso breve, silencioso, en alas de un soplo... Siguió al muchacho por una escalerita. Una vez arriba, despachándolo le observó:

—No le digas que me has contado nada ¿sabes? Ya te recompensaré.

El muchacho salió y él despojóse de sus ropas mientras buscaba una toalla para enjugarse las carnes húmedas, pegajosas. Sobre el respaldo del gran lecho advirtió una toalla turca arrollada. La tomó. Aspiró la fragancia que quedara en el esponjoso tejido, después de haberse secado Sirena su maravilloso cuerpo. Voluptuosamente se envolvió en ella y empezó a friccionarse.

Extendidas en un toallero la pequeña camisa y las medias de su compañera se secaban. Las contempló con religiosidad, sintiéndose incapaz de profanarlas, tocándolas.

Encontró cuanto necesitaba. Un pantalón de franela y un saco de "yatching" completaron su "toilette". Mientras peinaba sus cabellos encrespados que se blanqueaban sobre los sienes, observó las intensas ojeras que circuían los ojos verdes-obscuros y la sombra que la barba ponía alrededor de sus labios finos y sobre su avanzado mentón. Aquella ropa hacía aún más largo su fino y atlético cuerpo. Recordó las bromas de la Chinonga diciéndole que era parecido a un artista de cine que se llamaba Thomas Meigan. Bajó sonriendo. Sirena fumaba displicentemente recostada leyendo un diario viejo. Apenas oyó sus pasos, arrolló las amplias páginas que crujieron, arrojándolas lejos de sí. Luego sin incorporarse le hizo un sitio junto a su regazo, incrustando su espalda entre los almohadones del sofá.

Jorge aprovechó el asiento junto a ella. Tomó un cigarrillo; al ir a encenderlo, ella le ofreció lumbre con el suyo. El contacto de los dedos los electrizó como si nunca se hubieran tocado. Entre la nube de humo se contemplaron.

Parecía que al cambiar de ropa hubiera terminado la opereta y que toda aquella aventura era nada más que la acotación de una gran farsa escrita por el Destino. El silencio se enseñoreó de la habitación.

Sin atreverse a hablar, se observaron. Ella que contemplaba su perfil con una sonrisa, sintió como un choque al cruzar su clara mirada con la de aquellos verdes ojos de Jorge que se fijaron en ella persistentes. Poco a poco una extraña sensación voluptuosa y lánguida fué restando voluntad y energía a sus músculos. Los párpados se entornaron como para un en-

sueño y las aletas dilatadas de su naricilla, y sus labios entreabiertos, húmedos llamaron al beso que tardó un minuto de ansiedades en llegar.

El sentía morder en el beso, las letras de su nombre.

—¡Jorge!

Ella en el límite de su proprio dominio, tuvo aún una rebeldía. Sacudió su cabeza áurea enérgicamente y lo alejó un poco para mirarlo a la cara.

No había en el rostro de Jorge una sola huella de deseo bestial e instintivo. Los ojos velados tenuemente por la fiebre de la caricia se entornaban rasgándose aún más. Los finos labios entreabiertos apenas exhalaban el tibio aliento de su respiración acelerada. Las largas manos no "agarraban", envolvían; y los brazos atraían sin atenacear, blandamente...

Necesitando hablarle, lo sentó en el sofá y ella sobre un almohadón, en el suelo, tomándole las manos y besándolas, mientras se enroscaba, dejó una rodilla desnuda que rápidamente cubrió con el ropón floreado.

—Oyeme, Jorge, con atención. Está a tus pies la mujer rendida que será tuya, que es tuya. Ha desaparecido la trivial, la alocada romana de la orgía y en esta madrugada, después de nuestra loca aventura, perdidos entre el monte, en ésta caseta, esta mujer que nadie vió así como tú ves, quiere decirte quién es, para que sepas a quién tomas, de quién has de esperar todo el amor y a quien has de herir mañana con tu desvío.

Jorge intentó un gesto de protesta. Ella lo detuvo.

—No me interrumpas. Sé lo que digo y no has de cambiarme con tu protesta. Conozco a los hombres porque los he visto encendidos de deseo a mis plantas, barbotantes de concupiscencia, crispados presintiendo brutales posesiones. Siempre me ha asqueado verlos así. Porque he previsto su gesto de hartazgo frente al

cual me sentiría humillada, incapaz de sobrevivir un minuto. ¿Sabes, Jorge? He corrido el mundo y la vida, huérfana, saliendo de mi tierra tras la Cordillera hace algunos años. No he vuelto más a Chile. En todas partes ambicionaron mis encantos y de todas partes huí cuando el oro como una tentación, se apilaba para cubrirme o se extendía a mis pies, empedrando con sus redondas monedas mi camino.

En una excursión a la India con una caravana de millonarios, uno de los cuales me ansiaba más que los otros, pensé que quizá en el seno de aquella vieja civilización hindú, fueran los hombres menos salvajes y salteadores que entre los blancos. Desaparecí con una caravana que remontaba el Ganges. Un príncipe indio descendiente de Akbar, el famoso emperador indo que hizo florecer la literatura y las artes durante su reinado en el siglo XV, era el dueño de aquella caravana. Me prodigó toda clase de atenciones y de cuidados. Aquel príncipe se había educado en Inglaterra con hijos de "lores" y "gentlemen".

Mira, ¿ves este pequeño dije de mi pulsera? Pues es Zri Lakchmi, diosa de la belleza y de la fortuna. Protectora de las mujeres casadas y esposa de Vichnú, Dios del Indostán. Me lo regaló él.

Ambos se inclinaron un instante para contemplar el pequeño dije de oro. Representaba una rara mujer de brazos y caderas desproporcionadas. Un muñeco que movía a risa. Tenía la comicidad de un Billiken. Sonrieron ambos después del examen. Luego ella continuó.

—Me amaba mucho el príncipe Chab-Djihan. Yo le había mentido diciéndole que era hija de un lord inglés. El lo creyó así. Yo tuve el amor de aquel hombre por dos años. Mientras lo tuve, no miró otros ojos

que los míos, ni balbuceó más dulces palabras de amor que para mí.

Pero en aquel país nacen mujeres bellísimas, hechiceras, sugestionantes. Un día el príncipe hubo de asistir a una fiesta y allí conoció a mi rival. Era inda, de su raza y de su sangre.

Ya te he dicho que el gesto de hartazgo de los hombres me humilla, me resultaría intolerable. Soy fatalista además y sabía que aquella hermosa inda, ambiciosa y perturbadora me aniquilaría. Inventé la muerte de mi tío, lord Capran, cuyo retrato venía en los periódicos ingleses que mi príncipe recibía. Lo hice tío mío y obtuve su consentimiento para embarcarme hacia Londres. Me hizo acompañar con un hombre de toda su confianza, que hoy es mi criado.

Hoy estoy frente a ti, el tercer hombre que se cruza en mi vida para acompañarme un trayecto. Encender la llama casi extinguida de mi corazón para volverla luego a cubrir de cenizas... Sea. Pero serás el último también. Ese es el precio de mi amor...

Una extraña fuerza interior pareció detener el ritmo de sus vidas. En el silencio de la hora, un pájaro nocturno al pasar batió las alas con un ruido seco. Cambiaba de nido. Ella se alzó magnífica. El también. Tornaron a mirarse hondamente. Luego ella previendo el instante que se acercaba alzó las finas manos al cielo en una invocación. El ropón floreado se abrió y la gala de su carne rosada se ofreció a los ojos de Jorge, deslumbrándolo. Quedó extático, en su sitio, disfrutando estéticamente el análisis de aquella estatua de carne, opulenta y palpitante.

Luego se aproximó a ella, la cubrió castamente, la condujo hasta el sofá en que la obligó a extenderse y arrodillado junto a ella, sobre el almohadón en que ella lo había estado, la adoró. Cerró sus ojos con sus

besos. Bebió en sus labios el alentar sereno de su respiración y picoteando luego, moderno cisne de Leda, el cuello y el pecho hecho de espumas, la llevó después a través del éxtasis hacia el reino fantasmagórico y deleitante del cual se desea no volver...

En vano los contertulios exploraron los rincones del yatch, las inmediaciones. Que Jorge y Mercedes habían subido era indudable. Todos recordaban el famoso salto de Jorge al desatracar el barco, con ella en brazos.

Nacho que era el único conocedor del secreto calló, hasta sumirse en un sueño a ratos interrumpido por fantásticas alucinaciones.

Pero a las diez de la mañana, el hijo del mayordomo, que no las tenía todas consigo, llegó a la quinta a hablar con su padre y noticiarle la presencia de los "náufragos" en el pabelloncito.

La noticia cundió. Los hombres hallaron extraordinaria la aventura. Las mujeres suspiraban por no habérsele ocurrido a alguna de ellas.

Nacho contó los pormenores en medio de delirantes ovaciones de sus oyentes. El rapto a nado era una invención de esa noche. Enrique Jordán se felicitó de que hubieran sido contertulios suyos los héroes. Mientras Raúl Samaniego, al enterarse, después de dormir su borrachera haciendo de quillango, esto es, arrollado a los pies de una cama donde reposaban dos romanas, se indignaba llenando de improperios a los extravagantes.

Se organizó entonces una expedición para ir a sorprender a los enamorados. Y en el mismo yatch que los condujera la noche anterior, se trasladaron a la isla.

Al llegar al pabelloncito, un raro espectáculo se ofreció a la vista de todos. Sobre el sofá, cubierto con unas mantas, Jorge, enterado de la excursión del hijo del mayordomo, dormitaba vestido.

—¿Y Merceditas? — interrogó Enrique Jordán, amoscado.

—Allá arriba, en su cama, pues amigo.

Un gesto de disgusto se pintó en la faz de aquellos calaveras y aquellas mujerzuelas que veían defraudadas una vez más sus esperanzas de ver a aquella orgullosa mujer sucumbiendo a las caricias de un amante

Samaniego creyó oportuno hacer una ironía.

—Yo a su edad, joven, no permitía que una bella mujer se muriera de frío, sola, en un lecho inmenso.

—¿Y qué hacía? — preguntó Jorge.

—Calentarla...

—¿La cama?

—No. Trasmitirle mi fuego a ella.

—¿Y lo conseguía?

—Hombre, a veces — contestó el viejo regodeándose.

—Feliz de Vd. que puede enorgullecerse de esos recuerdos — terminó Jorge.

Subieron todos a saludar a Mercedes Wilson. Sólo Nacho quedó allí, cerca de su amigo. Apenas quedaron solos estrechándole la mano, sentenció:

—Sos un tigre, Jorgito! Te prevengo que la patota se ha llevado un chasco de órdago. Todos andan locos detrás de Merceditas. Se hubieran regocijado tanto si los hubieran hallado compartiendo el mismo lecho. Creerían entonces tener todos algún pequeño derecho sobre ella. Figúrate que hay quien se ha largado a esta excursión sin dormir. Pero ¿cómo sospechaste?

—Oí levantarse al hijo del mayordomo y salir presuroso y me imaginé lo demás.

—Sos un tigre, Jorgito. Estaba seguro que eras el único que podías impresionarla. Por eso mi empeño en traerte a la fiesta. Se lo había anunciado. — Merceditas, — le había dicho — conocerás un hombre que calza tu número. Yo lo voy a traer. — Por eso cuando la vi tirarse al agua, conociéndola como la conozco, me dije. Bueno, Y cuando ví que marchabas detrás y la alcanzabas, me volví a decir. Bueno. Y seguí tocando el piano...

Una gritería atronadora y un golpeteo ensordecedor, estalló en el piso alto estremeciendo los cristales y las cerámicas que adornaban las repisas.

Y de pronto por la escalera, descalza con el ropón entreabierto dejando ver la seda negra de su camisa, deslizándose montada en la baranda, irrumpió Merceditas seguida de la caravana.

Al pié de la escalera la recibió Jorge. Ella, con su cabellera alborotada, se encaramó en sus brazos, arrollando a su cuello sus brazos mórbidos. Desde allí, su cara blanquísima contrastando con la tez morena de Jorge, gritó casi:

—Oye, Samaniego, ¿qué te parece mi nuevo galán?

—Un platónico encantador para sus años.

—¿Quieres acompañarme tú esta noche? Nos quedaremos solos en este pabelloncito. Esta madrugada tuve fríos los pies.

Las mujeres que habían tenido al viejo de quillango y ya se lo habían contado a Merceditas, sonrieron.

—¿Qué tengo yo que ver con tus fríos? — replicó Samaniego acremente.

—Como sé que ahora te dedicas a quillango...

La carcajada unánime, ululante, ahogó las protestas del viejo que manoteando en su indignación llegó has-

ta la muchacha amenazante. Jorge iba a interponerse cuando Nacho saltó a colocarse frente al viejo.

—¿Qué quieres tú? — preguntó éste airadamente.

—Impedir que hagas una tontería.

Pero Mercedes, seria de pronto, tocando tierra con sus pies descalzos, se aproximó, apartó a Nacho y con sus ojos puestos en Samaniego lo interrogó:

—¿Qué? ¿Ibas a pegarme acaso? ¿Ibas a insultarme? — y como el viejo quisiera desentenderse, lo tomó por una muñeca fuertemente y se encaró de nuevo con él.

—¿A ver? ¡Quiero verte!... Arrodíllate y pídeme perdón... ¡Arrodíllate!

El viejo se resistía con gestos de dolor tratando de quitar la mano de ella que se hundía en su muñeca.

—¿Yo, arrodillarme?... ¿Frente a tí?... ¡Ja!... ¡Ja!... — La risa se ahogó en el dolor. — Suelta so...

No terminó de decir la blasfemia que hinchaba su boca. La mano larga y fina de la muchacha le latigueó con fuerza la cara. De entre la comisura de los labios salió un hilillo de sangre y el viejo cayó, mientras ella enloquecida de rabia le pisoteaba las canas con sus bellos pies descalzos.

Después se tumbó en el sofá y lloró con profundo desconsuelo...

Fueron días fantásticos aquellos, que le hicieron olvidar todo lo que no fuera la dulce embriaguez de sus caricias. Sirena, como él la seguía llamando a pesar de saber su nombre, resumía las calidades de amante, compañera y camarada en el más amplio sentido de la significación.

Recordábale a bellas mujercitas europeas y yankees que lo acompañaron en largas travesías por los cami-

nos del mundo. Todas sus horas le pertenecían a ella y todo su pensamiento. Fueron pasando insensiblemente los días, ocupados en amarse, frente a la grandeza estupenda de las cataratas del Iguazú, contemplando desde un picacho una tormenta en el lago Nahuel Huapí o disfrutando la templada primavera de Rosario de la Frontera.

Hasta que volvieron a Buenos Aires. Al llegar a su casa revisando parte de la correspondencia que se había amontonado, halló reclamaciones del diario con cuyo director habíase comprometido. Cartas suplicantes, humildes de la Chinonga. Saludos de parientes que esperaban leer algo suyo en diarios, revistas o libros.

Comprendió que era necesario trabajar y producir, tanto para justificar el goce de su crecida renta, como para concretar su inquietud espiritual.

Decidido a convenirlo con Sirena, marchó hacia el hotel en que la había dejado. En la portería le anunciaron que se había marchado una hora antes. Quedó como atontado. Aquella resolución tan arbitraria lo desconcertó. No sabiendo que partido tomar salió a pasos lentos de regreso a su casa. Al pasar por un relój eléctrico de la Avenida de Mayo vió que las manecillas indicaban las diez menos diez minutos. Repentinamente le asaltó la idea de que bien pudiera embarcarse para Montevideo en el barco de la carrera.

Rápido como el pensamiento llamó a un chauffeur y le ordenó que lo pusiera en el muelle en el menor tiempo posible. El pequeño automóvil dió la vuelta a la Plaza de Mayo, bajó la barranca de la Casa de Gobierno y por sobre los rieles del tranvía, tomó el Boulevard de la Aduana pasando como exhalación las bocacalles.

Llegaron en el momento que el barco desatracaba. Corrió Jorge. Llegó al borde del murallón, sobre el

agua, mientras siete metros luego ocho... lo alejaban del vapor. La buscó con la vista. Y la divisó. Allá estaba como empequeñecida, acurrucada al lado de un hombre delgado, cubierto, con los brazos cruzados sobre el pecho. Lo miraba a través de sus manos que le tapaban la cara. El, siguiendo un poco el barco, agitaba los brazos como interrogando, luego de pronto se detuvo, tiró al suelo su sombrero y con movimiento rápido extrajo un revólver cuyo caño nickelado relució bajo la claridad de los focos y lo apuntó a su sien. Un grito profundo, un grito de entraña herida, rasgó los aires. Un señor que marchaba cerca de Jorge desvió el caño hacia arriba a punto de hacer el disparo. Allá en el barco Mercedes se desplomaba como una esperanza que se derrumba.

Hubo una aglomeración. Intervino la policía. Jorge atolondrado dejaba hacer. Cuando reaccionó se hallaba en un cuarto de madera frente a un oficial uniformado. Era la oficina de guardia de la comisaría seccional.

Aquel oficial lo condujo al despacho del comisario. Ahí estaba sentado detrás de un escritorio americano. Se observaron detenidamente y se reconocieron.

—¿Tú, Jorge Videla!

—¡Domínguez!

—Pero ¿qué te ha pasado hombre? ¿Estás loco?

Entonces Jorge se explicó. Iba a hacer una locura. La desesperación de la impotencia lo había llevado a eso. Pero aquello había terminado. Salvado milagrosamente deseó saber quién era la persona que le impidió cometer aquel desatino.

El oficial comunicó que aquel señor habíase marchado dejando una tarjeta. Extendió a Jorge la pequeña cartulina y éste pudo entonces leer con un asombro que lo transfiguraba lo siguiente: "Raúl Samaniego — Savoy Hotel — Buenos Aires".

LA "GLORIETA"

Volvieron a pasar horas de obsesión durante las cuales, Jorge se debatía impotente por desentrañar el misterio de aquella huída de Sirena. Ni sus cavilaciones, ni las conjeturas lógicas de Nacho, ni las horas de olvido que le proporcionaba la Chinonga fueron suficiente calmante para su intranquilidad.

Por fin una tarde, en un sobre alongado sobre cuya cubierta una letra enhiesta de mujer había estampado su nombre llegó la ansiada explicación. Nerviosamente extrajo los pliegos.

"Jorge mío. He hecho averiguar tu estado de salud y la angustia con que esperé los informes han sido mi verdadero castigo. La noche que pasé a bordo, el día subsiguiente esperando la hora del vapor para embarcarme de regreso a ésa y estos días que pasaron han sido terribles. ¡Si me vieras no esbozarías esa sonrisa de incredulidad que asoma a tus labios! A través del gesto te reconocí. Eras tú, tal cual eres. La desesperación de la impotencia frente al destino inexorable que te hacía llegar dos minutos más tarde, provocó esa reacción tuya que felizmente para los dos no terminó en tragedia.

"Tú, obcecado, no has advertido, no has podido "ver" aún las razones que me impulsaron a alejarme de ti, queriéndote como te quiero, más que a mi vida; suponiendo que así sea, te escribo ésta para tranquilizarte, hoy que han pasado muchos días y que aceptarás las razones que te dé siempre que ellas no intraquilicen tu conciencia.

"Alguna vez, Jorgito, te dije que no podría sobrevivir al gesto de hartazgo de un hombre porque viviría humillada por su recuerdo, toda mi vida. Y bien tú me

amaste y me amas aún más después de mi partida. Pero transcurriría muy poco tiempo para mi ventura, hasta la hora fatídica en que empezara a roer tu mente la carcoma fatal de tu cansancio por dedicarme tus horas, tus pensamientos, tu vida.

"Esa hora fatal llegaría pronto. Cuando la tarde de nuestro regreso empezaste a impacientarte por correr a tu casa, saber de tus asuntos y revisar tu correspondencia, así lo comprendí. Mientras anduvimos vagando por esos rincones deliciosos de tu Argentina, no tuviste jamás el sobresalto de tus asuntos. No tienes parientes, no tienes dificultades... Comprendí que al llegar necesitabas inventar urgencias para estar una hora, solo... Tú, a solas con lo que antes que yo te ataba a la vida. Ese era el principio del fin. Esa hora de aquella tarde, sería luego la hora de alguna noche y la ausencia de un día o el abandono de mañana.

"Si así no hubiera sido me hubieses tomado del brazo para decirme — Sirena, ven a ver mi casa. — Tú eres soltero, tienes el desprejuicio de los que no tienen hogar. Pero no. Tú querías leer a solas las cartas de otras mujeres que te tuvieron a su lado antes que yo. Tú te estremecerías quizá añorando sus caricias. Y si bien tu pasado no me pertenecía, el presente sí y el pensamiento de que eso pudiera acontecer, me torturaba.

"Por eso decidí alejarme. Con un nombre que imposibilitaba tu búsqueda. Sabía que habías de llegar. Cuando el barco salió no pude resistir a la tentación de subir a cubierta. Lo demás tú lo sabes. Cuando vi tu actitud quise echarme al agua pero no pude. Oí el disparo y sentí la muerte yo misma. Por eso no pude embarcarme de regreso...

"Ahora que lo sabes todo, si después de releer esta carta, te sientes con suficiente valor para hacerme volver, sabiendo que no sobreviviré a la humillación de

mañana dime una sola palabra ¡Vuelve! Y tendrás hasta que tú quieras entre tus brazos a tu, Sirena".

Presa de una agitación terrible se alzó Jorge para empezar a medir la estancia a grandes pasos. Repentinamente detúvose luego y cerrando los ojos se oprimió las sienes que latían vertiginosamente como si los más encontrados pensamientos pujaran por romper las débiles paredes.

Y como muchas veces en que la vida presentaba con sus problemas abstrusos, horizontes de niebla y trágicas visiones rojas, alzó hacia la riente cabeza de su Voltaire la mirada implorante. Como siempre también parecióle que los finos labios burlonamente contraídos le hablaban: "El placer es más rápido que la dicha, y la dicha más rápida que la felicidad. Lo que llamamos felicidad es una idea abstracta, compuesta de algunas ideas de placer, porque el que sólo tiene un momento de placer no puede decir que es feliz, como por un momento de dolor no puede creerse el hombre desgraciado".

Y luego. "No es nuestra condición, es el temple del alma el que nos hace felices, y esta disposición del alma depende de nuestros órganos, y nuestros órganos se han formado sin que tengamos la menor parte en su formación".

Atrás suyo resonó la voz burlona de Nacho Astor.

—Repites a Voltaire para tranquilizarte con su descreimiento?

—Nacho... Vienes bien, lee esta carta.

Se la alcanzó quedando pendiente de los gestos de su amigo quien recorriendo rápidamente con su vista los renglones cabeceaba con visibles señales de aprobación. Cuando hubo terminado de leer, sentenció.

—Es razonable. No creí que fuera tan inteligente esa muchacha. Te has salvado de un cargo de conciencia.

—Pero tú no crees que mi silencio provoque...

—No. Lo atribuirá al despecho y olvidará. Pero tú, anda. Vístete. Vamos a comer afuera. Debes hacer caso a ese viejito socarrón y descreído. "No es nuestra condición, es el temple del alma el que nos hace felices"... Sonrió mientras Jorge decidido corría a vestirse.

Ya en la calle Nacho explicó. Se trataba de un banquete organizado por un grupo selecto de intelectuales al doctor Marcos Dávila, con motivo de su reciente designación para desempeñar la presidencia del Ateneo.

La selección de ese grupo, consistía en que cada uno de los comensales podía pagar los veinte pesos del cubierto y vestía correctamente su smocking cortado por Labernadie o Mc Hardy.

El salón del Plaza donde se realizaba la comida, ostentaba en el centro, una mesa circular, cargada de flores y vajilla.

En los saloncillos de conversación, los "garçons" de frac y guante blanco, servían los aperitivos, mientras los concurrentes afanosos de genuflexión y por lucir la elegante exquisitez de sus maneras, abusaban de la sonrisa trivial, de la vulgaridad y de los gestos ampulosos que remarcan el "después de usted", el "está en buenas manos" o el "de ninguna manera".

Todos aquellos señores habían publicado uno o varios tomos, literarios, históricos o sociológicos. También casi todos eran o habían sido catedráticos, magistrados y altos funcionarios.

Nacho, cerca de Jorge se los iba señalando con su expresivo léxico, poco académico, pero certero.

—Ves, aquél venerable de lentes, sereno y malancólico? Es el Dr. Reyna. Está triste todavía, por la derrota sufrida por el general Belgrano en Vilcapugio. Aquel otro es don Pedro Juan Volpi, un benemérito

patriarca cuya preocupación desde hace treinta años, es reunir documentación tendiente a demostrar que el día 14 de mayo de 1812, el Brigadier General don Ramón Balcarce, almorzó con Pueyrredón en su chacra, un puchero de gallina.

Este otro, corpulento, ciclópeo comensal, es el doctor Tesada; se ocupa en llenar los patios, los salones y hasta los cuartos de baño de su palacio, de estanterías atiborradas de libros, todos los cuales, le sirven para confeccionar sesudas conferencias sobre la teoría de "divortia aquarum".

El que está a su lado es un crítico de arte; don Jorge Palacios Guillot, quien siendo secretario de un ministro del Interior, confeccionó la ley electoral que sirvió más tarde para glorificar la personalidad del Presidente que la hizo dictar.

Aquel obeso de crespa cabellera y anteojos cabalgantes en la ganchuda nariz es Brusiloff; tiene talento. Es el único de los que se hallan aquí, que lo posee. Es judío, tiene fobia por el gobierno actual y dedica la mayor parte de su tiempo, a escribir en el diario del cual es redactor, magníficos artículos de crítica y censura al desbarajuste gubernativo. Estos artículos tienen la virtud de no conmover en lo más mínimo la actual organización y de hacerle perder un tiempo precioso que empleado en realizar su obra, le daría nombradía y posesión.

—¿Y el homenajeado?

—¡Ah! Don Marcos Dávila. Un hombre encantador. Suave de maneras. Insinuante. Habla en un simitono un poco meloso, pero agradable. Estudia, escribe, trabaja en su profesión y pronuncia discursos siempre que puede. Ha sido embajador, presidente de comisiones de homenajes y de instituciones culturales, periodista, dramaturgo, etc.

Se sentaron a la mesa y empezaron a comer con una solemnidad chocante.

Se aburrió más Jorge, que si hubiera ido a comer solo a uno de esos restaurants donde una mala orquesta de señoritas, toca endemoniadas sinfonías. Oyendo hablar a sus vecinos, se convenció de que no había exageración en las crueles palabras de Nacho al pintar las características de aquellos señores sabihondos y egotistas.

—"Cuando yo..." "Yo lo pronostiqué"... "Yo no quise participar"... "Yo publiqué tal cosa"... "Yo... Yo... Yo...

Señores maniáticos, viejitos reblandecidos y calzonudos, de esos que se vengan en las letras de un país joven como el nuestro, publicando periódicamente el fruto de su extinguido ingenio y distrayendo la atención de algunos curiosos lectores y críticos.

Cultores de la pavada literaria, pertenecían, aquellos escritores a la categoría de los burgueses de la pluma, que no han sentido la inquietud de una bella utopía de soñador, que no han producido jamás una línea bajo la influencia de la necesidad imperiosa, que no han sufrido nunca en la peregrinación desconsoladora de los editores y las direcciones de las revistas o los teatros.

La bambolla habíales creado una reputación que a primera vista parecía sólida y que en realidad se afirmaba en los intereses creados entre el mundillo que frecuentaban o en que actuaban como factores principalísimos.

Y los pocos hombres de categoría intelectual superior, como Brusiloff y Palacios Guillot, perdían su tiempo y divagaban entre ellos, por espíritu de ubicuidad, vale decir, porque creían que esa era la manera de triunfar y lograr posiciones en un medio como el nuestro de simulación y palabrerío...

A propósito, el señor que según Nacho, estaba triste aún por la derrota de Vilcapugio, habíase incorporado y con voz temblona, leía un discurso.

Como un torrente incontenible de mal gusto, surgían los lugares comunes: "He recibido el honroso mandato de ofreceros este homenaje"; "Esta mesa tendida en vuestro honor"; etc.

Los comensales oían como quien oye llover, chupando los cigarros que un momento antes repartiera un "chef" de mirada burlona y patillas grises.

El señor del discurso seguía enhebrando los elogios en un desmedido afán de hacer prócer a alguien y se hubieran dormido los circunstantes, si a Nacho Astor no se le ocurriera arrancar un aplauso que a fuerza de ser prolongado impidió seguir hablando al triste por la derrota de Vilcapugio. Hubo de sentarse un poco amoscado, no pudiendo precisar si aquello había sido titeo o admiración...

Inmediatamente se paró un señor que improvisó "breves y sentidas palabras". Tropezaba a cada instante, auxiliándose para salir del paso con una pregunta intempestiva — ¿No es así? — y la partícula "estee".

Después se incorporó el homenajeado. Habló de la elocuencia de los que lo habían "precedido en el uso de la palabra", de la bondad de todos, de su talento y de lo que trabajaba. Luego invitó a los comensales a salir hacia un saloncillo, donde les leería su nueva obra teatral "Chateaubriand". Todos se alzaron prestamente.

Jorge y Nacho, temblando, se tomaron del brazo y salieron, mientras en el saloncillo se pedían licores y don Marcos Dávila, con su voz acariciadora, su parla lenta y su prosopopeya de Presidente del Ateneo, leía los cuatro actos y el prólogo de "Chateaubrind" a una

quincena de señores aburridos, aplastados por la digestión.

Jorge no quería creer lo que sus ojos veían. Era realmente desolador el espectáculo. Ridículo, pequeño, cursi el ambiente.

Salió a la calle con Nacho dispuesto a terminar la noche en algún teatro. Tomaron un auto y Nacho dió la dirección de un teatro de la calle Corrientes.

Frente a un edificio viejo, donde Jorge recordaba haber visto trabajar a los Podestá, descendieron. En la boletería se apretujaba la gente para sacar su localidad.

Entraron. En la sala no había una silla desocupada. Empezó la representación. Jorge notaba no sin cierto desagrado que el público reía ruidosamente de cosas que él no entendía. Los actores hablaban una endemoniada jerigonza y hacían unas piruetas extrañas que él no había visto hacer en ningún teatro del mundo. Cayó el telón y casi en seguida una orquesta invisible empezó a tocar un tango melancólico. Nacho le explicó.

—Ahora viene lo bueno. El cabaret. Hoy en el teatro nacional si una pieza no tiene cabaret y un señor borracho o una actriz linda no canta un tango, no hay nada que hacer.

Y en efecto, un instante después se levantaba nuevamente el telón y aparecía un "cabaret" fantástico, creado por la mente enferma de algún pintor morfinómano. En aquel "cabaret" lleno de luces puestas detrás de las arañas de papel pintado, bailaban y gritaban numerosas parejas, se reían, peleaban y tiraban migas de pan los protagonistas, como deseando demostrar una animación demasiado brusca y ruidosa para ser espontánea.

Efectivamente. De pronto, al adelantarse un actor que fingía una embriaguez que el pobre no se merecía, calló la algazara. Entonces aquel actor que vestía su

"smoking" como un mozo de café consciente de sus deberes, llegaba a las candilejas y mientras la orquesta refunfuñaba una música que tenía la virtud de ser fatalista "por estar escrita" antes que el maestro le cambiara el ritmo poniéndola en tiempo de tango, entonaba quejumbroso con una voz nasal y un acento itálico pronunciado "su triste historia".

A estar a lo que aseguraba, él era un patotero sentimental. Lamentaba luego a una pobrecita que lloraba mientras sus amigos reían y sus risas lo impulsaban a abandonarla.

El último verso lo dijo en un sollozo, lo cual si bien condecía con su condición de sentimental no se ajustaba a la áspera doctrina de los patoteros. Pero al público parecía agradarle aquel sollozo y pidió al cantor que repitiera la quejumbrosa canción.

Cuando el patotero terminó de cantar, volvieron los gritos a animar el ambiente. Pero estaba de Dios que no había de durar mucho aquella alegría. Una mujer de melena recortada tomaba pretexto de una pulla de un parroquiano del cabaret, para cantarle al público su no menos triste historia.

A Nacho le pareció bien aquello ¿por qué iba a ser menos esa respetable vendedora de besos?

La mujer decía que le llamaban "la payasa". Ante aquella injusticia Nacho invitó a Jorge a salir. Se alzaron produciendo un pequeño ruido al arrastrar sus sillas en el palco. El público chistó furiosamente. Nacho a propósito volvió a mover las sillas; del paraíso silbaron. Una legión de acomodadores y un agente de policía se precipitó a la puerta del palco.

—Aquí no es el crimen, señores. Es allá abajo. En el escenario — comentó Nacho risueñamente mientras salía.

Ya en la calle, Jorge reclamó con la mirada una ex-

plicación. Nacho con un gesto de desprecio y de asco, habló.

—Este es nuestro teatro de hoy, querido Jorge. El que encumbra a los compadritos y a los analfabetos. El que llena de oro a los tres o cuatro mercachifles que tienen la audacia suficiente para enhebrar sus gansadas y "lunfarderías". Arte, Belleza. ¿Para qué? Un tango con candombe y unos versitos de milonga que cuenten con cojera y todo, los horrores de una chica que trabajaba en un taller y a quien perdió un tango. Y un "cabaret". ¿A qué viene ese afán de unos cuantos que "las van" de honestos? El público quiere reir, tangos y "cabarets". Y lo demás...

Una gran tristeza invadía el espíritu de Jorge, lo llenaba de tiniebla. El había visto públicos anhelantes ante una alta manifestación de belleza y en todas partes del mundo, el mismo teatro ínfimo tenía factores que acreditaban su noble origen.

Pero en su tierra, la vida rápida, febril, del negocio que hunde o levanta de golpe; la falta de arraigo y de cultura, ya que no hay tiempo que perder en esas fruslerías, el buen gusto escaso, el hogar improvisado, la abundancia de conventillos, eran factores negativos que justificaban la inferioridad mental de un pueblo guarango por excelencia, en el cual tenía razón quien gritaba más denuestos o adoptaba primero la actitud bravucona.

En aquel café nocturno adonde Nacho lo condujera, conoció apellidos gloriosos dentro de la farándula y a sus abúlicos y decepcionados poseedores. En rueda bulliciosa, los triunfadores de hoy, puestos al lado de mujeres pintarrajeadas atraídas por el éxito miraban con desenfado y lástima a los viejos luchadores que acostumbraron al público a concurrir al teatro nacional, donde hoy medraban con sus engendro.

Y cuando media hora después, las mesas se llenaron de actores y actrices, primeras constelaciones, al lado de los familiares del éxito, el "caló" se posesionó de todos los corrillos y el café semejó el gran conventillo de iniciación, de toda aquella farándula petulante y sórdida...

A las cuatro de la mañana Jorge arrastró tras sí a Nacho, el cual se divertía haciendo hablar sandeces a aquellas gentes. El automóvil que los conducía corría vertiginosamente por el liso pavimento de las avenidas y Jorge semiadormecido en el fondo del asiento dejó que su amigo despotricara contra la "glorieta" de aquellos detentores momentáneos del éxito.

Llegado a su casa tardó en conciliar el sueño. Nacho contábale intimidades picantes de aquellas muchachas, aquellos hombres que él oía sin escuchar.

Luego un obscuro velo le recubrió todo y su espíritu entró en el mundo sereno del sueño...

EL LUPANAR

Aquella carta que volvía entre sus dedos, le traía recuerdos lejanos. La releyó, evocando la figura graciosa de la criollita de los ojos sorprendidos y las felinas y pródigas caricias.

"Querido Jorge. Perdoname si te escribo solamente para pedirte un fabor. Nesesito hablar contigo y no puedo ir a tu casa por encontrarme emferma. Quieres benir a verme. Te lo agradecerá. Anita".

Anotó la dirección en la lámina de celuloide de su tarjetero y mientras rompía en pequeños trozos la carta, entró a su cuarto de vestir. Unos minutos después salía en su auto, corriendo, como un "sport", en auxilio de la amiguita enferma. Al florista de la esquina próxima a la casa, compró un bonito ramo...

En la puerta dos chapas de bronce exhibían en letras negras el carácter de la casa donde habitaba su amiga. "Pensión Confortable". Por la ancha escalera de mármol que cubría en parte un rojo camino de tripe, sujeto con barras doradas, iniciaba su ascenso una mujer de carnes abundantes y movedizas, enfundadas dentro de un traje sastre. El sombrero de atrevidos verdes chillones y el pintarrajeo de sus labios y mejillas denotaban su pobre profesión. Llevaba colgados de ambas manos manojos de paquetes y subía apresurada, con deseos de llegar pronto y sin cuidarse de las carnes sueltas y fofas que andaban de aquí para allá dentro de la falda. Ya llegaba a la cancel de cristales, cuando Jorge acertó a llamarla.

—Perdón, señorita! — Exclamó descubriéndose mientras ella se volvía. — ¿Aquí vive Anita?

—Anita? Ah sí, pase. Pase...

Jorge subió, mientras la mujer comentaba andando a su lado.

—Pobrecita! Hace diez días que está enferma. Debilidad ¿sabe? Anemia. ¡Claro! Las trasnochadas, la bebida, el amor... Cuando no hay gran salud... Usted es el único que ha venido a verla. Pero yo a usted no lo he visto nunca aquí.

Llegaron a un "hall" suntuosamente amueblado. Una espesa alfombra amortiguaba los pasos. Las puertas de todas las habitaciones estaban cerradas. Frente a una de ellas una alta jarra enlozada humeaba, llena de agua caliente, esperando que la retiraran.

Jorge fué conducido a través de un corredor hasta una habitación sobre cuyos tableros golpearon los nudillos de la introductora.

—¡Anita! Vienen a verte...

La muchacha gritó desde el lecho sin haber visto aún al visitante, presintiéndolo.

—¡Es Jorge! Estoy segura... ¡No puede ser sino Jorge!

—Usted es Jorge? — interrogóle la amiga con la la mano puesta en la falleba.

—Sí, yo soy Jorge.

—Pase.

Entró. Bajo la luz mortecina de una lámpara envuelta en un "abat-jour" obscuro, alcanzó a ver sentada en el lecho, con los brazos extendidos hacia él, a la criollita. Corrió hacia ella. Recibió en la boca, en la frente, en las mejillas, la caricia febril de sus besos y luego la ofrenda sentida de sus lágrimas.

—Gracias, Jorge, por haber venido. No te hubiera molestado nunca si ya no hubiera perdido la esperanza de obtener una ayuda.

—Es que debí ser el primero. ¿Por qué has dejado pasar diez días?

—Tenía vergüenza. Has sido tan bueno, tan generoso. ¡Infeliz de mí! Hace diez días que no puedo "trabajar". Y si no gano... La dueña de casa ya está poniendo mala cara.

—Te has hecho ver, por lo menos.

—La otra noche cayó al comedor la patota de Arago. Entre ellos venía un médico joven. La Chela, ésta muchacha que te acompañó, me lo trajo. Me revisó. Dijo que estaba débil. Luego empezó a besarme... Me dió un asco...

—Se puede? — Preguntó desde el pasillo una voz agria.

—¡Adelante! — Una mujerona de ojos pintados y cabellera revuelta, entró. Sujetaba con una mano, una "robe de chambre" gris y tenía en la otra un llavero y un cigarrillo cuyo perfume de tabaco rubio se difundió por la habitación.

—Cómo seguís, che?

Doña Carlota, era la dueña de aquella "Pensión Confortable", donde se hospedaban en carácter de pensionistas, hasta doce muchachas. A cada una de ellas les cobraba una mensualidad de trescientos pesos, siendo para las muchachas de los "pigalls", una verdadera ganga, obtener una habitación en aquella casa.

En efecto: la pensión de doña Carlota era una casa acreditada en el hampa porteña. Ancianos respetables acudían de tarde a su casa a pedirle caricias de colegialas y modistillas. Ella evolucionaba de tal manera que los contentaba, preparando a su gusto las engañifas y sacando fuertes comisiones.

Por la noche hombres viejos y jóvenes venían a beber y a bailar con sus pensionistas. Se organizaban a veces partidas de pocker, siendo sus organizadores tahures profesionales en trance de "echar al medio" a algún incauto.

Gozaban de la preferencia de doña Carlota, las pensionistas liberales que reían mucho y hacían beber en abundancia. Las que usando sus artes de seducción provocaban la asiduidad de parroquianos adinerados. Y aquellas que aún no bebiendo, sabían retirar las botellas a medio vaciar para pedir más "champagne".

La clientela de doña Carlota era en general, gente de posibles y de compromisos que no querían arriesgarse por los "cabarets" y "bodegones" de la ciudad. Ella conocía los antecedentes de sus clientes y sus gustos. Nada escandalizaba a la tolerante dueña. Lo mismo le daba un ebrio, un intoxicado con morfina o un cocainómano. Lo único que en realidad le interesaba era el dinero, para acumularlo continuamente como pingües ganancias de su negocio.

Su "hombre" era un alto empleado de policía, que había logrado anular siempre, cuantas acciones se iniciaron

contra el "negocio" de la "vieja Carlota", como figuraba en el prontuario, la aguerrida proxeneta.

Tenía un hermano que en otras épocas habíale dado guerra. En realidad se hacía mantener y vestir con ella, pero desde que por influencia de Carlota, la cual en su juventud había sido buena moza y apetecible, entrara al servicio de un cómico, como secretario de compañía, el buen Román que así se llamaba el aventajado hermanito, había hecho de manera que al cabo de muy poco tiempo transformóse en empresario de espectáculos, cosa no muy rara en esta Argentina de asaltantes y prontuariados triunfadores.

Aparte de la ferocidad implacable, necesaria para el oficio, acrecentada por la ignorancia más supina, la vieja Carlota era una mujer de natural apacible y frecuentemente bondadosa. Si sus pensionistas se retrasaban en el pago de las mensualidades ella se ocupaba en proporcionarles los amigos que habían de salvar la situación. Jamás negaba un préstamo, pero a la hora de la devolución había de cuidar la deudora, aportar como interés al capital, un "regalito" que estuviera en relación con el monto de la cantidad facilitada.

Era tal la debilidad de doña Carlota por los presentes que se daba el caso de amigos que concurriendo a su casa se entrampaban con ella y hacían olvidar la deuda y a veces hasta la aumentaban, haciéndola objeto de frecuentes obsequios. Creía la vieja que el regalo simbolizaba no sólo la generosidad, sino la distinción, la gratitud y hasta el cariño. Su hombre no concurría nunca "con las manos vacías". Aunque fuera una bandeja de masas, revelaba su obsequiosidad. Y bien sabían sus pensionistas cuanto costaban después las obsequiosidades del avisado empleado de policía...

Por tal circunstancia el cuarto de doña Carlota, era un pequeño "Bric a Brac", en el cual se amontonaban

objetos y más objetos, opacados a veces por una capa de polvo acumulada durante muchos días, hasta que ella misma se dedicaba a pasar un plumero.

Doña Carlota había visto a través de los vidrios del ventanal de su dormitorio el magnífico automóvil amarillo, del visitante. No tuvo pues, reparo en molestarse, sobre todo cuando presintió en aquel señor al pagador de las deudas que su pensionista tenía contraídas con ella.

Jorge la observaba, no hallándola muy diferente de las mujeres de su calidad y condición que conociera en su larga marcha por otros países.

—De mimosa está así — afirmaba la vieja sonriendo. — La otra noche la revisó Sotito, un médico que viene de visita a la casa. Dijo que era debilidad. Que saliera a tomar aire por la mañana. Hasta creo que le ofreció su quinta para pasar una temporada.

—Sí; y me baboseó con sus besos... Estaba ebrio... — comentó Anita.

—¡Qué pavada! Un poquito alegre... Estaban bailando en la sala...

—Hay teléfono en la casa? — Preguntó Jorge cortando el comentario.

—Cómo no... Pase... — Y la vieja se le adelantó conduciéndolo hasta una salita sumida en la penumbra, donde se hallaba el aparato telefónico.

Mientras hablaba con un especialista pariente suyo, resonó en el silencio de la casa, un grito de espanto y de dolor. Luego el rumor de lucha, de muebles atropellados violentamente, de sollozos y de voces hombrunas que blasfemaban.

Al salir de la salita, vió Jorge a doña Carlota y a tres muchachas más, envueltas en salidas de baño, con las greñas en desorden y las caras pálidas y demacradas,

estacionadas frente a una puerta del pasillo y mirando por turno riguroso a través del ojo de la cerradura.

Quedóse inmóvil sin saber qué partido tomar. Le parecía indigno permanecer indeciso mientras allí, a unos metros, un hombre golpeaba a una pobre mujer. El pudor provocado por su cobarde prudencia, se tradujo en un golpe de sangre que coloró su rostro. Pero inmediatamente la impresión del ridículo si en aquel sitio dejándose llevar por sus nobles impulsos, exteriorizaba su caballerosidad, lo detuvo.

La puerta de la habitación donde se desarrollaba la canallesca escena se abrió de súbito y en el vano, apareció un hombre fornido, de aspecto tenebroso, con el chambergo claro echado sobre los ojos y los hombros cuadrados por almohadillas de crin.

El movimiento de las cuatro mujeres indiscretas, testigos de su "guapeza" y su idoneidad para castigar, no llamó la atención del compadre. Antes bien, su mirada fué de complacencia por haber llamado la atención de aquel núcleo.

Pero frente a Jorge que lo observaba ceñudo, en el mismo sitio desde el cual asistiera al desarrollo de la rápida hazaña, su rostro se transfiguró. Sus labios se estiraron esbozando una desdeñosa sonrisa. Su mirada se tornó provocativa, impertinente. Quedó un instante enfrentando a Jorge y luego despacioso, moviendo mucho los hombros y acentuando su sonrisa, mientras marchaba hacia la escalera, insinuó con voz nasal y silbando un poco las eses.

—¡Esto, es asunto arreglao!... Digo... ¡Me parece!

Jorge sintió el llamado imperioso y brutal de su hombría. Una corriente de sangre cálida y violenta estremeció sus músculos y provocó en su corazón el ritmo contenido de todos sus momentos de decisión.

Sin mirar, sintió sobre sí las miradas un poco burlescas de las mujeres observando el desarrollo de aquella farsa en la cual el "compadre" parecía llevar la mejor parte.

No meditó más. Las manos se crisparon dentro de los guantes de cabritilla aún calzados. De un salto que demostraba bien a las claras sus grandes condiciones de gimnasta, se plantó frente al provocador. Este se detuvo.

Quedaron allí, los ojos en los ojos, confundidos los alientos, tocándose los pechos, avanzadas las quijadas.

—No es asunto arreglado. — Dijo Jorge con firmeza. — Quiero que me pegue a mí si es tan guapo.

El malevo sonrió con petulancia. Jorge entretanto apreciaba rápidamente la probabilidad de colocar un solo golpe decisivo. Comprendía que aquel hombre fornido no era contricante fácil en una pelea en lugar tan incómodo como inapropiado y rápidamente, antes que hablara, con la punta de los dedos enhiestos de su mano izquierda amagó un golpe al bajo vientre. El malevo esquivó el golpe sacando el cuerpo pero entregando la cara y Jorge con esa su velocidad tan elogiada en sus épocas de "boxing" cruzó violentamente su derecha en un "uppercout" que entrando de lleno bajo el mentón levantó al presunto adversario haciéndolo caer a dos metros, sobre una mullida carpeta, con un ruido sordo de cuerpo muerto.

Tan rápido había sido el desenlace de la anterior escena que las mujeres no habían tenido tiempo para sorprenderse. Jorge, permanecía ceñudo, en su sitio, esperando por si el malevo se recobraba. Las cuatro mujeres habían corrido hasta el lugar en que se hallaba el caído y miraban alternativamente a Jorge y al guapo. A uno con respeto, al otro con lástima. De la pieza salió la mujer golpeada, aproximándose curiosamente. Las

otras le hicieron sitio. Al ver a "su hombre" caído, privado de conocimiento, una expresión de terror la demudó aún más. Observó a Jorge como si estuviera en presencia de un Dios. Intentó sonreírle pero algo se desgarró en su alma y la sonrisa fué el rictus precursor de un llanto copioso que hacía daño.

—Me va a matar, ahora. — Clamaba la muchacha.

Habían pasado unos minutos. El caído empezó a moverse. Se tomó la cabeza. Trató de incorporarse. Después de varias tentativas logró sentarse sobre la alfombra. Su mirada era vaga aún. De pronto, la presencia de Jorge le aclaró todo. Se levantó prestamente. Con el cuerpo inclinado hacia adelante, lo miró rencorosamente, caminó de costado y de un manotazo echó a rodar una mesilla situada en el centro de la carpeta.

Jorge maquinalmente entró al cuadrado como a un "ring" y esperó la arremetida con una sonrisa destinada a enceguecer al adversario, cerrando una guardia sin pretensiones. El malevo no se hizo esperar. Se lanzó con todo el cuerpo contra su adversario. Las mujeres ahogaron un grito de espanto tapándose los ojos con las manos. Jorge vió venir el golpe formidable y prestamente le sacó el cuerpo colocándose a corta distancia y a la izquierda, de modo que cuando el malevo quiso moverse contra él, poniendo toda su potencia en un corto "cross" de derecha, volvió a dar con el pobre hombre en el suelo. Esta vez había golpeado con la cara contra las baldosas del pavimento, produciendo al caer el ruido de un odre con agua.

Las mujeres miraron recién. Doña Carlota, sin vacilar se acercó a Jorge y mientras le estrechaba la mano, le dijo.

—Muy bien, amigo... Le ha dado una buena lección al guapo éste. Ya me la tenía loca a la pobre muchacha.

Las pensionistas rodeaban a Jorge. Este seguía observando al malevo, de cuya boca manaba sangre. "Su mujer", arrodillada junto a él, la enjugaba con un pequeño pañuelo, murmurando con el acento de una obsesión.

—Me va a matar!...

La vieja trajo una palangana con agua y roció la cara del caído. Este abrió los ojos trabajosamente. Jorge tomándolo del cuello del saco lo incorporó. Las piernas del malevo se doblaban. Así mismo lo llevó hasta la cancél, lo puso en la escalera, le tiró el sombrero y cerró con llave.

El malevo quedó sentado en uno de los escalones sin recordar siquiera su nombre de pila. Se sentía mareado. Tenía deseos de incorporarse, echar la puerta abajo y lanzarse otra vez sobre aquel "fifí". Pero recordó el recio castigo sufrido. Cada golpe habíale dado una rara sensación de agudísimo dolor y de muerte. En la cabeza parecía que algo estallaba. Quiso articular una blasfemia y las mandíbulas no le obedecieron; se incorporó y descendió lentamente los escalones, tomándose del pasamano. Ya en la acera empezó a marchar como un beodo. La boca entreabierta por la que aún corría un hilito de sangre le daba una expresión idiota. De pronto se le aflojaron las piernas. Recrudeció el dolor experimentado. Estallaron miles de estrellas en su cerebro y cayó sin sentido sobre un umbral...

En el cuarto de Anita, comentaban aún las mujeres la hazaña de Jorge, cuando apareció doña Carlota con un hombre ciclópeo, de tez joven y cabellera plateada.

—Aquí está el doctor — anunció la vieja. Jorge incorporándose corrió hacia el recién llegado.

—¡Gonzalo!

—¿Cómo te va, Jorge?

—Gracias por haber venido. Tengo interés en que examines a esta enfermita.

El afán profesional eclipsó al hombre sociable. Sin retribuir la galantería, ni cuidarse de las personas que lo rodeaban el doctor Bosch avanzó hacia la cabecera. Quitó del asiento de una silla unos almohadones y ropas que doña Carlota se apresuró a tomar y empezó su examen clinico.

En la habitación reinaba un profundo silencio. De tanto en tanto la voz enérgica del médico interrogaba y el acento respetuoso y tímido de la enferma le respondía como en un suspiro. Luego con una mano de ella entre las suyas diagnosticó.

—Usted, m'hijita, necesita ante todo alimentarse. Pero no aquí. En las sierras. — Anita movió la cabeza con desaliento. — Ahora le voy a recetar un tónico, vamos a darle unas inyecciones y dentro de quince días... a Córdoba. Ya sabes, Jorge. Si quieres conservar a esta monadita, a las sierras con ella.

Sin saber a qué raro mandato obedecía, Jorge afirmó con la cabeza declarando su acatamiento. Anita lo miró con deslumbrada sonrisa de incredulidad y de esperanza.

El doctor Bosch salía ya y su voz resonaba en el pasillo hablando con Jorge. En la habitación todas callaban. Durante unos instantes revoloteó por sobre las cabezas de aquellas pecadoras, la visión trágica de la enfermedad que marchita y anula. Un estremecimiento, sacudió aquellos cuerpos jóvenes, capullos de pecado, carne de placer que se daba al deleite de las caricias y de los hombrunos apetitos. Y todas pensaban en lo que sería de ellas si no hallaran en el camino al hombre generoso para ampararlas como aquel muchacho recio y blando al propio tiempo, plasmado en la pasta de los caballeros del medio evo...

En sus pobres mentes habían raras contradicciones.

Aspectos absurdos y misterios inexplicables. Todas conocían la historia fugaz de aquellas horas de amor de Anita y Jorge, y ninguna lograba justificar la desinteresada actuación de aquel hombre que en el espacio de una hora escasa, había logrado producir tan hondas y diversas emociones.

Todas observaron a Anita con una mirada de envidiosa conformidad. Había tenido suerte, la pobre. Y ellas. ¿Tendrían también esa satisfacción en la hora terrible?

Jorge entretanto volvía meditativo hacia la habitación. Trataba de analizar y la confusión mental crecía. No dudaba de su decisión, ni la contrariaría. Subconscientemente había resuelto salvar a Anita y no se volvía atrás.

Entró al cuarto de la enferma y fué hasta la cabecera. Anita le tomó las manos y cubriéndolas de besos las mojó con sus lágrimas. También las otras lloraban. La mujer del "malevo", se arrodilló a su lado. Doña Carlota cayó sentada en un sillón mientras su pecho abundante se levantaba en cada sollozo. Las otras dos muchachas se sentaron en el suelo del otro lado del lecho llorando sobre la colcha azul.

Jorge se sintió invadido por una ternura infinita. Con sus largas manos morenas acarició los rizados cabellos de la enferma...

Sonó la campanilla eléctrica, interrumpiéndolos. Doña Carlota salió presurosa. A poco unas voces aguardentosas, vociferaron torpes palabras y risas destempladas resonaron en los ámbitos del lupanar.

Las muchachas se alzaron perezosamente y salieron con desconsuelo. Y Anita, arrebatada de pronto, cuando la última cerró la puerta de la habitación, saltó de la cama y refugiándose en el regazo de Jorge, abrazada a su pecho, musitó en un ruego que era como un gemido.

—Sácame de aquí, Jorge. Sácame... Esto es el infierno...

Cuando Jorge volvió a la noche, "aquello" era el infierno. Los dos salones estaban ocupados por ruidosas "patotas". Sentados frente a pianos verticales, dos pianistas daban manotadas sobre las teclas, enhebrando las notas dolorosas, gemebundas de un tango que candombeaba en los bajos sugiriendo canallescas proximidades.

Las parejas se deslizaban sobre la carpeta. Ellas ceñidas por faldas que las desnudaban, ellos oprimiendo con crispaciones de garras en las manos, las carnes estremecidas, tibias, abrazadas por la seda un poco húmeda.

El éxtasis común, los llevaba ajenos a todo, deslizándose con pasos lánguidos y lentos, las caras muy juntas, los cuerpos confundidos, la respiración entrecortada...

Cantaba la música la alegre tristeza de un amor de arrabal, la ilusión de la muchacha en la serena noche primaveral, mientras el mozo deshojaba promesas y besos a su oído.

La música estaba llena de quejas, de protestas, de temores. Y la voz del varón como un murmullo que adormece, temblaba un poco pero persistía afirmando su promesa. Las parejas se movían suavemente. Ellas empequeñecidas, evocando la hora de su primer amor. Ellos dominantes por sentirlas pequeñas...

Decía luego la música la dulce ebriedad de las primeras horas de amor y de goce. La necesidad de Milonguita de olvidar el dolor de los suyos por su ausencia. La andanza a través del mundo del oropel.

Las parejas bailaban con fiebre. Las piernas de los

hombres se cruzaban, mientras los pies hacían sobre la alfombra raros dibujos. Había en los ojos de ellas, raras luces de evocación...

Y cantaba por fin el tango la tristeza del abandono. Sola, frente a los hombres con la maga belleza de su juventud y el sabor de los besos sobre los labios. Las noches de solitud terribles e inacabables. Las ideas absurdas y el debilitamiento. La atracción de las luces artificiales y la canción del lupanar.

Habían perdido un poco, su unidad las parejas.

Mientras ellos bailaban desganados casi, deseando terminar la danza, ellas se aferraban más al compañero y gozaban doliéndose, sufriendo el daño que la música les hacía, al reabrir heridas recientes, añoranzas, dulces recuerdos...

Bailaban y bebían los tertulianos de los salones. Bebían con las mujeres sentadas sobre sus rodillas, manoteando sus carnes y dándoles besos resbaladizos, babosos. En algún rincón una pareja colaboraba en el "dooping" sorbiendo prolongadas narigadas de cocaína en medio de la indiferencia de los demás.

Era una triste diversión. Reían sus groserías o sus actitudes canallescas y ridículas. Salpicaban la desarticulada conversación con insolencias de gran calibre y gestos desagradables que provocaban carcajadas congestionantes y ruidosas. Y con todo, no lograban librarse de la tristeza obsesionante de los que viven sin tener motivos para estar contentos de sí mismos.

Las muchachas maniobraban con las botellas de "champagne", volcando a veces su contenido o reemplazando las mediadas, con otras vacías para aumentar el gasto.

Aquella era la hora de mercado. Traficaban con el alcohol y con su carne. Alguna pedía cigarros turcos y remarcaba con cualquier motivo la tentación de sus

carnes prietas para concentrar el deseo de los hombres. De vez en cuando desaparecían algunas parejas. La música seguía sonando apagadamente, llegaban trozos de frases y retazos de alegría alcohólica en alas de carcajadas sonorosas.

Jorge, junto a la cabecera de su enferma, la contemplaba, dormitando sin sobresaltos, serenamente y pensaba en el destino de muchos seres que pudiendo ser buenos fracasaban en la vida y equivocaban el sendero.

Él nunca sintió la preocupación de aliviar los dolores de los demás pero comprendía ahora el secreto placer en servir a los que sufren, el calmante inapreciable del consuelo.

Vivir eludiendo el dolor ajeno para no transformarlo en el propio dolor, le pareció tan egoísta como disfrutar solo la bienandanza o guardar para sí el tesoro inapreciable de la mente.

Y él, después de vivido así durante tantos años, se hacía en ese instante la firme intención de reparar, entregándose a la preocupación de amparar a aquella criatura que confiaba en él como en su Dios.

Anita despertaba en ese momento.

—He dormido una hora deliciosa. No me acostumbres mal, Jorgito porque no voy a poder dormir si no te tengo a mi lado.

—No te preocupes del mañana. Duerme hoy que estoy al lado tuyo. Me gusta verte dormir...

—Sí, pero, no está bien lo que yo hago. Te retengo aquí como si no tuvieras otras cosas que hacer.

—Si estoy contigo es porque lo prefiero a otra cosa.

—¡Ay, sí! ¿De veras Jorgito? Si supieras cuánto he meditado!

—¿Sobre qué?

—En fin... ¿Sabes?... ¡Es tan raro todo esto!... No sé... Pero, yo me pregunto. ¿Con qué derecho yo

pido a Jorge que me atienda y me cuide? Yo me he enfermado por trasnochar, por beber, por hacer barbaridades. ¿Qué culpa tiene Jorge de que yo sea una deschavetada y haga esta vida? Una noche de aburrimiento me encontró en el "Pigall's". Me llamó a su mesa, me obsequió, bailé con él, fuí a su casa. Se portó como un caballero... ¿Y qué? ¿Por eso ya voy a creerme con derecho para molestarlo y echarme encima como una hipoteca? Pero sea como sea, lo he llamado. Me sentía tan sola... Lo he llamado, ha venido, me ha dado su consuelo y su mano. Me ha hecho asistir. ¿Qué más puedo pedir de él?

—Que te salve...

—¿Con qué derecho? ¿Quién soy yo? ¿Qué significo en tu vida?

—Una hora feliz... ¿Quién eres tú? Una buena chica que el amor llenó de tormentos. Que el deseo marchitó en plena primavera. Yo quiero que te recobres y así como te debo una feliz hora de olvido y de amor, tú me debas el recuerdo de muchas horas felices, todas las que vas a pasar al lado de este hombre que repara en ti las fallas de muchos hombres que no supieron quererte bien.

—¡Jorgito!

—Quién sabe, mi gesto sea menos desinteresado de lo que tú imaginas. Yo deseo, necesito hacer bien a alguna mujer que sufrió mucho. Necesito sentir ese goce sereno. Será una emoción nueva para mí, hermanarme a ti y hacerte dulce y bella una etapa de tu vida. Mañana cuando nos hallemos en un camino cualquiera, sin hablarnos, mirándonos solamente, experimentaremos el mismo goce y yo veré en el fondo de tus pupilas algo que no he visto hasta ahora en los ojos de ninguna mujer... ¿Ves cómo no es hazaña mi bondad de hoy?...

—No te entiendo bien, Jorge. Perdoname. Ni la satisfacción de comprenderte puedo darte. ¿No ves?

Se había obscurecido el semblante de la muchacha. Jorge sonriendo le acarició delicadamente la mata encrespada de sus cabellos murmurando:

—Mejor que no me comprendas bien, tontita. Prefiero que me quieras bien, sin comprenderme.

—¡Oh! Eso sí. Eso sí, Jorge.

—Bueno. No te agites. Tranquilízate. No tienes necesidad de zarandearte para probármelo.

—¿Me retas?

—Sí. Te reto porque eres una chica desobediente.

Ella puso unos morros deliciosos. Jorge sintiendo la sugestión de aquellos mimos que tanto le agradaban, se inclinó disfrutando segundo a segundo la proximidad y besó blandamente, sin arrebatos aquellos labios amontonados en hociquito. Anita entrecerró los ojos con deleite y su pecho se estremeció bajo la colcha azul.

Allá dentro, seguía hilvanándose la música dolorida de los tangos; llegaban retazos de alegría en alas de carcajadas sonorosas y Anita con una mano de aquel hombre que la amparaba, entre las suyas, cerró los ojos dispuesta a soñar bellas quimeras...

La peregrinación

Lo que al principio habíase creído una simple debilidad, resultó luego una dolencia contra la que fué necesario luchar encarnizadamente. El doctor Bosch, había logrado, por fin, imponer las excelencias de su talento clínico. Jorge no se separó una noche de la cabecera de su enferma.

Pero doña Carlota, con el miedo supersticioso de la muerte y las complicaciones que podía traerle un desenlace fatal de la muchacha, creyó necesario lla-

mar en su auxilio a los manes celestiales y así lo hizo. La Virgen de Luján fué elegida. Iluminó su imagen con dos velas que prestaban servicio permanente de alumbrado; y de hinojos, con la unción de una madre abadesa, formuló una promesa "si Anita sanaba".

Cuando Anita sanó, doña Carlota no lo atribuyó a la pericia de Bosch, ni a la dedicación de Jorge. No. Aquello era el milagro. La virgen de Luján cuya imagen se exhibía bajo el vidrio del cuadro frente a las velas encendidas, habíase preocupado de Anita y la había curado.

Se imponía, pues, cumplir la promesa. Todas sus pensionistas estaban resueltas a solidarizarse con aquel acto religioso, de la fanática vieja Carlota.

Y cuando Anita pudo andar y Jorge la llevó a tomar sol en su automóvil, la vieja decidió hacer efectiva su promesa.

Por tal circunstancia hallábanse aquella mañana en el andén de la estación del Once, doña Carlota, las siete muchachas de su casa y Jorge sosteniendo por el brazo a Anita, dulcemente reclinada en él.

A lo largo del andén asfaltado, una verdadera muchedumbre de creyentes, gritaba y hacía comentarios destemplados apretujándose con las cestas de provisiones de boca que exhalaban determinados y más o menos penetrantes olores, según la calidad del peregrino.

Jorge observando aquello, recordaba los capítulos formidables del maestro Zola en "Lourdes". A su lado Anita, delicadamente refugiada en él, levantaba de vez en cuando sus grandes ojos obscuros y lo observaba con arrobamiento y con unción.

Dios mismo, imponiendo respeto con el prestigio de su oculto y al decir del mundo, ilimitado poder, no tenía en el alma de Anita el culto y el arraigo que Jorge Videla lograra inspirarle. Y no era que por ser Anita,

una fácil mujer de lupanar, fuera una crédula y simple sensitiva para enternecerse frente a un gesto caballeresco. Por el contrario, la criollita pertenecía a la categoría de esas mujeres que han sufrido tanto durante su vida, que en ellas el tormento ha extirpado nobles impulsos y creando naturales vallas espirituales de desapasionadamento. Mujeres misteriosas que hablan, por así decirlo, casi en secreto. Que no tienen más que languidez y blandura en los movimientos, que parecen destinadas a quemarse en todas las llamas y sensibilizarse por cualquiera tortura. Que teniendo la lágrima fácil, son accesibles a todo vicio y se dejan llevar hacia la locura. Mujeres arcano.

Respiran y andan, en apariencia, entre todas las tragedias y sin embargo viven una, la suya, la primera a la cual permanecen fieles. El calor de los besos, la bondad un poco abúlica de todas sus horas y todos sus actos, sus estremecimientos, todo, no pertenecen a quien los provoca hoy, sino al que ayer los inspiró por la primera vez, para atormentarlas durante toda la vida, con el convencimiento de deberle toda la desdicha de su calvario, pero también toda la felicidad, la única felicidad de la primera jornada de amor.

Vestidas con sus trajecitos "tailleur", sencillas; pálidas por el madrugón, sin carmines ni artificiosidades de tocador, doña Carlota y sus pupilas esperaban cristianamente resignadas, la formación del convoy que evolucionaba fuera de la estación, en las vías de maniobra. La importancia y calidad de la visita que iban a hacer les daba tolerancia para soportar empellones de los pasajeros apurados, pisotones de los peregrinos impacientes y estrujones de la multitud que se apretujaba en el andén por asaltar los coches que ya avanzaban sobre los rieles lucientes.

Algunas mujeres con sus pequeños en brazos, los

alzaban por sobre las cabezas de sus vecinos para evitar que se ahogaran. Uno de los chicos aquellos, en el vértigo de la altura, orinó sobre el sombrero gris de un muchachón que acompañaba a una ínfima mujer de burdel. El compadrito enhebró unas blasfemias, y luego indignado, perdida la fe en la milagrosa, se arrancó de al lado de su compañera y se perdió en la muchedumbre, hacia la calle, dispuesto a no transigir con una virgen que aceptaba tan irrespetuosos peregrinos.

Las risas provocadas por los gestos descompuestos y las palabrotas del compadrito, se fueron acallando ante el dolor simple y hondo de la mujer.

—Desde ayer, andaba mañereando... No tenía ganas de ir... Quiere ir a las carreras y busca este pretexto. Qué culpa tiene la pobrecita — se refería a la virgen — si este inocente...

—Vd. comprende, señora. Se me ahogaba el nene. — Explicaba la madre del autor de la contravención.

—Si no quería venir... Hoy es día de Gran Premio... Y vamos a Luján cumpliendo una promesa por él, cuando estuvo enfermo... Lleno de granos y de pus... Muriéndose... Lo viera...

El comentario se perdió. Las dos mujeres se acompañaron. A poco se les veía en el fondo del asiento de un coche repleto hablando animadamente y por turno.

En medio de una batahola infernal, iban prensándose los peregrinos en el interior de los coches. Era tal el apeñuscamiento que parecía que las paredes del vagón se combaban a punto de ceder. Algunas enfermas y convalecientes sufrían mareos y desmayos que ponían en conmoción a todos los pasajeros de un coche.

Jorge y sus devotas ocuparon el compartimiento que éste había reservado previendo el peligro de asfixia de los coches comunes. El tren se puso en marcha entre el griterío ensordecedor de las mujeres y los lisiados,

al irse los unos contra los otros por el envión del movimiento inicial del convoy.

Un instante después en la puerta del reservado de Jorge golpeaban solicitando amparo. Se trataba de un matrimonio joven. El hombre sostenía a duras penas a su esposa, la cual en estado avanzado de gravidez no se tenía ya sobre las piernas. Intensamente pálida, los párpados violados, los labios apretados y desteñidos, sollozaba. Las muchachas acudieron en su auxilio. Varias mujeres intentaron entrar a prestarle ayuda. Jorge enérgicamente las contuvo y cerró tras sí la puerta.

El convoy sorteaba el dédalo de vías de los cambios, en medio de un fragor de ruedas y frenos. En los coches resonaban a destiempo los cánticos religiosos entonados a coro. Entre la concurrencia de peregrinos agrupados en cada cuatro asientos se hacían interesantes corrillos en los cuales se comentaban milagros y leyendas de Nuestra Señora de Luján.

Para aquella simple gente crédula e ignorante la virgen aquella concretaba la esperanza y el alivio divinos. Aleccionado el rebaño por la prédica constante y la enunciación de las indulgencias, perdones y gracias que otorgaba la santa a los que se molestaban apenas, yendo a su basílica, en todos los rostros había una expresión ansiosa y cada peregrino enunciaba a su vez mentalmente la larga lista de pedidos a intercalar entre sus oraciones. Había quién pedía un momento de lucidez para acertar el número en que caería la grande, y quién confiaba a su virgen el misterio de su trágica infecundidad o la clandestinidad de sus amores...

Veinte leguas separan a Luján de Buenos Aires. Veinte leguas que el tren recorre en una hora y media por entre caseríos y sembrados. En muchos ranchos la gente sorprendida al paso del convoy y advertida por el rumor de los cantos religiosos, que es el tren de peregrinos el que pasa, se alza y se descubre supersti-

ciosamente. En los coches repletos empieza a difundirse un raro olor, mezcla de sudores, tufillo de comida fría, ácido fénico y desinfectantes de heridos y enfermos. Los peregrinos cantan, las devotas rezan rosarios coreados, los chicos chillan y gritan como energúmenos; en un asiento, apartados, ocupando los dos el sitio de uno, dos enamorados hablan los ojos en los ojos, las manos en las manos, el pensamiento de uno dando prestancia a las palabras del otro. Para ellos no existe el tren, el calor, la molestia, y las veinte leguas han de parecer veinte cuadras. Van a ver a la virgen por si acaso, para fundar juntos esa esperanza que alientan por separado, hace mucho.

Aquel matrimonio que ha entrado en trance tal al compartimiento de Jorge permanece allí, atendido por doña Carlota y sus pupilas. Tan sólo Anita ha quedado junto a Jorge, tomada de su brazo, reclinando su cara pálida en el hombro del varón que hoy resume todo su culto. Semiadormedecida la muchacha, sonríe levemente, mientras en su marcha hacia el santuario el movimiento del convoy la acuna y los coros llegan a sus oídos como tiernas canciones de inocencia, de niñez.

Jorge explora en el insondable abismo de la memoria la leyenda. Fué hace cincuenta años. Un carretero había recibido encargo de llevar un cajón conteniendo una imagen. Marchaba confiadamente en la carreta, cuando en el camino que media entre Rodríguez y Giles, sin saber cómo, las ruedas entraron hasta el eje en un pantano. En vano se anexaron yuntas cuarteadoras, se cavó al lado de las ruedas. La carreta no salía. Ya se desesperaba de sacar la carreta y empezaban el carretero y los curiosos que habían acudido a lanzar ternos y a tratar al buen Dios de bastante mala manera, cuando a un fraile Lazarista que acertaba a pasar por el lugar, se le ocurrió insinuar:

—¿Por qué no bajáis ese cajoncito? Puede ser que la virgen que está dentro quiera quedar en este lugar. Es necesario hacerle entonces un santuario. — El carretero bajó aquel livianísimo cajón y no bien lo hizo, la carreta sin esfuerzo casi de sus bueyes pudo proseguir su camino.

La virgencita de palo había expresado su voluntad de quedar en aquel pequeño poblado de Luján y elegía uno de los mejores terrenos para quedarse. Todo lo cual por su carácter mismo de sobrenatural adquiría proporciones estupendas de milagro.

A aquel buen frailecito Lazarista le siguieron cientos de ellos que trabajaron durante muchos años la fortuna del santuario, de la pobre virgencita de palo, del santo padre de Roma y de la parisina hermandad de la orden...

El templo levantado piedra a piedra sobre la base de la credulidad ignorante de las fanáticos, la superstición de los capacitados y la tolerancia de los enemigos del clero, es la más alta expresión del industrialismo religioso.

Luján es hoy una ciudad cuya vida depende de la pobre virgencita de palo, mal pintada, enfundada en sus viejas y sucias vestiduras y rodeada en su "camarín" de colgajos de plata y oro. Desde que el peregrino o el visitante baja en el andén, el chauffeur comarcano poseedor de un forcito semejante a un montón de hierros viejos, quiere cobrar cinco pesos por el viaje a la basílica.

Apenas contratados sus servicios, ocho o diez mendigos se lanzan sobre la portezuela del coche para abrirla.

—Señor. A mí, una limosna por la Santísima Virgen...

—La Virgen lo bendiga señor, una limosna...

—No le dé a ése, señor, que finge renguera...

—Cómo no. ¿Y él?... Tiene dos casitas...

—Señor, no haga caso a esos... Una limosnita.

—A mí, señor que le abrí la portezuela.

—En la basílica va a encontrar toda la familia de ese pidiendo limosna. Han formado una sociedad anónima.

—Señor. ¿Necesita comprar velas, rosarios, promesas de plata y oro, no vaya a lo de la viuda.

—Le tiene rabia a la viuda porque no le mantiene los vicios, pero en lo de la viuda se vende lo mejor.

—Cómprele velas a la viuda y llévelas al altar. A la media hora están otra vez en lo de la viuda.

—Pero ella las compra al peso, no tiene ladrones de velas a su servicio como Gaetán.

Mientras tanto el auto, después de un supremo esfuerzo del chauffeur arranca de golpe, dejando a los mendigos y corredores de santerías, insultándose entre una nube de humo pestilente.

La primera impresión es esa. La mendicidad profesional, la habilidad para inventar desgracias que provocan la compasión de los peregrinos, gente predispuesta a ser ese día, y por devoción, caritativa, humilde, generosa y cristiana.

Mendigos morales, despojos de hombres que viven del desperdicio y con él hacen muchas veces la fortuna, como esos ropavejeros judíos, compradores de harapos en apariencia, para esconder sus garras de usureros y de felones.

Jorge no podía dejarlos acercar sin experimentar una gran [illegible]ancia. Por el camino recorrido por el automóvil, la caravana de peregrinos marchaba a pie y cantando hacia el templo; pequeños grupos de la caravana, seguían a los que pretendían hacer el trayecto de rodillas, cumpliendo una promesa.

Otros, descalzos, con el calzado y las medias en una mano y un ridículo gesto de trágica contrición, marchaban como pisando vidrios, por las piedras calientes de la calle.

Un hombrón barbudo, vestido de negro, columpiaba su enorme osatura sobre dos muletas. Habíase quitado el sombrero y levantaba la cabeza mirando decididamente al sol. Había en todo él, algo extraño y sugerente. Sin saber por qué rara coincidencia la gente del tren y la de la caravana lo observaba con curiosidad en su actitud mística de iluminado.

Parecía como si un designio misterioso y extraño lo hubiera elegido para desempeñar un importante rol en esa farsa devota recién comenzada.

Cuando Jorge descendió del auto frente a la mole negruzca de la basílica, una verdadera avalancha de pordioseros lo rodeó. Le resultaba imposible hacer marchar a Anita, tan débil y vacilante, entre aquella multitud de pedigüeños viciosos. Con un poco de desaliento metió una mano en los bolsillos y extrayendo las monedas y los billetes chicos de un cambio, los arrojó al aire. Los discos cayeron sobre las losas de la acera y sobre ellos se amontonaron los miserables. Un rengo casi tira su muleta echando a correr tras un billete de un peso, el cual en alas del viento recorrió varios metros en un abrir y cerrar de ojos, quedando de pronto bajo la recia planta del zapatón del mendigo. Una vez terminada la caza del peso el cazador aquel volvió a ser un lisiado, convirtiéndose en rengo con un desparpajo único.

Por suerte habían logrado trasponer la puerta de acceso a la basílica. En las altas naves, las piedras ostentaban en letras de molde, los nombres de los creyentes que habían contribuido con su peculio a alzar ese gran mercado de la fe cristiana. Parecían esas pa-

redes del arrabal donde los pilletes escriben con carbón palabras soeces y procacidades. En los altares laterales, los fieles dejaban los paquetes de velas que al decir de uno de los interlocutores recientes de Jorge, volvían a ser vendidas, hasta el punto de constituir un elemento de explotación durante trescientos días del año.

Mucha gente se atropellaba por entrar a una especie de trastienda anexa, atendida por un fraile coloradote, recio y retacón quien detrás de un mostrador vendía unas botellas. Interesado Jorge por aquel detalle inquirió y aunque dispuesto a no asombrarse, no pudo reprimir un gesto de asco y de sorpresa.

Aquel cura vendía botellas con medio litro de agua bendita por cincuenta centavos. Piedras de la basílica para poner los nombres desde diez pesos cada una y hostias a un peso y veinte la docena.

De la santería de la basílica o de otros comercios de esos llegaba la gente con promesas de plata y oro. Corazones, brazos, ojos, falos, piernas, etc. Toda aquella platería imposible de cargarle a la virgen, volvía luego a ser vendida a nuevos peregrinos, y de tal manera constituía con las velas el mejor negocio de Luján.

Por fin pudieron llegar hasta el pie de la escalera que conduce al camarín de la virgen. Un anuncio limitaba las horas para subir de rodillas aquella escalera. En ese instante una anciana subía de tal suerte los escalones que besaba antes. La avalancha de peregrinos se precipitó, arrollando casi a la vieja aquella. En un pequeño altar cubierto de ofrendas de todas clases, ramos de azahar de novias, palmas metálicas, muletas, bragueros y otros útiles de ortopedia, entre cirios y flores, estaba la celebrada virgen. Era una pequeña muñeca de madera con los cachetes muy mal

pintados y un gran manto cubriéndola desde la cabeza donde una gran corona lo sujetaba. A la altura del pecho por una rara abertura de la recamada túnica aparecían las breves manos muy juntas en actitud de orar. A sus pies una luna de fantasía la exornaba, mientras cadenas y pedrerías pendían de su manto.

Jorge observaba atentamente aquella virgen, buscando un solo detalle para justificar su extremada popularidad. En sus largas andanzas por los países europeos, había visto muchas imágenes de vírgenes, desde las hermosas y gitanas vírgenes de la Macarena y del Pilar, las madonnas de la pintura italiana del siglo XIV, hasta la bella Santa Rosa, virgencita india adorable y sugestiva. Ninguna tan inexpresiva e insignificante como ésta, frente a la cual se arrodillaban ahora tantos fieles.

Mientras él se hallaba entregado a sus pensamientos, Anita, doña Carlota y las muchachas mascullaban las olvidadas frases de alguna vieja oración, golpeándose el pecho y rogando a la santa, les diera suerte en la vida.

Un gran murmullo en el que se confundían preces, rogativas, afanes, confesiones y el nervioso sollozar de algunas místicas, las cuales, necesitando dolerse, sufrían por todos los pecados cometidos, resonaba en el ámbito del templo. Pocos minutos después una nueva avalancha empezó a desplazar a los ocupantes del camarín. Jorge y las mujeres se dirigieron hacia la escala de descenso. Cuando se hallaban por la mitad, un cuadro estupendo los detuvo.

En la escala de ascenso el hombrón aquel de negro, que columpiaba su enorme cuerpo sobre las muletas, subía de rodillas, ayudado por tres o cuatro comedidos, los cuales en realidad lo alzaban para que siguiera subiendo.

A su alrededor la gente murmuraba:

—¡¡El milagro... ¡¡El milagro!!...

Se bordaban los más variados comentarios en torno al hecho al parecer insólito. De tal no tenía absolutamente nada, puesto que el pobre hombre seguía con sus piernas tan inútiles como tres años antes de esa hora.

Pero el fanatismo, la ignorancia, deseaban el deslumbramiento del milagro. A cada uno de los mirones parecíale que aquel sujeto iba a salir dando saltos y cabriolas de un momento a otro. A medida que llegaba más gente, aumentaba la expectativa. El murmullo subía de tono. Ya se decía sin más reparo. — ¡El milagro! ¡El milagro! — Y los mirones no llegando a enterarse de lo que constituía el mentado milagro, seguían repitiendo empecinadamente:

—¡El milagro!... ¡El milagro!...

De tal manera estaba consagrado de antemano en la calenturienta mentalidad popular, un hecho simple como era la carga de aquel señor grande con cara de iluminado o de loco, quien empeñado en que sus piernas secas volvieran a adquirir el vigor y el movimiento suficientes para sostenerlo y hacerlo marchar, creía que al finalizar aquella promesa, la virgen de Luján del camarín, había de demostrar a la ciencia que lo había desahuciado, como fundaba sus conclusiones en hechos que el concepto divino manejaba a su capricho.

Los tres o cuatro comedidos seguían cargando escalón por escalón la imponente osatura del lisiado, el cual podía mantenerse de rodillas gracias al oportuno sostén de los camaradas.

Sin embargo, a medida que se iban aproximando a la meseta, en ellos mismos se iba debilitando un poco la fe puesta a contribución al principio del "milagro".

El protagonista de esta farsa tenía en los ojos y en

la frente una leal expresión de creyente. Parecía como si en sueños hubiésele aparecido San Lázaro para indicarle el procedimiento para curar. El mismo indicado por la madre María, una curandera y adivina famosa en todo el Buenos Aires supersticioso. El protagonista del "milagro" no pudo, a pesar de todo, evitar que por un instante el desaliento hiciera presa fácil en él. Al subir, mejor dicho al ser alzado hasta el penúltimo escalón, la expresión de su cara era un poco compungida.

Pero de pronto se empezó a golpear el pecho, y a llorar, besaba el escalón definitivo y pedía perdón a la virgen por haber dudado. Esa fuerza misteriosa de sugestión le daba el convencimiento de la inminencia del milagro. Era necesario poner toda la fe en este último esfuerzo.

La multitud se concentraba en la nave y en la escalerilla de descenso. En aquella por la cual ascendía el lisiado no había más ocupantes que los cuatro sujetos alzando al hombrón y él mismo, convertido en un montón de carne palpitante de sacristía.

La aventura culminaba; llegado a la meseta lo incorporaron poniéndolo sobre las muletas. En ese momento el hombre se dió cuenta del efecto producido por su caso en la multitud y necesitando confirmarlo se volvió hacia ella. Quedó él solo, parado sobre las muletas que lo sostenían como dos puntales, sudaba, su cara adquirió una expresión más idiota aún de absoluta entrega al fakirismo de la divinidad.

De pronto apartó a sus ayudantes. Las respiraciones se contuvieron. Luego arrojó las muletas gritando:

—¡Estoy curado! — Mientras la multitud en masa se arrodillaba con un solo grito en la garganta.

—¡El milagro!

Pero el lisiado que por una fuerza sobrehumana de su

voluntad había quedado un segundo en el aire, manoteó buscando asidero y se derrumbó luego, rodando toda la escalera que había subido de rodillas.

Quedó al pie, sobre las losas de la nave, hecho un montón informe y sanguinolento de carne imbecilizada por el fanatismo, experimentando los espasmos supremos de los últimos minutos de vida...

Sin embargo cuando Jorge salía, por el pueblo ya se había difundido la nueva del milagro en la basílica y se hacía imposible contradecir a todos los que lo afirmaban con una profunda y ya arraigada convicción.

Empezó a andar entre la doble fila de los corredores de santerías que se insultaban entre ellos para sacarse un cliente. Doña Carlota y las muchachas, excepto Anita, gastaban el dinero del burdel en la compra de chucherías y recuerdos de la peregrinación.

Un hombre achinado se acercó a Jorge, y le habló brevemente. Este inmediatamente dió su asentimiento. En un "breack" grande pusiéronse en camino. Se trataba de otra virgen de Luján, la verdadera, al decir de aquel tipo.

Estaba en la gruta de donde salía el agua milagrosa. Allí fué donde quiso quedarse la virgen, pero los frailes explotadores copiaron más o menos la imágen y como tienen ese ascendiente sobre todo el mundo hicieron creer lo que ellos quisieron.

Pero la verdadera virgen de Luján es ésta. En una gruta de lona con armazón de tirantillo como el canal del infierno del Parque Japonés, puesta dentro de una fiambrera, se exhibe una virgencita parecida a aquella, quizá más bonita ésta. De un surtidor de agua corriente disimulado entre las grietas artificiales de la piedra, sale un manantial.

El dueño de aquella "boite" cuenta la historia y vende el "agua de la virgen" a los curiosos que acep-

tan la existencia de otra imagen. Entretanto en el mundo oficial de la peregrinación, la gente corría a posesionarse de las mesas del descanso de los peregrinos, un caserón donde comen las viandas que empaquetadas en cestillas traen las mujeres desde sus casas, mientras un verdadero ejército de mendigos anda de mesa en mesa recolectando limosna exhibiendo llagas y úlceras como para hacer desaparecer el apetito al ser mejor templado.

Jorge se sentía asqueado respirando aquel ambiente del pueblo, mercado de la fé cristiana y usina industrial de la indulgencia y el milagro. Pueblo sórdido de calles descuidadas y casas en ruinas, sus habitantes, parecían vivir merced al prestigio de la virgen. Un 90 por ciento se dedicaba a la explotación de industrias y corretear negocios y artículos de tráfico innoble. Y nada era una peregrinación como aquella de la capital. Pero cuando en la época empezaban a llegar caravanas de campesinos y colonos en trance de pedir lluvias a la virgen, el pueblo se ponía las botas.

Gente sórdida, tenebrosa, agazapada tras los mostradores para vender, asaltando, en cincuenta lo que vale cuatro. Ciudad de mendigos enriquecidos, de pedigüeños profesionales, de estafadores, Jorge pensaba, que ni aún instalando en aquel pueblo una colonia penal y un asilo o retiro de proxenetas, podría obtenerse tipos de la tara moral de aquellos menesterosos y lisiados de mentirijillas, de los sujetos que se insultaban en la calle haciendo la comedia de la competencia y de los cochinos que con sus llagas al aire impedían que la gente comiera, recurso brutal superior a toda mente equilibrada.

Y la venta de agua bendita, la de las velas que se devuelven a los comercios y retornan al altar mil veces, la industria de la credulidad de los ignorantes, la

tolerancia de los liberales y la superstición de los capacitados...

Anita debilitada por el esfuerzo había empalidecido y vacilaba. Jorge se la llevó a un hotel. Allí descansó y tomó un vaso de leche. Luego emprendieron el regreso hacia la capital. Ella aferrada a su brazo como a una suprema esperanza. Los ojos cerrados, el espíritu en el ensueño, los labios estirados en una sonrisa de felicidad...

Aires de Sierra

Tal cual lo indicara el doctor Bosch y se comprometiera Jorge, una tarde, en el andén del Retiro, doña Carlota y sus muchachas despedían a Anita y a Elena en su viaje a las Sierras, mientras Jorge esperaba la salida del convoy sentado en el coche restaurant a fin de substraerse a las demostraciones y a la despedida de aquel mujerío.

Elena, la mujer de aquel compadrito del lupanar, no volvía en sí de su asombro. Acompañaba a Anita y la iba a pasar a cuerpo de reina. Habíanse hecho tan amigas!...

Jorge comprendió que solo aquella muchacha lo podía salvar. Su compañía le evitaría en muchas ocasiones el remordimiento del abandono. Juntas emprenderían paseos y excursiones, mientras él pretextaba algún trabajo literario que pensaba acometer para disfrutar a solas de la paz serrana.

Anita sentía verdadera adoración por Jorge. Una adoración de devota frente al ídolo, pero no se hallaba con fuerzas para entretenerlo durante una velada. De modo que cuando supo por Elena misma, la decisión de Jorge de llevarla, su alegría no conoció límites. Elenita la acompañaría mientras él trabajaba. Por

las noches cantaría esos estilos y tangos que sabía cantar en la guitarra, cuando estaban solas. Y él, entre la charla de las dos, posiblemente se aburriera menos.

Mientras a pequeños sorbos tomaba su taza de thé, revisó distraídamente las planas de un diario vespertino. De pronto las sienes latieron con violencia, la vista recorrió rápidamente la noticia de "Sociales" que decía así:

"Compromisos. Se ha formalizado el compromiso matrimonial de la señorita María del Carmen Goitía con el doctor Alcides Mercatelli. La boda se celebrará el 7 del mes próximo, y la flamante pareja partirá el 10 a bordo del "Cap Polonio" rumbo al viejo mundo".

La Chinonga había cumplido tal cual se lo había prometido. Tuvo para ella un cariñoso recuerdo, al que no fué ajeno su fetichismo galante. Aquella chica armoniosa habíale dejado como amante, imborrables recuerdos. Sabía del beso, ruborosa en la entrega, cálidamente íntima en la caricia... Cerró los ojos y vivió un segundo la ilusión de tener entre sus brazos la perfumada carne morena oliendo a pomas...

El tren se ponía en marcha. Se asomó a la ventanilla y vió en toda la extensión del andén el aleteo de los pañuelos en el adiós, auspicioso. Ya salía el convoy de los arcos de la estación. Cerró nuevamente los ojos y se sintió solo como en sus viajes de vagabundo en los trenes de Europa.

Solo. Rodeado por afectos artificiales creados por la gratitud y la admiración. Sin dejar en aquella ciudad que abandonaba una sola mujer con la lágrima pendiente del engarce de las pestañas, mientras el suspiro de su pecho amante fuera como un soplo tibio de buen recuerdo para el viajero.

Por asociación de ideas evocó el día de su partida hacia el viejo mundo. Toda su vida fué así. Un orfe-

linato de potentado, un aislamiento de misántropo, una generosa repartija de riqueza colmando su remordimiento...

Los amores cantaron en su pecho muchas veces; amaba a la mujer en las mujeres, pero nunca halló la que lo hiciera cantar en la exaltación del apasionamiento definitivo.

Se causaba horror a sí mismo. Sus conquistas iban resultando realmente aburridas. Todas tenían los mismos arrumacos; las mismas resistencias, idénticos rubores y se entregaban de la misma manera.

Pero aquello no era el amor. La hora de voluptuosidad pasaba y sólo la vibración de los centros nerviosos subsistía para causarle la tortura de haber cedido a la tentación de la carne como un vulgar profesional de la galantería.

El se decía que necesitaba fundar en una mujer, en la mujer definitiva, todo su orgullo de ser varón y de poseer el caudal hasta ese momento intacto de su buen amor.

El convoy marchaba hundiéndose en la noche, corriendo en pos de las sombras. Un reguero de chispas pasaba por los flancos como una faja de estrellas para desmenuzarse luego. Las últimas luces de la tarde llenaban de rojo la maravillosa paleta del cielo. El violeta se enseñoreaba de las terrosas huellas de los caminos, de los verdes de las arboledas y los campos, del enjalbegado rosa y blanco de las casitas cada vez más distanciadas.

De trecho en trecho, con un rumoroso empuje de aquilón pasaba el rápido, como dividiendo en dos las estaciones de tránsito, levantando polvaredas compactas, mientras mirones y pasajeros en espera, observaban con curiosidad siempre renovada el familiar paso del tren.

Jorge pensó en una observación concretada hacía mucho tiempo, sobre la curiosidad de las gentes que están al paso, por la carrera de un convoy.

A medida que el tren se acerca, la expectativa crece; hay en el caminante un ansia de saber hacia dónde va, quiénes van en él, y por qué se van. Rápidamente y sin proponérselo piensa en los enamorados que marchan lejos a construir su ilusión, a fundar su felicidad; en los que huyen a olvidar en la soledad de comarcas desconocidas; en aquellos afanosos que corren en pos del negocio y del oro; en los que buscan para su máquina humana el aire vivificador que falta en las ciudades...

Hay mujeres en las barreras, pensando con angustia en el príncipe azul, probable viajero de ese convoy que pasa vertiginoso.

Y por todo lo que despierta en la sensibilidad del caminante, por la emoción fugaz de ese momento de nostalgia, presintiendo en cada viajero una inquietud y deseando compartirla, el caminante y el mirón agitan sus manos en el adiós que en ese momento lleva todo el auspicio de un generoso afán...

El campo se envolvía en tules obscuros. En un rincón, un hombre enflaquecido por el trajín de la vida, brillantes los ojos afiebrados, cerúlea la exangüe faz, tosía secamente en la congestión pulmonar que al estremecer las lesiones, agostaba las labios, dolorosamente contraídos.

En una mesa próxima un extranjero de rojo cuello y anchas espaldas, se hurgaba los dientes manteniendo tieso el meñique de la mano que maniobraba en la boca, para mostrar quizá el brillante "garbancero" de un anillo.

Frente a Jorge cuatro viajantes jugaban los aperitivos a los dados, entre risotadas y chistes de la más pura y rancia estirpe "muñozsecante".

Anita y Elena, sentadas frente a él lo observaban. Los guarangos mozos del coche comedor empezaron a repartir la comida entre los resignados viajeros, como si distribuyeran viandas de una cocina popular. Sopa, pescado, pollo y "bisté"...

Media hora después Jorge dormía. A través del tabique Anita le llamó golpeando con los nudillos.

—¡Hasta mañana, Jorgito!

Jorge no le contestó. Soñaba que iba en un barco hacia Egipto...

En aquel hotel de La Falda, Jorge había tomado un departamento del piso alto, orientado hacia el Este. En una de las habitaciones dos lechos mullidos para sus compañeras. En otra, una cama de hierro con una débil colchoneta para él. Una mesa para escribir y un sillón Morris junto a la ventana...

Había empezado la verdadera vida de aquellas pobres mujercitas enfermas del alma y de la voluntad.

Jorge las aconsejaba. Era necesario almacenar en aquellos pulmones debilitados mucha energía solar. La gente de las ciudades respiraban mal, el aire viciado de su ámbito. El aire vivificador era el que tenía la vibración solar. El sol lo entibiaba dilatando sus moléculas, purificadas por la altura de las sierras y por la acción de las arboledas.

Aquel aire entraba de otra manera a los pulmones y cumplía su misión de purificar la sangre con más eficacia. Pero en todos los pulmones había rincones, pequeñas cavernas, vesículas estériles adonde el aire no llegaba. Era necesario entonces someterlas a la acción directa de los rayos solares para hacerlas adquirir de nuevo la dinámica de su función.

Acumulando energía solar tardaba más el organismo en quebrantarse. La circulación de la sangre se mejoraba, el organismo pedía alimentación más potente. Los glóbulos rojos de la sangre aumentaban en proporción y vencían en su lucha continuada a los glóbulos blancos...

Y ellas un poco asombradas ante aquella balumba de frases nuevas hilvanadas por Jorge para hacerles entender aproximadamente lo que quería decir, ahí se estaban quietecitas una hora por la mañana, quemando los juveniles torsos en el baño de sol, mientras él les contaba maravillas de sus viajes de peregrino curioso y vagabundo.

Luego las hacía montar a caballo y salían los tres hacia las sierras. Cada piedra, cada estalactita, cada rara configuración merecía una explicación detallada.

—Esta especie de cristal se ha formado por la solidificación del líquido desprendido de los yacimientos calcáreos al filtrarse a través de las capas geológicas, hasta llegar a esta caverna. Y esa mancha verdosa de esta piedra es una resumación de azufre o de cobre...

A su vuelta al hotel, ellas se arrojaban sobre su almuerzo. Andaban media hora después de la comida y subían a dormir su siesta, mientras Jorge repantigado en su sillón Morris leía o soñaba...

Al mes, las dos muchachas estaban desconocidas. Anita, quedábase, sin embargo, abstraída en sus contemplaciones. A veces Jorge la sorprendía mirándolo y hasta creía advertir un reproche en sus húmedos ojos. En otras ocasiones su visión se concentraba en un punto del ultrahorizonte. Largo rato quedábase como nostalgiando y cuando volvía en sí, sus ojos estaban empañados por la pena de una lágrima.

Durante la noche oíala suspirar revolviéndose en su lecho, torturada quizá por el ansia de la caricia que

no llegaba. Y muchas veces al separarse en la puerta de comunicación de las habitaciones, ella habíale ofrecido la boca para recibir el beso que él depositaba en la frente de sus dos amigas.

Empezó Jorge a preocuparse con aquella actitud de Anita que contrastaba singularmente con la de Elena. Esta reía y revoloteaba como esos pajarillos librados de pronto al encanto de la víbora que los atrae con su magia fatal, por el tiro certero del cazador.

Había en Elenita una gallardía y una decisión de mujer agreste. Mientras el fondo abrupto del paisaje desentonaba con la languidez felina de Anita, era para la figura de Elena el ambiente que más cuadraba.

Gustábale sobremanera a Jorge llevarlas al arroyo de agua clarísima,rumoreante al bajar de las vertientes serranas. Mientras él y Anita se sentaban sobre la húmeda alfombra verde de la orilla, Elena, descalza saltaba entre las piedras pasando los sustos entre carcajadas potentes que al abrirle la boca un poco grande descubrían su dentadura fuerte y la carnadura de coral de las encías.

Luego, cansada, corría a sentarse con ellos quedando jadeante, mientras su pecho se alzaba aceleradamente.

En cambio en el comedor o en el salón de reunión se destacaban las armonías de la figura de Anita avanzando hacia el sitio donde él las esperaba, desentonando un poco el garbo desplazante de Elena.

Estas observaciones, y otras que Jorge se hacía respecto de sus compañeras, empezaron a conturbarlo a pesar de su aparente inocencia...

Aquella tarde, a la hora de la merienda, una de las alemanas, ayudantes de sus maridos, dos hermanos, en regentear el hotel, acercóse a la mesa de Jorge con varias cartas llegadas en el último correo.

Unas líneas de Nacho. Carta de su administrador. La comunicación del enlace de la Chinonga. Preocupado con su correspondencia, Jorge no prestó atención a sus amigas.

Anita se había demudado al reconocer la letra de un sobre. Cambió luego una mirada de inteligencia con Elena, y sin terminar de sorber su te de leche se levantó prestamente.

El, recién se apercibió del movimiento de la muchacha. Sin asombro la vió marcharse imaginándolo todo. Para afirmarse más, con mucha naturalidad interrogó

—¿Le ha escrito?

Elena pretendió fingir ignorancia, pero era tan firme y escrutadora la mirada de aquellos rasgados ojos verdes de Jorge que como en un suspiro apenas pudo balbucear rindiendo su cabeza.

—Sí... Es la tercera.

Sintió impulsos de correr trás ella para decidirla a marcharse con el otro, pero prefirió en un rápido dominio de sí mismo, simular ignorancia y dejarla hacer.

Bajaron al parque y empezaron a marchar. El sin amargura, ella pendiente de él. Hablaban de cosas indiferentes. La senda por donde marchaban se hacía más torturosa. Hasta ellos llegaba el rumor del arroyo. Se aspiraba la frescura olorosa del aire.

El por tentarla, entonó una cifra, que ella continuó

Al venir la Primavera
al venir la Primavera
se ven por los campos solos
los casales de chingolos
cuerpeándose po ande quiera.
Pues de la mesma manera
me andás cuerpeando, alma mía

que me espere entoavía
que después, que otro momento
que hace calor, que hace viento
que otra tarde, que otro día...

Llegaban al arroyo. Quedaron un minuto largo viendo el fondo arenoso a través del cristal movible de sus aguas. Jorge se sentó observando a Elena. Ella, como si recibiera un mandato, sabiendo cuánto le gustaba, se quitó prestamente el calzado y se metió en el agua después de chapalear indecisa un instante. Andaba de piedra en piedra, riendo, con las faldas recogidas hasta las rodillas.

El la observaba aspirando con fruición la húmeda frescura del ambiente, deleitándose ante el cuadro. Por primera vez advirtió la blancura de las piernas de la muchacha y su sólida hechura escultórica. Empezó a analizarla detenidamente, adivinando lo que las ropas ocultaban.

Ella, como si repentinamente hubiera experimentado un reflejo telepático, alzó la vista, lo vió absorto y salió del agua viniendo hacia él a descansar. Ya no era la misma muchacha agreste de hacía un instante. Se sentó a su lado y escondió los pies entre los pliegues de la falda.

Durante unos minutos se oyó solamente el acelerado latir de sus corazones rimando con la canción del agua. El monstruo del deseo los estremecía; la sangre se agolpaba en los rostros resecando los labios y de pronto en el grito convulsivo del instinto, sobre la húmeda alfombra de hierba, un solo estertor conjugó el verbo fecundo...

La canción del agua seguía enhebrando sus estrofas de eternidad.

Cuando regresaban había anochecido. Al llegar al

hotel uno de los alemanes que parecía esperarlo le notició la partida de Anita.

Casi se alegró. Era la única manera de evitarle un dolor de esos que dejan huellas por ser provocados por una herida de amor propio. Inmediatamente acudió a su memoria la primera y única noche de amor compartida con Anita. Al día siguiente él había salido sin despedirse. Cuando volvió para hacerla marchar porque esperaba a la Chinonga su criado le entregó una carta.

En ese instante un chasque del hotel le alargaba un sobre. Lo rasgó sonriendo mientras Elena, celosa ya, lo observaba.

"Querido Jorge. Tengo desgracia contigo. He hecho lo posible por hacerme querer de vos y no lo he conseguido. Vivir a tu lado nada más que con tu estimación, no puedo. Lamento contestar con una ingratitud a tu generosidad. Pero me voy. Allá en el burdel vivo mal, pero tengo quien me quiera. Perdoname Jorgito. Nesesito cariño para vivir... Anita".

Sí, como él, aquella pobrecita necesitaba cariño. Necesitaba refugiarse en el calor de un querer, un cariño del hampa, pero un amor al fin.

Y en su cerebro estalló la luz.

EL DRAMA

LA CASITA BLANCA

Espiritualmente saludable había sido aquella reacción de Jorge, que lo orientaba definitivamente. Su paso vertiginoso por aquellos ambientes que anulaban casi siempre a los seres débiles, enfermos de la voluntad, había sido para él como la prueba de fuego.

Sentíase ahora impulsado por nuevas fuerzas fecundas y tenía algo así como el presentimiento de una próxima marcha larga por un camino de perfeccionamiento...

Despertó de un sueño tranquilo y reparador, con la mente despejada y serena. La mañana estival ponía en las carnes una calidez un poco aplastante de pereza y languidez. Corrió al gimnasio y durante media hora provocó la reacción orgánica con la práctica de sus ejercicios. El baño tibio completó la obra y ya con los músculos tensos, elásticos y fuertes, se vistió y sin despertar a Nacho, que dormía su modorra de haragán crónico, salió a la calle.

Mientras marchaba cruzándose al paso con vaporosas visiones de mujeres envueltas en el abrazo leve del organdí, el pensamiento que hacía días lo obsesionaba volvió a absorberlo.

—¡Isabelita!

Había pronunciado su nombre en alta voz, cerca de una chica que lo miró con sorpresa. Y encendido de pronto por la impaciencia de llegar, montó en un automóvil el cual emprendió rápidamente la marcha hacia el Retiro.

Tomó un tren, en una de las largas plataformas de la gran estación y se entregó al dulce placer de hurgar en los viejos recuerdos, todo lo que se relacionara con aquella familia y aquella casa que iba a visitar.

Creía recordar el lejano parentesco que los vinculaba, alguna vez denunciado por su madre. Luego, aquellos años de sus estudios, vividos en casa de doña Visitación, la madre de las chicas, mientras su padre viajaba por Europa buscando en las clínicas famosas, remedio para el mal que lo llevó a la tumba...

¡Bellos años de su adolescencia! ¡Cuántos dulces recuerdos, cuánto ensueño, cuánta ilusión!

Cerrando los ojos tuvo la visión pretérita de Chabelita. Una hermosa muñeca de nueve o diez años que lo esclavizaba con sus caprichos de tiranuela. Que no se dormía si él no le contaba el cuento de la Cenicienta, de Caperucita Roja y el lobo o la fábula de la ardilla.

En aquellos sus veintidós años triunfales de optimismo él había tenido la visión de la virgencita que sería mañana esa muñeca caprichosa a la cual adormecía con sus fábulas.

—¡Oh dulce gloria del recuerdo! Maravillosa organización de lo abstracto que permites revivir horas felices y desentrañar del misterio del olvido antecedentes que justifican una tardía dedicación. Función magnífica de la célula que eres tú sola un estupendo exponente de la sabia madre Naturaleza...

—¡Boletos, pases y abonos!

Salió de su monólogo en alta voz, estirando maquinal-

mente el brazo para alcanzar su boleto. Le fué difícil reanudar sus reflexiones...

Llegó por fin a la estación de destino. El sol, ya alto, doraba el verde brillante de las hojas de ligustro de los cercos y reflejaba su disco en el fondo de las charcas.

Después de preguntar por las señas de la casa, empezó a andar sorteando los pozos y caminando con cuidado por las estrechas sendas que en el barrial había hecho el paso continuado de los transeuntes.

Así llegó frente a la modesta casita de su afán. Se disponía a llamar, cuando una visión encantadora lo detuvo. Inclinada sobre unos rosales, amorosa, enrojecida, Isabelita absorbía con deleite el perfume de los hermosos pimpollos.

De pronto, el gruñido del perro llamó su atención. Su mirada se cruzó con la de Jorge; una ola de rubor coloró su carita magnífica y a pie firme, anhelante, emocionada, hasta sentir el golpear presuroso de su corazón, lo esperó, estirando primero su brazo para ofrecerle la mano, colgándose luego de su cuello en un bello impulso de alegría, poniéndose avergonzada a su lado después, mientras anunciaba a gritos la visita.

Encontró otra vez Jorge el suave y hondo afecto de aquellos corazones gratos a los recuerdos de la juventud; contó sus viajes, sus afanes y el persistente anhelar de su corazón.

Sin sentirlo, espontáneamente describió el estado de ánimo, la inmensa tristeza de esos peregrinos que un día cansados de vagabundear por las rutas del mundo, se detienen frente al sangriento crepúsculo de una tarde primaveral o en la serenidad majestuosa de una noche estrellada y quedan en medio del camino anhelantes, llorosos, doloridos, porque no tienen a su lado a la bien amada de las frases oportunas del consuelo, de las ma-

nos mágicas que curan todas las heridas; del regazo tibio y acogedor de todos los ensueños y todos los cansancios...

En el alma sencilla de aquella familia un poco suya, sintió Jorge el eco que al revelar una solidaridad y una comprensión en el dolor, acerca los espíritus.

Pero lo que obsesionaba a Jorge era la visión triunfal de Isabelita. Si se levantaba para cualquier menester, la seguía en su paso hasta verla desaparecer. Absorbía el suave perfume de su cuerpo, apreciaba las perfectas proporciones de aquel esqueleto y la belleza tentadora de la carne que lo recubría, realizando la maravilla de crear expresiones tales de serenidad, de dulzura, de plástica y de movimiento, en la estatua humana.

Si lo miraba, en sus grandes pupilas húmedas, se traslucía una expresión ingenua, honda, acariciante, que lo perturbaba.

Si le hablaba, había en su voz un ligero temblor de emoción, un suave tono de caricia, un aliento tibio de apasionamiento, un beso desgranado en cada sílaba rozada por los labios frescos y rojos.

—¿Cuántos años tienes, Chabelita?—habíale preguntado en un instante en que quedaron solos.

—¡Quince! — contestó ella, entreabriendo los labios, a través de los cuales, la lengua sonrosada semejaba un pico de paloma.

Y hubo de hacer un esfuerzo sobrenatural para no estrecharla entre sus brazos y cubrirla de besos.

Doña Visitación contóle entonces su vida, la humilde vida de los suyos de resignación y desesperanza. Reducidos, después de su partida, a los ingresos de una renta insignificante, hubieron de trasladarse a aquella casita, previsoramente adquirida por el finado jefe de la familia, para tenerla como supremo refugio.

Y allí vivían hacía ocho años, llevando una existencia de humildad y economías, sin acontecimientos inesperados, sin placeres, sin relaciones.

Las muchachas, después de efectuar la sumaria labor del arreglo de la casa, se absorbían en la lectura; en tanto que la madre andaba en todos los quehaceres, con la silenciosa resignación de las industriosas madres criollas, que desde el albita, saboreando su mate bajo la galería o cuidando sus plantitas, ya piensan en esas hijas de su cariño, intranquilizadas con el porvenir. Temblando ante la evocación de la triste hora de partir sin ver a su lado el sostén de aquellas tres vidas que consuelan su vejez...

Cuando al anochecer salió Jorge de aquella casa, llevaba el alma colmada de ternura, la suave presión de aquella despedida y el ruego de aquella mirada acariciante de Isabelita que parecía conminarlo a llevársela pronto... pronto.

Y mientras corría el tren entre el estrépido de ruedas y frenos, jadeando hacia la claridad obsedante de la Cosmópolis, hizo su revisión de conciencia...

Allá, las mujeres que fueron heroínas de sus horas de pasión. En la farsa, hacia los centros mundanos la Chinonga, flamante señora de Mercatelli, con esa armonía un poco descocada y ondulosa de sus carnes morenas, prietas y tentadoras...

Hacia el olvido, Sirena, la hechicera rubia de los ojos azules de naufragio, las carnes alabastrinas y el espíritu exquisito...

En el burdel, Anita, la flor de lupanar que necesitaba el cariño brutal, la fetidez hedionda del hampa y la luz de los peringundines para vivir, quebrada en el tango canallesco, dolorida por penas imaginarias, encendida de apasionamientos fugaces...

Y lejos, en el campo de su cuna, restituída por su

bondad al rancho materno. Elena, la virgen agreste, un día libertada por él, como uno de esos cazadores que deshacen con un tiro certero la cabeza del reptil magnetizador del alegre pajarillo...

Aquí, en el hogar que acababa de dejar, la Chabelita, como una bella flor abierta recién a la tibia caricia del sol, diciéndole con la expresión melancólica de sus hondas pupilas, cómo lo ansiaba; cuánto lo esperaría; hasta dónde sería capaz de llegar por él...

Abominó de sí mismo. Empezó a torturarse con reflexiones brutales. Le pareció monstruoso intentar siquiera aquella conquista sin haber establecido un paréntesis para poner a prueba la consistencia de sus intenciones.

No era cierto, no amaba a Chabelita, como no amó a la Chinonga, a Sirena,... La belleza era su enemiga. Las veía hermosas estatuas de carne, sensibilizadas por la proximidad del varón de su ilusión y creía amarlas. Pero una vez que las tenía, forzado a espiritualizar cada vez más, incomprendido siempre en la culminación de sus apasionamientos, pasaba el presente de aquellos amores para transformarse en el pasado borroso de las cosas que fueron.

¿Quién le aseguraba que no ocurriera con Isabelita? No. El no debía pensar en semejante monstruosidad. Había de mirar aquella casa como un hogar de refugio al que algún día había de volver a descansar, a curarse de los golpes recibidos en el áspero camino...

Y si mañana luego de amasar largamente la pasta miserable de su carne en la tortura voluntaria, comprendiera que la visión de aquella virgencita era la soberana de su espíritu. Que el sueño se la traía y la obsesión la ponía constantemente a su lado. Que el martirio de no tenerla cerca era superior a todo cálculo y que era

capaz de besarle la frente con una augusta serenidad de su carne, entonces, a plena conciencia iría junto a ella a consagrarle su vida o a pedirle la suya para sí...

Maquinalmente descendió del tren, salió de la gran estación, marchando después por las aceras, enfrascado en sus meditaciones.

Una garúa finísima le azotaba, refrescando la cara como para hacerle olvidar con su persistencia que aquel había sido un maravilloso día de estío...

Y Jorge subió a un auto para llegar a su casa, imaginando que todo aquello había ocurrido hacía mucho tiempo, en otros días mejores de un estío lejano...

Por fin había hallado Jorge, la manera de conciliar la natural delicadeza de doña Visitación, con su deseo de ayudar eficazmente a la familia.

Junto a la casita de la villa, poseía doña Visitación un terreno amplio que hacía esquina a la única calle empedrada de aquel radio siendo a su vez era el punto terminal del camino que unía varios pueblos entre sí. Una especie de carretera de automóviles. Tenía doña Visitación en aquel terreno, una huerta que no daba mucho rendimiento, en razón de ser ella o la vieja cocinera, las únicas que se preocupaban un poco de cultivar pequeñas áreas.

Jorge le hizo proponer por su abogado, la venta del terreno, ofreciendo naturalmente más de lo que costaba.

Hacía mucho tiempo acariciaba la idea de poseer en un pueblo tranquilo de los alrededores de Buenos Aires, una casita que uniendo al confort de la ciudad, el encanto de la solitud y el recogimiento campesinos, tuviera comodidades para trasladarse hasta ella, cosa

que el viaje no fuera obstáculo para ocuparla, en cualquier momento.

La operación se llevó a feliz término y un buen día un piquete de obreros inició las obras de la nueva mansión. De severo estilo colonial la casa, debía reunir comodidades insospechadas y dependencias confortables.

Con el objeto de distraer sus pensamientos, Jorge se entregó a la tarea de acumular muebles, herrajes y utensilios complementarios.

Engañábase así, creyendo librarse con esas actividades de complicaciones sentimentales, pero la imagen de Chabelita lo perseguía y torturaba su mente en las largas noches de insomnio, cuando a solas con su alma en el supremo recogimiento de su alcoba había de confesar que la quería.

Por fin, una tarde, se enteró doña Visitación del nombre del comprador providencial y propietario de aquella mansión. Hubo Jorge de soportar las expresiones de su reconocimiento, las protestas de su adhesión.

Pudo volar hacia la villa, estrechar entre las suyas las manos temblorosas de Isabelita y trasladarse con doña Visitación y las chicas a conocer su nueva mansión a punto de terminarse.

Durante un mes, todas las mañanas, corría en su automóvil hacia su casita a dirigir los arreglos interiores. Los tapices, los tonos de las pinturas, el destino de los muebles que iban llegando, la colocación de los cuadros.

Hacia los fondos, varios obreros trabajaban en la construcción de un jardín andaluz, el cual parecía arrancado de una tela de Rusiñol.

En el frente, sirviendo de parapeto a una reja artísticamente combinada, una pequeña pared de un metro de alto, se revestía de azulejos representando escenas del Quijote.

En el mirador de balcones volantes recubiertos, los armazones de hierro, se iban poblando de artísticos "vitraux" y en los jardines del frente se enarenaban los caminos y se cubrían de verde las mesetas.

Por arte de encantamiento había surgido aquella mansión que ostentaba en el frente una leyenda sugerente: "Mi reposo"; y las sencillas gentes del lugar se hacían lenguas, elogiando la riqueza y el confort de la casa de Jorge.

El pecado

Una noche lunar, una de esas noches maravillosas del estío de nuestra tierra, mientras el agua rumorosa caía de la boca de un fauno a la taza de mármol de la fuente y las luciérnagas encendían sus puntos de oro entre el césped, Jorge junto a Chabelita en el banco de mármol sombreado, habló de su sereno afán.

Ella lo escuchaba religiosamente.

Contó su cansancio de peregrino rumboso; la transformación gradual de su espíritu a medida que recorriendo los caminos, veía en el mundo cómo las pasiones, los seres y las cosas, cobraban nuevos aspectos; su deseo ferviente de aislarse y reconcentrado en un rincón de paz producir la obra ansiada por él para conformidad de su propia conciencia; sus ansias por concretar en un alma gemela de la suya, el amor que embellece la vida y la hace fecunda prolongándola a través del tiempo, la estirpe y el recuerdo...

Ella lo escuchaba anhelante.

Habló de las mujeres puestas en su vida como accidentes para cumplir la misión de llenar momentos fu-

gases y desaparecer luego, esfumadas en las brumas de lo que fué lejanamente; de su cansancio de vivir así, sin rumbo y sin objeto como uno de esos príncipes desterrados, añorando sus momentos de fasto y de placeres, la pompa de la cortesanía, el hartazgo de las caricias en brazos de las favoritas, mientras se entregan a la trivialidad de vaciar sus bolsas de oro que ya no ha de servir para nada sobre la tierra.

Ella ya no lo escuchaba, oía la música sugestiva de sus palabras que para ser santas necesitaban del temblor de la confesión.

—Había soñado contigo, Chabelita, con tu dulzura, con tu pureza, con tu armonía y con tu bondad. He soñado hacer de ti la mujer elegida sobre la tierra; la más perfecta porque concretando mi afán y mi pensamiento, habrás de ser obra mía, perdurable. Habrás de embellecer mi vida, con la irradiación de tu amor por todo lo que yo amara.

Porque haciendo tu conciencia y tu comprensión al calor de mi espíritu, habrás de comprenderme siempre, de interpretarme siempre, de sentirme siempre, como si yo me reflejara en ti, espejo cristalino de agua de la fuente, estremecida por el temblor de mi aliento o por el jadeo de mi cansancio...

No quiero que creas en mi egoísmo. Yo he vivido mucho, Chabelita y sé que lo único valioso es la vida interior. Ese es para mí el preciado caudal. No puedo ofrecerte la juventud de mi corazón, la pureza incontaminada de mis labios, el proceso espontáneo de mi mente, te ofrezco en cambio que entres en mí, que seas la luz de mi existencia, que cantes de mí tu canción bulliciosa de juventud, que crees en mí esa fuerza que hace invencibles a los hombres, y torna fecunda su acción, llenando de bondad y de esperanza su vida...

Hubo una pausa durante la cual sólo se oyó como un

aleteo, el acelerado latido de sus corazones. Con voz desmayada, comprendiendo ella, la inminencia del supremo momento de su vida, musitó apenas.

—No sé, Jorge, si hay en mi mente fuerza suficiente para asimilar tu pensamiento. He tratado de entenderte. En mis quince años, no sé de palabras de amor murmuradas al oído, como en los romances de mis lecturas. Pero siento que nadie podrá quererme como tú me quieres. Yo no intento, Jorge rehuirte, no lo deseo y te lo demuestro confesándote que también te quiero y que es la emoción, el reconocimiento, lo que me hace balbucear, y pone este temblor en mis palabras. De mis recuerdos de chicuela, te he ido llevando a mi santuario de muchacha y te he colocado en él muy alto. Estás a tiempo aún, porque cuando me digas que me quieres, cuando yo me eche en tus brazos a besarte en los labios, lo haré jubilosa, santamente, como concretando en ello mi suprema aspiración, la realidad del ensueño acariciado tanto tiempo y si me engañas, nos habremos perdido los dos, para siempre...

Allí estaban los dos, sentados en el banco de mármol. La pequeña distancia que los separaba se marcaba por una faja blanca, sobre el asiento. Las pupilas se buscaban y los alientos se confundían; por turbar el silencio de la noche y acompañarse en su soledad, un grillo inició su persistente canción...

Sobre el banco, se perdió la faja blanca; la distancia desapareció; el grillo calló un momento como para escuchar la suprema canción del amor y en el firmamento una estrella errante puso como una rúbrica de eternidad...

Jorge Videla empezó a vivir las dulces horas de "Mi Reposo", mientras Chabelita, junto a él, silenciosa, releía sus cuartillas, las numeraba o se quedaba pendiente del correr afiebrado de la pluma, deslizándose sobre el papel, para alinear en la arquitectura elegante de su clara caligrafía los pensamientos que surgían de aquella mente luminosa.

De pronto, él sentía la mirada de ella, como una corriente magnética y se inmovilizaba. La llamaba cerca suyo; se sentaba Chabelita en el brazo del arcaico sillón colonial, le tomaba con ambas manos su cabeza y lo besaba ardientemente en los ojos, en la frente, en la boca.

Otras veces, la sentaba en un sillón frente a él. Y le hablaba. Al corazón, a los sentidos. Ella lo contemplaba atentamente, con los grandes ojos absortos, como si por ellos entrara la verdad.

Delicadamente planteaba los más diversos problemas, iniciaba los razonamientos, los desarrollaba lenta y lógicamente, hasta que en la proximidad de la solución, la interrogaba. Y ella sin sobresaltos, con una noción, intuitiva de la ciencia social, contestaba atinadamente.

Aplicó su paciencia, la dedicación de su cariño, a moderar impulsos primitivos que quebraban la línea armónica de la personalidad de su prometida y buscó en las reconditeces de su alma elementos para ella desconocidos en los cuales fundaba virtudes y calidades.

Así, poco a poco, capacitándola, descubriéndola a sí misma, estableciendo reales equilibrios entre su naturaleza imaginativa y su bagaje sensorial, destruyendo con energía el miraje que ella tenía de la vida y ofreciéndole en cambio la realidad desalentadora que a veces destruía ensueños, pero al mismo tiempo creaba facultades de previsión insospechadas, Jorge fué haciendo una mujer de la chiquilla, e inició con aquel capítulo de su idilio

consciente la novela de un amor hecho de adoración, de respeto mutuo, de compenetración y de delicadeza.

Nunca el chicotazo brutal del deseo flagelando las carnes; jamás el jadeo precursor de la posesión descomponiendo la serenidad del semblante; ni la nube que obscurece la mente y la lanza al abismo de la sensualidad; ni el espasmo que iguala a los seres y a las bestias con la expresión grotesca del deseo satisfecho, de la posesión realizada, del instinto colmado.

Era para él la carne de su amada, una carne celeste. Su tesoro, poseería por ser dueño de su espíritu, sin el deseo que transformaría aquella carne, en el objeto del ansia instintiva. Carne celeste oliendo a manzano y dorada por una pelusilla invisible. Carne celeste estremecida por el ritmo de la noble corriente de sangre joven, incontaminada aún, virgen del zarpazo.

Cuando en la conciencia de su amada se hiciera la luz y llenándose de claridades el alma, comprendiera que el tesoro de su carne, lo era por él, por el único, por el supremo hombre de su existencia, como si hiciera una ofrenda a un Dios, se ofrendaría en el lecho de las consagraciones y rendiría su tributo a plena conciencia, a plena luz, como si cometiera un bello pecado....

Ignacio Astor fué el confidente de sus afanes. El había tenido siempre un concepto particularísimo del amor y del placer.

Era de los epicúreos que justifican todos los medios para lograr el amor de una mujer sin comprometer en

ello más que su capacidad para proporcionar un bello instante de voluptuosa satisfacción carnal.

El corazón, víscera absolutamente inútil en las relaciones con las mujeres; los impulsos, meros movimientos del instinto y la experiencia del amador lo único respetable en cuanto proporcionaba los métodos, la táctica y los diversos recursos utilizables en los torneos del amor.

Nacho no había querido nunca a una mujer. Las había adorado a todas, como expresiones carnales de una belleza superior, que en la vida de los hombres ponen ardimientos, goce e inquietudes.

Así fué cómo íntimamente compadeció a Jorge, cuando le oyó exponer su plan, bellas utopías sobre el amor que "todo lo santifica"; cuando comprobó su ingenuo entusiasmo y su entrega al culto de una pasión.

Una tarde Jorge le invitó a conocer a la familia de su novia. Nacho pretextó una cita galante. Y otras veces al recibir idéntica invitación, halló diversos pretextos para eludirla.

Hasta que resolvió marcharse a hacer una jira por provincias, con el objeto de conocer los tipos del interior y dedicarse seriamente a su arte.

Jorge levantó la inútil casa del centro, pretexto de inconfesables tentaciones, demasiado conocida por la gente galante como para poder evitar las citas, las reuniones y las pequeñas "orgías" de su predilección.

Corrió a su casita de la villa suburbana y en las luminosas mañanas de sol, en la quietud dorada de las tardes y en la calma magnífica de las noches de luna, incesantemente, como un espíritu en marcha que desea recobrar prontamente las horas de los días transcurridos en la quietud o en la modorra, producía, animado por el alentar inmediato, por la palpitación próxima de Chabelita, puesta a su lado como un ángel guardián...

—Léeme lo que has escrito, Jorgito.

—¿De veras? — preguntaba él sintiéndose comunicativo, deseando que alguien lo estimulara y lo aplaudiera en mitad del camino.

Entonces su voz clara, bien timbrada, su pronunciación limpia, contagiada de la pureza musical de la parla de las regiones de Castilla que visitara, pero manteniendo ese matiz caluroso de nuestro criollismo, empezaba a leer las cuartillas apiladas a un costado de la mesa, interrumpiéndose a veces para puntuar o corregir pequeñas irregularidades del estilo, cometidas "cálamo currente".

Ella lo escuchaba atentamente, estallando al final en aplausos.

—Más; lee más...

—Es todo cuanto he escrito.

—¡Qué poquito!

Y en aquella expresión se resumía el afán de ella porque trabajara y el empeño de él por seguir, aproximándose al final.

Luego como premiando su labor lo besaba en la frente y le decía jovialmente.

—Ya que se ha portado tan bien, voy a premiar al señor trabajador. Le voy a hacer una taza de café.

Y salía rumorosa para volver agitada, con un rubor de orgullo y de satisfacción colorándole las mejillas, portadora del pocillo de aromático café humeante que él sorbía mientras ella lo observaba amorosamente...

Chabelita estaba desconocida. Su madre y sus hermanas asistían a la transformación con asombro. Reconocían en Jorge el origen, el maestro, el mago que realizara el milagro y en sus espíritus crecía el sentimiento de gratitud, mezclado con una respetuosa admiración que lo superiorizaba a sus ojos.

Sin perder las características adorables de su juventud, la ruidosa alegría de chiquilla, el atolondramiento encantador de sus impulsos, había una serenidad dulce y luminosa en su hermosa carita, una hondura sugestiva en sus ojos almendrados, un estremecimiento nuevo en su pecho y una suavidad hecha de mimos, en sus caricias.

Como un reflejo, sus actitudes, su tono y su ademán, eran semejantes a los de Jorge; si opinaba sobre cualquier cosa, como un eco, sus palabras parecían palabras de aquél, como si por él hubiera aprendido a hablar, a sentir, a pensar...,

Jorge nunca había sido tan feliz. El pensamiento de los años últimamente vividos con tanta intensidad, ese pensamiento que él creyó irrealizable, estaba a punto de concretarse en una magnífica realidad.

El nunca había creído en la felicidad lograda por azar. Esa felicidad no era ni sólida, ni duradera. Dos seres al hallarse en la vida, en una hora propicia, partícipes de la misma inquietud momentánea, inflamados por las mismas ansias, se miraban, encendían sus corazones y entonaban al unísono, la canción prometedora del amor. Pero nunca se habían visto, nunca anteriormente habíanse sentido solidarizados por una misma ilusión y a mitad del camino que emprendían juntos, se miraban ambos con un poco de cansancio en la mirada, reflejando el error, y acobardados seguían juntos; tolerándose, sintiendo de distinta manera, observando con distinta visión el panorama que se ofrecía a sus ojos y necesitando volver hacia los recuerdos de mejores días, para fortificar el espíritu y suavizar el encono y la amargura de lo irreparable, lo equivocadamente consumado.

Para algo estaba el hombre dotado de entendimiento,

de centros nerviosos, de vísceras regularmente organizadas. Cuanto menos instintivo el sujeto, más capacitado para concretarse a hacer su felicidad, sobre la base de una selección y una aplicación consciente del espíritu.

La felicidad de un hombre era su obra suprema. El goce de ella en la vida, el premio de su aplicación por realizarla; y fundar su ambición en obtenerla, lo único digno para justificar la existencia.

Cuando un ser, logra dar en la vida con ese otro ser ideal que lo complementa, y es como una prolongación de su existencia, está a mitad de camino para obtener la ansiada felicidad.

A compenetrarse íntimamente, a confundir su sensibilidad y unificar sus pensamientos han de concretarse entonces.

Y esa labor produce tantas satisfacciones, tan intensas y tan perdurables, que no alcanzan para compensarlas todos los goces de las primeras horas de aquellos puestos frente a frente por azar.

Todos los seres en la vida tienen la misma impaciencia: hallar al ser ideal. La educación del espíritu, la claridad mental, el equilibrio físico, modera esa impaciencia y concentra los esfuerzos traducidos luego en una intensidad mayor, en una gran capacidad para amar conscientemente.

Y así se fundan los amores eternos...

Eso pensaba Jorge y así entraba en la senda, llevando junto a él, el espíritu magnífico de Chabelita, vibrante y estremecido por los bellos postulados de su credo.

En el jardín andaluz, las noches de luna, muy juntos en el banco de mármol, mientras el agua rumorosa caía de la boca de un fauno a la taza de mármol de la fuente y se oía como un aleteo el acelerado latir de los corazones, él le decía su pensamiento.

Y los besos se enhebraban como magníficas estrofas de un poema.

Y parecía que el silencio de la noche se hubiera hecho para dejarlos entonar su canción de amor.

Hasta que en el firmamento una estrella errante ponía con su parábola luminosa como una rúbrica de eternidad...

Perdidos en la luz

Treinta años de curiosidad en la vida de Jorge, habían preparado veinte años de labor fecunda. La vida de un hombre.

Alentado por el espíritu de su mujercita el hombre trabajó. Mucho. Todo cuanto puede trabajar un hombre a cuyo lado vibra una mujer valiente, hermosa y abnegada. Y como había vigor en la célula, equilibrio en la concepción, galanura y brillo en la pluma, humanidad en el enunciado y un gran amor en el espíritu que informaba su obra, su obra triunfó.

Llegó la temible hora del triunfo con el cortejo carnavalesco de las pequeñas cosas de la humanidad. Los honores, los banquetes, los discursos, la fama, la gloria en una palabra; aquella "glorieta" de la cual hablaba Nacho Astor y que necesitaba del retumbar del bombo y del sonar chocante de los platillos; de las palabras hueras y del lugar común; del interés creado y de la pleitesía colectiva, para llegar a orlar la cabeza del elegido con la corona del silvestre laurel legendario.

Sus libros habían sido los factores propicios de ese advenimiento. Reflejando la inquietud de su espíritu y

deseando transmitirla a la colectividad, expresaban su fortaleza y hallaban el eco consagratorio. Pero él no los escribía, no los concebía, no los realizaba, para lograr ese éxito perturbador de las normas de vida impuestas ofreciéndole la tentación de la farsa pomposa a la cual se veía obligado a asistir.

Así entre sus horas de trabajo y las que el cumplimiento de deberes impuestos por la sociabilidad le llevaban, quedaban instantes, apenas, para dedicarlos a su Chabelita, instantes que no le pertenecían por completo porque estaban saturados de las inquietudes de aquellas horas absorbentes.

Frente a él se abría un horizonte luminoso, amplio, enceguecedor. Y el hombre fuerte, equilibrado, vigoroso que había pasado tantos años de su vida, soñando con la felicidad, después de realizar el milagro de cultivar aquél espíritu que era su eco, su vibración, perdido en la luz de su fe, de su propia obra de deslumbramiento, avanzaba, mientras en el alma de su amada la primera amargura, dejaba la huela de la primera lágrima.

Pero aquello pasó. Jorge no vió nada. La agitación de esa vida lo iba ganando, poco a poco, la tolerancia del repetido homenaje, el halago a su pequeña vanidad impedíale ver.

Creyó necesario complicar a su mujer en la dinámica de su nueva vida. Efectivamente. Isabel empezó a compartir con su marido la banalidad de aquella reverencia. Insensiblemente ella entró en ese mundo y olvidó los abandonos de él, justificándolos casi y entregándose al placer nunca colmado de recibir el galanteo, la frase sutil, el homenaje que provoca una bella mujer.

Maga de la belleza y de la gracia brilló en los salones mientras él la contemplaba a veces como su mejor

obra, aquella de la cual podía efectivamente enorgullecerse.

Pero una noche de recepción, volviendo de la fiesta se hallaron los dos, a solas en el saloncillo. Frente a frente. Se miraron extensa y profundamente y tuvieron la sensación de haberse amado hacía mucho tiempo, de la lejanía de las horas felices.

Andaban ambos perdidos en la luz de su gloria, derramando en los senderos el agua de sus cántaros, mientras en la sombra otra alma sufría tratando de apurar la que dejaban.

Nacho Astor había vuelto de su larga jira por provincianas tierras. Fué fructífera en observaciones y enseñanzas su excursión. En los atardeceres serranos su espíritu se impregnó de la majestuosa grandeza de la hora en las altas mesetas cuya tierra metálica se irisaba de fantásticos reflejos.

En sus dedos quedó como una característica plástica de su nueva manera, la presión de los pulgares para destacar los fuertes rasgos de esas cabezas criollas bocetadas en todos los ranchos puestos en su camino como jalones.

Tenía la sensación de que nuestra escultura debía orientarse en el sentido de destacar los valores plásticos de los modelos del terruño. Era tiempo de que un artista se internara tierra adentro y plasmara de una vez por todas las características de esas cabezas llenas de interés y sugestión desconocidas para los habitantes de la ciudad grande. Fiel expresión localista de tipos, su exposición podía ser además, desde el punto de vista ético, una nueva orientación definidamente nacionalista.

Nacho odiaba la literatura en la plástica y aunque sus fundamentos y su cultura no eran suficientes como

para justificar ese criterio, una fuerza interior, intuitiva, lo afirmaba en él.

A su vuelta, Jorge comprobó progresos efectivos en su modelado, vigor indudable en la nueva manera, seguridad en el rasgo y problemas como el del cabello casi resueltos. Entusiasmado con aquella evolución de su amigo, quiso tenerlo a su lado.

Hizo construir en los fondos de su casa, enfrentando al jardín andaluz, un pabelloncito independiente orientado hacia el Sur. Cuando todo estuvo listo instaló el taller su amigo del alma y una tarde, después de un almuerzo espléndido, el selecto núcleo de amigos invitado por Jorge pasó a conocer los bocetos de Nacho Astor.

La admiración incondicional de aquellos obsecuentes figurones que eslabonaban lugares comunes de la técnica escultórica, desagradaron a Nacho.

Pero más desagradó la expresión radiante de Jorge, cuando éste fundado en la impresión del concurso le auguró un éxito.

Comprendió que su amigo estaba en el vértigo mareante de los nuevos triunfadores y lo compadeció íntimamente.

Sin embargo desde el día siguiente al de su instalación púsose a la labor con entusiasmo. Desde temprano sus dedos y espátulas modelaban y afinaban los bocetos de acuerdo con los croquis complementarios.

Las cabezas hombrunas bien plantadas como si estuvieran sobre los hombros; sugiriendo la estatura completa; las carnes palpitantes sobre la osatura; animadas por un soplo de humanidad.

Las cabecitas de mujer, frágiles, de líneas suaves, de ojos sombrosos y cuellos largos y finos. Soñadoras, ingenuas...

Chabelita concurría con frecuencia a verlo trabajar. Quedábase absorta, como frente a un mago, viendo el

prodigio de la transformación de aquellas masas informes de pastelina.

Nacho casi no la miraba. Ella entonces lo observaba a su antojo y él al advertirlo sentía un extraño despertar de inquietudes dormidas.

Cuando Chabelita se iba, corría a la ventana para disfrutar del espectáculo de verla andar; la veía desaparecer por los zigzagueantes senderos del jardín y lloraba silenciosamente torturándose luego en un intenso arrepentimiento.

Iba a un rincón donde envuelta en telas húmedas, tenía oculta la cabeza de Chabelita que realizaba a hurtadillas y arrodillándose frente a ella rezaba profanas oraciones de perdón, imploración y blasfemia.

Luego recordaba a Jorge. Su hermano, su padre, su amigo. Su amigo sobre todo. Le debía su vida, su bienestar, su techo, todo...

Y de pronto algo se rompía en su interior. Había una rebelión.

¡Era horroroso, terrible... Pero, la amaba!

Sentía a veces impulsos de hacerse saltar en pedazos, aquella cabeza miserable que albergaba tan ruines pensamientos; de marcharse de allí; de entregarse de nuevo a su antigua vida de disipación y de olvido; pero levantaba la vista y la veía en el boceto, se acercaba a ella y poco a poco el barro frío adquiría la temperatura de la carne palpitante. En las cuencas brillaban sus ojos maravillosos. Los labios adquirían el temblor de los presentimientos.

Y entonces, miserablemente, enloquecido, besaba aquellos labios, los mordía, estrujaba aquella cabeza de suplicio y por fín rodaba por el suelo con ella y se estremecía en los espasmos brutales...

Los días que ella no llegaba al taller no trabajaba. Sentado frente a la ventana, detrás de los visillos, fumaba esperando verla aparecer.

Y frente a ella se afiebraba, un ansia de realizar prontamente lo acometía y sus palabras de elogio, de aliento, sonaban en sus oídos como un himno, como un arrullo o como una suave canción.

Cuando a la noche el teléfono interno sonaba y su voz lo llamaba a comer, parecíale que iba a empezar la hora del suplicio.

Pero llegaba al saloncillo donde Jorge sorbía un "cocktail", lo veía sumido aún en las cavilaciones de su labor y se enternecía.

Lo abrazaba, le decía palabras joviales que hacían aparecer en los finos labios de su amigo, una sonrisa, le besaba la cabeza cana y le prodigaba caricias de hijo agradecido.

—¿Qué decís, Tata? ¿Con la pajarera alborotada?

Y de pronto la visión de ella acercándose a traerle su "cocktail" favorito; el temor de rozar con los suyos, los dedos de Isabel y la obstinación en no mirarla a los ojos, por no quedarse para siempre con la tortura de su mirada...

La mujer no acepta rivales en el amor de un hombre. Sea este amor algo material o abstracto; trátese de otra mujer o de una predilección y aún cuando esa predilección le proporcione goces y la realización de muchos deseos.

Cuando un placer o una predilección substrae al hombre amado, su entendimiento le dice que él ya no la ama, puesto que halla en otra actividad distinta de su amor, lo que no debía hallar sino junto a ella.

Y cuando en esa mujer se han despertado actividades mentales capacitándola para meditar largamente y entregarse a la investigación, no siempre bien orientada, de los motivos, de lo que ella llama abandono, corre peligro la estabilidad de su correspondencia y sobre la paz del hogar, sobre la felicidad sólidamente cimentada soplan malos vientos de disolución.

Isabel, en la plenitud de su mágica belleza tenía la sensación del abandono de su marido. Cuando estaba en su casa, leía o escribía continuamente. Luego las conferencias, las diligencias a las editoriales, las largas horas de su soledad y a veces su llamado para que se sentara a escucharle.

Al principio todo aquello era su placer, su vida; pero después de cuatro años de matrimonio, su marido, animado por su actitud alentadora, habíase internado más y más en su gabinete y ella no lo tenía para sí, sino en raras ocasiones acompañándola al teatro, de donde siempre salía protestando por la estulticia y la inferioridad de las obras, jurando no volver jamás.

Cuando asistían a alguna recepción, ella observaba con cuanta satisfacción recibía él, los homenajes de las damas y por un movimiento reflejo, ella recibía con mayor complacencia las galanterías de su numerosa corte de admiradores.

Si sentada en el sillón, frente a su mesa lo oía leer, una impaciencia rara la dominaba. Deseaba que terminara pronto y se preguntaba cómo era que él no se daba cuenta de aquella situación.

—¡En cambio Nacho!...

Se estremecía horrorizada ante la enunciación de su pensamiento. Pretendía detener el curso de sus ideas, pero su mente seguía afiebradamente elucubrando

monstruosidades y al fin terminaba arrepentida, acongojada, abrazando a Jorge, besándole su cabeza cana, prodigándole caricias de mujer que acaba de faltar.

—Oye, Tata ¿tienes la pajarera alborotada?

Y reía nerviosa, ruidosamente para disimular la turbación producida al comprobar, que lo había acariciado como Nacho, que lo había besado como él, donde él besó, que había repetido sus palabras...

Ha dicho Bourget que "los verdaderos dramas del corazón, carecen de acontecimientos".

Se descencadenan según sean las pasiones que los provocan y son más dolorosos y descarnados cuanto más tiempo han tardado en estallar esas pasiones, es decir, cuanto más tiempo ha corrido entre la iniciación del asunto y el desenlace.

Una noche que Jorge se hallaba fuera de casa, sonó persistentemente, el teléfono directo en el pabelloncito. Nacho, que leía echado en una chaisse-longe, acudió prestamente. La voz angustiada de Isabel, le decía en un tono velado por el terror que alguien andaba en la puerta de la casa.

Rápidamente, arropado en un saco "fumoir", salió oprimiendo en la mano un revólver. Cruzó el jardín sumido en la sombra, llegó sigilosamente hasta un corredor que llevaba a la puerta de servicio y trató de horadar la obscuridad intensa. De pronto le pareció ver un bulto. Levantó el gatillo de su arma, apuntó.

Por su mente pasó como un relámpago la idea de que podía matar a aquel hombre y llevar siempre sobre su conciencia aquel crimen.

Desvió el arma, e hizo un tiro al aire. El ratero, sorprendido se detuvo un momento, luego al reaccionar salió escapado, como alma que se lleva el diablo.

Dentro de la casa había resonado un grito de espanto. Abrió con su llave la pequeña puerta que daba

al jardín. Entró. Isabel estaba desmayada junto a la ventana. Corrió en su auxilio. La alzó, conduciéndola hasta el lecho. Luego la hizo aspirar un frasco de sales.

Por la abertura triangular del descote de su peinador de espumilla, se estremecían las combadas superficies de los altos senos. Una palidez intensa la cubría.

A poco volvió en sí. Abrió los ojos, giraron las pupilas sin alcanzar a ver aún. Luego fijando su mirada de terror en Nacho, se incorporó bruscamente, y como buscando defensa, se refugió en él. Se aferró a él, que llamando en su auxilio toda su serenidad, hubo de resistirse a oprimir siquiera, aquella carne tentadora, por la cual se despertaban todos sus instintos.

Pero de pronto advirtió ella la falsa situación. Una ola de sangre inundó su rostro y anhelante, estremecida, lo miró a los ojos con una honda mirada de reconocimiento y de imploración.

Por primera vez, desde hacía mucho tiempo, se cruzaron las miradas. El sintió que todo desaparecía de su alrededor, para no ver más que sus ojos, su boca, su cuello, su estatua...

Pasó un instante de eternidad.

En ese instante las miradas dijeron lo inconfesable.

Los labios se unieron mordiendo.

Y mientras el amigo, el esposo, hacía acelerar la marcha del auto para llegar más pronto a depositar en el regazo de la bienamada, el lauro conquistado en aquella noche de triunfo, en la intimidad de su alcoba se iniciaba el proceso de aquellos pequeños seres temblorosos, que temiendo todos los rumores de la noche sellaban con aquel beso de traición, la complicidad en aquel gran pecado sin belleza...

La Traición

Se amaban en las sombras. En la soledad llena de sus murmullos criminales, de sus besos mordientes de deseo, del jadear de sus respiraciones impregnadas de los miasmas de sus almas.

Y frente a la sonrisa abierta, ingenua, cálida de Jorge, no sentían ningún remordimiento. Se besaban besándolo a él en la misma mejilla. Se acariciaban, acariciándolo...

Aquella tarde, Nacho trabajaba febrilmente extrayendo las formas del barro para una "maquette" y tratando de animarlas con el soplo de su inspiración. "El deseo", llamaría a aquel grupo. Era un hombre pequeño, torturado, retorcido, caído junto al cuerpo de una gran mujer que se alzaba majestuosa de voluptuosidad y de belleza.

Mientras modelaba la "maquette" esperaba a la modelo. Sin que lo advirtiera, Jorge, fumando un puro, entró al taller. Al advertirlo se estremeció. Pero reaccionó de inmediato.

—¿Qué te trae por estos pagos, Tata?

—Quiero hablar contigo. Conversar... Quizá pedirte consejo.

Se sentaron. Jorge daba vueltas al cigarro entre los dedos, mirando alternativamente su lumbre y el rostro ansioso de su amigo.

—Nacho, tú eres mi amigo. El único. Por eso te llamo mi amigo. Bien. Conociéndote como te conozco, me ha extrañado que no me preguntaras siquiera cuál es la causa de mi preocupación. ¡Porque tú, has notado mi preocupación!

—Sí, te he notado un poco extraño — balbuceó Nacho — pero, en fín... Yo francamente...

—Bien. No intento reprochártelo. Por eso vengo a

hablarte. Yo, mi buen amigo, sufro mucho. Mucho...

Hubo una pausa llena de angustias. En la garganta de Jorge, se estranguló un sollozo.

—Isabel ya no me quiere, Nacho. Cinco años he dedicado para hacer de ella mi mejor obra y cuando al cabo de ellos, obtengo el éxito de mi labor intelectual, cuando creía que había de llegar a ella y hallarla cerca mío, connaturalizada con mi inquietud, la encuentro lejos de mí, absorta en otras contemplaciones...

Volvió a reinar un silencio hecho de angustias.

En el alma de Nacho Astor se entablaba la lucha. Aquello era superior a sus fuerzas. ¡Cómo contestar, cómo agregar a la ignominia. la crueldad de las palabras de consuelo?

Los cobardes tienen un cuarto de hora de valor que los redime muchas veces, o los pierde.

Para Ignacio Astor, ese cuarto de hora había llegado.

Frente al dolor inmenso de Jorge anhelando sus palabras de consuelo, opuso su cinismo, su confesión sin arrepentimiento. Pronunció las palabras irreparables, después de pronunciar las cuales, ningún hombre que lo sea en toda la amplitud de un noble carácter, puede quedar tranquilo consigo mismo.

Habló entrecortadamente, a borbotones, de su pasión enfermiza, de su amor ilógico y malvado; de como torturó su espíritu y su carne resistiendo al noble impulso.

De cómo pensó en marcharse, en desaparecer, y cómo alguna vez sintió, revólver en mano, la proximidad del fantasma de la muerte. Pero frente a ella, toda decisión desaparecía.

Sabía que era monstruosa aquella traición, que el amigo se iba doblando por el dolor de hallarla cada vez más lejos sin explicarse las causas. Pero la quería tanto, que lo traicionaba porque ella lo traicionaba, co-

mo lo amó mientras ella lo amaba; lo abrazaba sobre los abrazos de ella, y lo besaba sobre sus besos.

Ahora que ella no lo quería, no tenía fuerzas para consolarlo, terminaba con todo, enterraba su afecto, su personalidad, su gratitud, sus escrúpulos, todo, por Ella.

Jorge asistía como un sonámbulo a la revelación. Un sudor frío bañaba su cuerpo. La monstruosa confesión lo paralizaba.

Nacho siguió cada vez más exaltado, surtían las lágrimas de sus ojos y su cabeza rubia, su bella cabeza, adquiría contornos extraños, que la luz de aquella pasión criminal magnificaba.

No había en la garganta de Jorge, un solo gemido, un solo sollozo, una sola palabra. Incorporóse y fué avanzando hacia el traidor, hundiendo los puñales de sus pupilas verdosas, en ese instante raramente fosforescentes, en los ojos azules de Nacho y junto su rostro al del otro, sordamente, como en un rugido, crispados los puños amenazadores, le preguntó:

—¿Y si te matara?

—¿Si me mataras? ¿Pero es algo eso? Morir por ella, queriéndola. Moriría contento ya que no puedo hacerlo yo porque soy un cobarde. ¡Mátame! No intentaré defenderme.

Una nube de sangre enrojeció sus ojos, nublando su mirada. Los impulsos homicidas que por quién sabe qué taras ancestrales llevamos en el fondo de nuestras almas, despertaron, y Jorge, enloquecido, golpeó una, otra y otras muchas veces más.

La sangre de Nacho le salpicaba el rostro, le empapaba las manos. Una fuerza sobrehumana, hacíalo sostener por las solapas de la americana con una mano, mientras la otra como un martillo golpeaba los ojos y los pómulos que se ennegrecían, las narices y

la boca que se desgarraban, aquella miserable cabeza que como la de un muñeco de trapo iba de un lado al otro, en un trágico vaivén, privada de la cínica palabra, que había hecho resurgir en Jorge toda la ferocidad del hombre primitivo.

Luego lo tiró como un pingajo y caminó como un autómata hacia la puerta.

Allí estaba ella. Isabel. Incrustada, casi, en el marco de la puerta, había asistido al final de la escena sin poder articular un solo grito.

El se repuso. Como si volviera de una mala pesadilla. Adquirió de nuevo la serena vertical de su estatura; en sus labios finos volvió a lucir un momento su peculiar sonrisa. Su desplazamiento firme aunque pausado y sereno lo impulsó hacia ella que lo vió acercarse aterrorizada. No la miró. Llegó hasta ella y pasó a su lado como si no la hubiera visto, tal cual si fuese un objeto colocado cerca de la puerta.

Ya en el jardín, mientras se alejaba, fué doblegándose la cerviz abatida por la pena.

Isabel quedó observándolo, asombrada de alentar aún. Pero de pronto en su espíritu hubo un despertar. Se sentía humillada, despreciable, indigna y condenada a vivir...

Sobre la alfombra, casi sin vida, el otro hombre, el de su traición, con la bella cabeza deshecha a puñetazos, esperaba que las manos de la mujer de su sacricio restañaran sus heridas.

Pero aquella mujer no veía sino al que se alejaba despreciándola... ¡Condenándola a vivir!...

—¡Jorge!... ¡Jorge!

El eco respondió:

—¡Nacho!... ¡Nacho!

Hacia el olvido

Insensiblemente había escrito las palabras de Bourget: "Nunca el amor, ni el honor, inducen al hombre a matar a una mujer que le es infiel; el homicidio es producido por los sentidos. El deleite, que no es más que físico, está siempre próximo a la ferocidad".

Agregó dos palabras más. Crueles, frías: "Para que no andes rodando luego que termine tu aventura, o para que te lo gastes con él, te dejo el dinero que a tu nombre está depositado en el Banco".

Luego puso sus ropas y algunos libros en varias maletas, tomó su automóvil y se alejó de aquella casa, levantada por el ansia de amar y derrumbada por la traición.

Se repetía la historia a través de los siglos, de los años, de los días. Toda su teorización sobre la felicidad se derrumbaba. Los seres en la vida se encontraban, se miraban y se unían por un simple impulso carnal o porque se sentían solidarios con la vulgaridad. Un marido había de ser un señor que se preocupara de la cocinera, del precio de las coles, de las modas de su mujer y de sus histerismos.

La vida espiritual era un mito en el hogar y la mujer prefería un paquete de bombones o una fuente de masas, comprada por complacencia, a la dedicación constante de sus afanes, la continua superiorización en un ansia justificada por hacerla partícipe de los triunfos y los honores.

La mujer no resistía, aún capacitándose, las pruebas contrarias a lo establecido en los cánones matrimoniales. Se tenía mujer para poseerla legalmente, llevarla al biógrafo, comprarle los vestidos y retribuir la costura de un descosido o la planchada de un pantalón con un pendantif o con un beso.

En el matrimonio, la característica general era la vulgaridad. La mutua confianza establecida por la convivencia de las horas más íntimas, destruía poco a poco los prejuicios del pudor.

El hombre espiritualizado, pasaba siempre por alto detalles subalternos de la intimidad femenina. Pero la mujer, ser curioso por definición, deducía a poco de conocer al hombre de su intimidad, que era un varón como otro cualquiera, importándosele un ardite las complicaciones espirituales fuera de su órbita.

Si el marido se encerraba en su gabinete para dedicarse al cultivo de las relaciones complementarias de la vida del espíritu, la mujer se sentía abandonada, no comprendiendo cómo aquel señor que se jactaba de su inteligencia, no tenía penetración como para comprender la necesidad de conservar a su esposa.

El matrimonio entregaba mujeres a quienes era necesario cuidar, manteniendo latente su entusiasmo, conquistándolas a cada instante, tolerando sus caprichos, sirviendo sus vulgaridades y atribuyendo muchas de sus impertinencias a complicaciones uterinas.

Cuando el marido no cumplía aquellos postulados, se lo hostilizaba primero con sus actitudes, luego con sus frases, más tarde con su despreocupación y por fin se le engañaba perdiéndose el respeto a sí misma.

Pero las mujeres perjuras tienen en el delito la voluptuosidad del placer prohibido y en la sorpresa temible el deseo de la muerte que las transforma en heroínas pasionales.

Por eso hay que condenarlas a vivir con el asco de su prostitución vergonzante.

Aquellas reflexiones calmaron la excitación nerviosa de Jorge. Dos amarguras más, abrieron en su corazón dos nuevas heridas profundas. De ellas manó la sangre

coagulándose en dos rosas de ilusión que se perdían. El amor y la amistad.

Pero él era todo un hombre. Sacaría fuerzas de flaquezas, y reconstruiría su vida. De aquel drama de su vida, salía un nuevo hombre, purificado.

En la desorientación del primer momento creyó que la noticia de su deshonor había volado en alas del chisme y de la intriga.

Pensó que era necesario afrontar la sonrisa de ese mundo que hasta ayer lo halagaba con su reverencia y dispuesto a todo por salvar el respeto de sí mismo, se internó en aquellos ambientes de su frecuentación confiando un poco en el aturdimiento que en ellos experimentaría.

Vivió días agitados en cuyo curso cada palabra pronunciada cerca suyo era aquilatada en su más sutil intención. Prevenido contra todos no advirtió que nada había cambiado a su alrededor.

Una tarde andando por los paseos recoletos, la algarabía de los chiquillos que jugaban en la arena lo atrajo. Anduvo entre ellos comprándoles juguetes y confituras.

De pronto una voz amiga, de metal conocido lo nombró.

—¡Jorge Videla!

Se volvió rápidamente sin reconocer de pronto a la señora que llevaba a aquel niño de la mano.

—¡Chinonga!... ¡Perdón! ¡Señora!

Era ella. Triunfal, maravillosa, olvidada. Hablaba sin descansar.

—¿Cómo está Vd.? Lo he seguido en su marcha triunfal. Pero ¿qué hace por aquí? ¿Acaso hay entre estos muñequitos alguno suyo? ¿Cuál es?

El movía la cabeza negativamente. Deprimido. Comprendiendo el horror de su soledad. Acarició la hermosa cabecita del hijo de su amiga e impotente para es-

conder su dolor, le ofrendó dos lágrimas de su pena de hombre, y se alejó tambaleando hacia su automóvil.

Cuando se repuso, pensó en la suerte y la desgracia al mismo tiempo de no haber tenido un hijo de aquella mujer...

Un hijo. Lo único verdadero en la vida de un hombre hecha de mudanzas, de farsa, de simulación.

Concretar en un pequeño ser de su sangre y de su empuje todo el afán de una existencia como la suya, perdida para el amor.

Resumir en aquel amor único todos los impulsos y todas las esperanzas. Conformarlo en la perfección, abrirle poco a poco los ojos de la mente, endurecerlo para la lucha, impulsarlo en el salto, ampararlo en la caída y lanzar al mundo, hecho hombre, la verdadera obra en que había de fundarse la futura estirpe. Tener un hijo era ser dueño del porvenir...

Aquella misma tarde arregló todo para partir. Unas horas después marchaba hacia el olvido con el presentimiento de realizar su obra.

El tren corría esta vez hacia aquellas nuevas tierras que él nunca había recorrido. Horadaba la sombra acunándolo en un rítmico vaivén. La luz del nuevo día, había de sorprenderlo lejos de la tragedia...

En el límite del sueño tuvo la sensación de que su pena y su desengaño eran impresiones lejanas, de otros días, cuyas heridas cicatrizaban los calmantes del olvido.

Se durmió soñando ser el señor de unos bosques fantásticos por los cuales correteaba entre la sombra de los ramajes. Y frente a las bellezas de Natura, oyendo los himnos triunfales de los pintados cantores de la región, realizaba lo más hondo e intenso de su obra.

Pero solo, absolutamente solo, para tener la gloria de poder hablar en voz alta consigo mismo, escuchar

el grave dictado de su conciencia y renovar antiguas conversaciones de intimidad con su alma...

Y cuando hubo realizado su sumaria aunque confortable instalación en "El Olvido" y se aseguró los servicios de una china vieja que había de "ver, oír y callar", empezó a vivir de nuevo, se transformó en una otra persona, en un Jorge Videla que nada tenía que ver con aquel que alguna vez acariciara la bella utopia de crear algo tan providencial como la felicidad...

La sombra

Aparecía cada vez que se aproximaban. Se interponía como una valla insalvable, enfriando las caricias y llenando de inquietudes sus almas.

Nacho veíalo avanzar, en la actitud de aquella tarde, toda vez que mirándose a un espejo comprobaba la desfiguración de su rostro.

Isabel, lo veía pasar a su lado con una sonrisa que plegaba sus labios finos, cada vez que miraba las huellas de los puños, en el rostro de Nacho.

Y condenada a vivir, cumplía su condena llenándose el alma de amargura, como una hermosa mujer que cruza por la vida sin esperanza de libertarse de su tortura.

Condenados por la víctima a unirse y tolerarse, no tenían ni la pobre compensación de hurtarse una caricia, un beso. Vivían la continua obsesión, enloquecedora, perdurable.

Un día Nacho recordó antiguas predilecciones en el campo de los paraísos artificiales. Adquirió cocaína y preparó el plan.

La tarde era gris, desapacible. Al entrar al departamento en el cual vivía con Isabel, la encontró llorando. Se acercó a consolarla mientras ella enhebraba, por milésima vez, los cargos y la enunciación del monstruoso pecado.

No podrían librarse nunca, según ella, de aquella sombra fatídica que los enconaba y los hacía agresivos y hoscos.

Ella no olvidaría jamás y él tampoco. Jorge seguía triunfando desde el olvido.

Entonces él, utilizando los recursos, las artimañas y los argumentos tantas veces utilizados para convertir al culto de la droga a tanta infeliz mujer, habló largamente del dulce sopor, del bienestar, del optimismo y del olvido en que sume el alcaloide.

Empezó a dosificar las "prisettes", sabiamente.

Por primera vez sonreían desde aquella tarde... Pero no estaban en este mundo; viajaban ambos por regiones fantásticas, de donde se cae más fuerte, más violentamente.

Ella, presa de un vértigo de inmensidad pedía más "coca". Entrecerrados los ojos saludaban su entrada y su paso por el reinado inverosímil, las músicas de cien orquestas invisibles; los músicos bajo los fantásticos tulipanes, tocaban diversas melodías y todas, formaban una, extravagante, ruidosa.

En alas de una nueva ave fénix, abandonaba la tierra para remontarse a regiones aun no exploradas por la mirada humana y veía cosas incontables, increíbles, cuya rápida visión impedíale precisar, absorta como estaba, en la continua visión de prodigios...

Así entraron Isabel y Nacho en el reinado trágico de donde no se vuelve a la tierra.

Las reacciones eran cada vez más terribles y exi-

gían "prises" cada vez mayores y, como era lógico, después de vivir una temporada bajo la influencia del alcaloide, llegó el momento en que la droga fué el pan cotidiano, el alimento del espíritu, el salvador que obscureciendo la conciencia, poblaba la mente de alegres y risueñas perspectivas.

Pero las consecuencias eran fatales. Poco a poco entró el abandono en aquella casa. Privados de voluntad y de espíritu para el trabajo, se fué gastando el dinero que había, en comprar la droga y en las más descabelladas adquisiciones de objetos inútiles.

Cuando ya no hubo más dinero empezaron a venderse los objetos y a empeñarse las joyas. Luego se vendieron las boletas de empeño. Empezaron a resultar inútiles varios muebles.

Nacho vendió todos sus bocetos, de cualquier manera, a vil precio y cuando ya lo único que quedaba era el lecho, e Isabel tenía apenas el traje puesto, salió a la calle a buscar a los viejos amigos de parranda y de arte.

Pero en el ambiente había cundido la noticia y Nacho no encontró quien le diera la mano. Entró la misería a flagelar a aquellos dos seres. La tortura fué entonces terrible. Los nervios, la célula, pedían alcaloide; desgastados para la vida normal, lo único que en realidad sentían, era el terror maniático de los cocainómanos, el delirio de las persecuciones, el horror a la obscuridad, a las sombras; la excitación constante.

Ella sufría tanto, que una noche hallándose sola, pues Nacho habíase marchado a buscar cocaína, se arriesgó a salir, advirtiendo cuanto tardaba.

Imaginaba a Nacho, después de lograr una pequeña cantidad, atacado de esa manía egoísta, característica, retardándose para no compartirla con ella.

Ella recordaba haberlo hecho también, escondiendo una cantidad entre unas tablas del zócalo.

Salió a la calle, mientras los hombres al pasar decíanle blasfemias que ella no oía.

Esperó, se sintió sola, inmensamente sola y desamparada en medio de la calle. Pero arriba, en el cuartucho sin luz, estaba más sola, más ahogada, sintiendo la presión de aquellas cuatro paredes inmutables.

Se atrevió a todo. Un hombre al pasar se la llevó consigo. Ella no sabía quien era. Ni él tampoco...

Entró a la farmacia, una de las tantas farmacias especializadas en la venta del alcaloide, que funcionan con toda impunidad, como para mantenernos en el rango de ciudad civilizada.

Adquirió la droga. Dejó todo el dinero que el hombre le diera a cambio de sus encantos y sus caricias inconscientes.

Corrió hacia su casa. Frente a la puerta, se había detenido una ambulancia y la gente se agolpaba a curiosear.

De la casa salió una camilla y en la camilla el cuerpo de Nacho con la miserable cabeza hendida por el plomo liberador.

Y ella mirándolo, sin una vibración, fija su mente en la visión lejana, lo vió ensangrentado, caído como aquella tarde en que Jorge llegó hasta ella, pasó y se alejó hacia el olvido, sin mirarla, sin sentirla, como si fuera un objeto que quedaba junto a la puerta.

Subió y se halló con la policía. El comisario le entregó una carta. Ella leyó: "Vine a buscarte para que acabáramos de una vez. Tardabas mucho y yo tenía prisa por marcharme. Ahí te dejo el revolver por si

quieres seguirme. Y si no, adiós, Chabelita. Hasta nunca. — Nacho".

El oficial huroneando por los rincones halló un botecito vacío de cocaína. Se miraron con el juez y el comisario, como llegando a una comprobación.

Luego le sacaron a ella la droga que le quedaba y se la llevaron como una autómata, como un ser que camina y tiene la sensación de no tocar la tierra con los pies...

El hombre nuevo

Junto a los árboles centenarios abrazados por las lianas y las enredaderas, debajo del dosel de sus ramajes, estaba la cabaña del nuevo señor del bosque.

Era como una providencia aquel nuevo señor, que no dejaba dolor sin consolar, privación sin proveer o llaga por curar.

Entretanto, en la inquietud de las noches, mientras la ventisca de las estribaciones andinas, hendía los ramajes, doblaba los grandes troncos y tocaba extrañas sinfonías de quejidos y silbatinas estremeciendo el bosque, Jorge escribía, vibrando con la salvaje grandeza de aquel rumor, que empequeñecía los aleteos de la tormenta de su alma.

Por las mañanas salía a andar. Nada había cambiado. Los ramajes doraban su verdor, empapándolos de sol, se elevaban como invocaciones y se mecían blandamente, frágilmente.

En el azul del firmamento, los cóndores semejaban grandes aeroplanos que se hundían en el infinito. Los pájaros ponían la nota armoniosa en el concierto de

sus cantos, de sus amores y de sus arrullos y él solo, allí, junto al arroyo, emprendía las marchas, sentándose en las piedras o en los troncos caídos de los árboles, llenando sus cuartillas de notas e impresiones.

Una tarde, estival, mientras la chicharra verseadora entonaba la canción de la siesta, llegó a un pequeño recodo del arroyo, protegido por la exuberancia de una vegetación salvaje.

El eco de risas femeninas claras y vibrantes y el rumor de gritos alegres lo despertaron de su ensimismamiento. Oteó hacia el arroyo. Allí cerca, desnudos los cuerpos morenos, varias muchachas se bañaban en la fresca linfa del arroyuelo.

Despertó en su ser el instinto dormido. El cálido soplo del deseo chicoteó sus carnes despiadadamente, pero se alejó reteniendo aquella visión que lo torturaría en la soledad.

Aquella noche, alumbró de nuevo la llama de aquella idea que lo iluminó aquella tarde de su partida.

Su hijo. Resumir en aquel amor único todos los impulsos y todas las esperanzas. Hacer de aquella carne de su carne, de esa sangre de su sangre, una prolongación de sí mismo y cuando en el otoño de su vida, lo tuviera junto a él, vivir en aquel ser la última primavera y al irse hacia la eternidad, dejar latentes sus inquietudes, resonando su nombre, alentando sus impulsos. ¡Tener un hijo era su sueño del porvenir!...

Llamó a la vieja servidora. Entre las muchachas del arroyo había una hija de ella. Hablaron largamente. A la verdad no sabía quien era el padre de aquella hija.

—Pasaban tantos arrieros por la quebrada, mi señor don Jorge. Que vaya una a saber...

Tampoco sabía cuantos años tenía; pero...

—Es potranquita la gurisa aunque es armada.

Quería decir con eso que a pesar de su desarrollo era muy joven. De sus varias hijas, todas tenían padres distintos.

—Eso sí, mi señor, tuitos arrieros.

Y todas habían salido de su lado con un hombre del cual eran esclavas; lo que la vieja explicaba moviendo su cabeza con convicción y sentenciando.

—De sus padres les venía esa obediencia al arriero.

Guardó un instante de silencio la vieja. Jorge observándola le preguntó:

—¡Oh! ¿Y ahora que le pasa, vieja?

—Que usted, mi señor, ha de andar por alzar el vuelo y se la quiere arriar a la Carlota. No me la lleve, mi señor, es tan güenasa la chiquiya...

Jorge, después de tranquilizarla le mandó que se la trajera. Vino la Carlota. Encendida de rubores. Con los ojos como cuentas. Sabiendo ya que gustaba al señor. Presintiendo la posesión.

Pero el señor no le dijo nada de amor. La miraba; no más y ella sin quererlo tenía una sensación de frío estremecedora.

Se quedó en la cabaña. Le cebaba mate al señor, le servía la mesa, hacía su lecho. Se iba aquerenciando. Acostumbrándose como un animal fiel a recibir palmaditas de cariño en la mejilla, a sentarse cerca suyo en el arroyo o a quedarse embobada viéndolo escribir.

El señor la miraba; no más. Ella se sensibilizaba...

Una noche cerca del arroyo, el señor le dió un beso. A ella no la habían besado nunca, pero sabía que se besaba por amor.

Tampoco sabía lo que era amor, pero sus hermanas se juntaban a sus hombres por amor...

Y se dejó besar inconscientemente e inconscientemente fué mujer, sobre el lecho de florecillas, al borde del arroyo murmurador...

Empezó a esperar como un premio aquel bien supremo. A forjar ilusiones y a acariciar ensueños. Sería de su pasta y de su impulso. Tendría la bondad nativa de la madre y la inteligencia viva del padre. El ansia del peregrinaje. La serenidad en el peligro. El equilibrio en la vida.

Inclinado sobre el lecho de la Carlota, quedaba horas enteras, como esos labradores que se detienen pensativos sobre el surco tratando de escrutar el misterio que les develerá el destino.

Sentado junto a los recios troncos de los árboles u horizontalizado sobre la hierba, hundía su mirada en el cielo, formulando íntimas, silenciosas rogativas...

Y cuando de la entraña sana, fecunda de la mujer, nació el hombre, Jorge creyó que el mundo había experimentado un estremecimiento, trasmitiéndose a los confines la vibración de su alma.

De rodillas, sobre la tierra húmeda, frente a los mudos testigos coposos del bosque secular, dió las gracias a Natura, que concierta los astros, rige los mundos, lleva la luz y la sombra y hace fecundas las entrañas de las madres, para consuelo, a veces, de los refugiados en el culto de los hombres del mañana...

Por primera vez desde hacía mucho tiempo lloró verdaderas lágrimas y por primera vez también desde hacía una eternidad, la eternidad de su olvido, besó santamente, lleno de emoción, venerando, la carne que besaba, el rostro ingenuo, claro, de la madre.

Pasaron días de contemplación, noches de ensueño, horas en que la mente trabajaba incesantemente la idea inicial.

El quería su hijo, ese hijo de su inquietud que no se amamantaba en los úberrimos senos de la madre, porque él no quería.

El quería volver a las ciudades con el hombre nuevo, que resumiría todo su afán. El sería padre y madre al mismo tiempo, velaría sus sueños de inocente, sus ilusiones de niño, sus inquietudes de adolescente y sus ambiciones de joven.

La vida de aquel hombre sería una palpitación de su vida. Su acción, una prolongación de la suya. Su equilibrio obra suya, sus impulsos, reflejos de los de él, su nobleza, su bondad, su amor infinito, la herencia que había de recibir en la larga jornada de su formación.

Pensó en el peligro para la realización de su idea. si el cariño que empezaba a acusarse en la madre, tomaba mayores proporciones, convirtiéndose en la instintiva defensa con que la tigre protege a sus cachorros.

Habló entonces con la china vieja. Tendría dinero para no trabajar más en su vida. Su muchacha no tendría la preocupación del pequeño.

En una palabra; compró su hijo. Y una tarde mientras la muchacha se ausentaba por orden de la madre,

Jorge con su hijo envuelto como un capullo, se alejó del bosque hacia la ciudad.

Sentíase fuerte; llevaba consigo el fruto de aquel pecado bello, que había de redimirlo mañana.

Y como un nuevo conquistador, volviendo de las tierras lejanas con su botín de guerra, entró en la ciudad a la cual volviera otra vez para sufrir tanto, para enterrar su juventud y sus ilusiones y bendijo aquel martirio, bendijo aquel pecado sin belleza, que engendrando este otro, lo volvía de nuevo a la senda mientras las manos de la multitud se agitaban en el aplauso consagratorio del hombre que las hacía vibrar y sentir...

En el silencio propicio de su recogimiento, junto a su mesa de trabajador, la cunita del hombrecito, elaboraba su nueva obra.

Su historia, la historia de un hombre que sufrió tanto amando y por amar todavía, concentraba en el nuevo ser la riqueza pasional de su espíritu.

Los capítulos surgían de su pluma amplios y rotundos, conteniendo todo el estremecimiento de su tragedia revivida.

Y fué piadoso, descargando la culpa en el mal amigo y tuvo para ella, el recuerdo cálido, de los hombres de corazón cuando recuerdan a la mujer de su primer amor.

Pero cuando en su garganta se ahogaba un sollozo, cuando una puntada intensa, agudísima se clavaba en la víscera, la vista insensiblemente buscaba la cara de su hombrecito, y al verle dormir rosados ensueños de inconsciencia, desaparecían todos los dolores y los desconsuelos, para llenarse su alma de una gran quietud.

Contó todo en su historia, hasta el pecado glorioso. que culminaba su existencia.

Apareció su libro. El más humano, el más consistente de su obra. Un grandioso soplo de genialidad, le daba humanos contornos de poema vivido. Aquellos dolores eran compartidos, aquellos placeres eran gozados, aquella serenidad ganaba las almas y las sumía en la quietud con que se disfrutan los ideales alcanzados.

En el aplauso, en la creciente difusión, en las consagraciones de la opinión calificada y de sus órganos, en el apoyo del pueblo, Jorge Videla, encontró el perdón de su pecado.

Y entonces, como el nuevo apóstol de una moderna religión de belleza, tomó a su hijo en los brazos y frente al sol, a la inmensidad del firmamento, a las grandezas de Natura y a la infinita pequeñez de los hombres, le hizo mirar al gran astro, le hizo sostener su mirada, hizo que entrara mucha luz y calor en su mente, mientras en la sombra de su existencia miserable, la mujer elegida por el amor y por la traición, secaba su corazón, derramaba sus últimas lágrimas, sobre las hojas del poema de aquella vida culminada con su gran pecado, un inútil pecado sin belleza...

Invierno del XXIV.

LA
IMPRESIÓN DE ESTE LIBRO
HA SIDO TERMINADA EL 31 DE AGOSTO DE 1924
EN LOS TALLERES GRÁFICOS ARGENTINOS
DE L. J. ROSSO Y CÍA.
BELGRANO 475